
Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Después de la JMJ de Sydney: ¡MADRID 2011! Un regalo del Papa 000
- Ser cristiano en una sociedad secularizada. Curso de verano de la Universidad Rey Juan Carlos 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Defunciones 000
- Actividades del Sr. Cardenal. Julio 2008 000

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- V Encuentro diocesano de familias 000
- Encuentro diocesano de voluntarios de Cáritas 000
- Visita pastoral a la parroquia de Santo Tomás de Villanueva 000
- Funeral del Rvdo. Sr. D. Ezequiel Bravo Gómez 000
- Rito de admisión de los candidatos al sacerdocio 000
- Encuentro con padres de los seminaristas y de los sacerdotes 000
- Solemnidad de los Santos Niños Justo y Pastor, patronos de la diócesis de Alcalá . 000

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Defunciones 000
- Actividades del Sr. Obispo. Julio y Agosto 2008 000

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta con motivo de la presentación de la memoria de Cáritas diocesana de Getafe . 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Defunciones 000
- Prioridades Pastorales de la Diócesis de Getafe 000

Conferencia Episcopal Española

- Los obispos españoles se unen al dolor de los familiares de las víctimas del accidente de avión en Barajas 000

Iglesia Universal

XXIII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD EN SYDNEY

- Mensaje del Santo Padre. "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos" (Hch 1,8) 000
- Ceremonia de bienvenida. Palacio del Gobierno, Sydney. Jueves 17 de julio de 2008 ... 000
- Ceremonia de acogida de los jóvenes. Muelle Barangaroo, Sydney. Jueves 17 de julio de 2008 000
- Encuentro con los jóvenes de la comunidad de recuperación de la Universidad de Notre Dame de Sydney. Viernes 18 de julio de 2008 000
- Encuentro con los representantes de otras religiones. Sala capitular de la Catedral de Santa María de Sydney. Viernes 18 de julio de 2008 000
- Cripta de la Catedral de Santa María de Sydney. Viernes 18 de julio de 2008 000
- Homilía del Santo Padre. Catedral de Santa María, Sidney. Sábado 19 de julio de 2008 . 000
- Vigilia con los jóvenes. Hipódromo de Sandwich. Sábado 19 de julio de 2008 000
- Ángelus. Hipódromo de Sandwich. Domingo, 20 de julio de 2008 000
- Homilía del Santo Padre en el Hipódromo de Sandwich. Domingo 20 de julio de 2008 . 000
- Encuentro con los organizadores de la JMJ. Domingo 20 de julio de 2008 000
- A los voluntarios de la JMJ. Domain, Sidney. Lunes 21 de julio de 2008 000
- Ceremonia de despedida de las autoridades. Aeropuerto internacional de Sidney. Lunes 21 de julio de 2008 000
- Telegrama del Santo Padre 000

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXVI - Núm. 2802 - D. Legal: M-5697-1958

sitaba ser robustecida y renovada con un nuevo impulso apostólico y misionero de la Iglesia y de sus Pastores, expresado y transmitido con “hechos y palabras” inequívocamente evangélicos.

En Sidney, una amplísima representación de la juventud católica, unida a sus Pastores, presididos por el Santo Padre, ofreció a los jóvenes de todo el mundo, más aún, a toda la opinión pública mundial, un testimonio de Fe en Jesucristo, Salvador del hombre, vibrante, fresco y nuevo: fruto renovador de la fuerza del Espíritu Santo, que Él, el Resucitado, envió definitivamente a su Iglesia aquel día de Pentecostés, cuando los Apóstoles con Pedro a la cabeza, reunidos en torno a María, la Madre del Señor, aguardaban, orando, el cumplimiento de la promesa que Jesús les acababa de hacer antes de su Ascensión al Cielo en el momento de la definitiva despedida de la tierra. ¡Ese testimonio ha llegado exteriormente a todos los rincones del planeta, desde su lugar geográficamente más lejano, Australia, por los medios audiovisuales, íntegro, intacto y extraordinariamente hermoso en su expresión estética! Pero en sus contenidos religiosos y espirituales, a la vez interiormente, por esa misteriosa intercomunicación que une a toda la Iglesia como Cuerpo y Esposa de Cristo. ¡El testimonio de Sidney enriquecía y animaba así a una infinidad de almas y de corazones de jóvenes y adultos cristianos, hambrientos y sedientos del amor de Cristo para sí y para sus hermanos, sobre todo para los más necesitados y los más alejados de Él.

No sabemos, por las razones obvias que tienen que ver con los misteriosos caminos de la gracia del Espíritu Santo y que el hombre desconoce, cuántos y cuáles han sido los frutos concretos de conversión –¡de nuevos encuentros con Cristo!– y de vocación –¡de respuesta afirmativa a la llamada del Señor para la vida consagrada y el sacerdocio!– entre los jóvenes presentes y participantes en la JMJ y en los actos centrales de la misma, pero, sin duda, son y serán muchos y abundantes. Tampoco sabemos, con la certeza científica de las encuestas sociológicas, hasta dónde ha llegado la fuerza interior y de transformación de conciencias y de concepción y de estilo de vida, proyectada por los actos y el maravilloso ambiente juvenil creado en los días de la anterior semana en las ciudades australianas y, luego, singularmente, en Sidney, respecto a los ciudadanos y a la sociedad de ese lejano y atrayente Continente. Pero ¡no hay duda!: todo lo leído, lo informado y comunicado en las conversaciones informales con las personas amigas y conocidas de la Iglesia y de la sociedad australiana –y también con las desconocidas–, hablan de una maravillosa experiencia, rica en verdadera humanidad: ¡de un estilo de ser persona, inspirado y recreado por el Espíritu de Dios!

Una acción de gracias al Señor de la Iglesia y de la historia, humilde y sincera, por lo vivido y recibido en Sidney y que comprometa el sí de nuestras vidas a Jesucristo y de nuestra vocación en la Iglesia con una más decisiva entrega, se nos impone como el *minimum exigible* personal y eclesialmente para nuestra respuesta a quien nos ha regalado tanto: a Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, el Pastor invisible de nuestras almas. Gratitud que debemos también expresar a quien le representa visiblemente como cabeza de su Iglesia en la peregrinación de este mundo: el Obispo de Roma, Sucesor de Pedro, Pastor visible de la Iglesia Universal, Vicario de Cristo en la Tierra, Benedicto XVI. Su presencia prodigada, su magisterio luminoso y su cercanía a los jóvenes en Sidney, tan entrañable por lo que implicaba de sacrificios personales y de tarea agobiadora para él, constituyeron el precioso y decisivo instrumento de que se sirvió el Señor para hacerse Él mismo presente en el corazón de los jóvenes del mundo con una nueva y bella muestra de su desbordante amor para ellos ¡los jóvenes de comienzos del siglo XXI!, inundándoles con una nueva y espléndida efusión de la gracia y de los dones del Espíritu Santo, la Persona-Amor en el Misterio de Dios, Uno y Trino.

Los motivos y las razones para la Acción de Gracias a Dios y para una renovación generosa del sí a Jesucristo se vieron acentuados y subrayados al final de la Eucaristía, que culminaba la JMJ en Sidney, para los jóvenes de Madrid y de España, más aún, para todas la diócesis españolas, por el anuncio del Santo Padre de que el lugar o sede de la próxima JMJ del año 2011 sería Madrid –España–. El júbilo del nuestros jóvenes presentes en la celebración de Sidney y de todos los que nos acompañaban desde España por las pantallas de televisión o de internet, estallaba gozoso y agradecido: ¡el Papa vendrá a Madrid para celebrar con ellos, unidos a los jóvenes de todo el mundo, una nueva Fiesta de la Fe, de la Esperanza y de la Alegría cristiana! Un periódico famoso de Sidney titulaba su información, el lunes siguiente, sobre los actos finales de la 23 Jornada Mundial de la Juventud: “¡Un tsunami de fe y de alegría!”. Sí, el tsunami del Madrid de 2011 por la gracia del Señor, el amor maternal de María para con sus hijos de España –¡la Tierra de María!–, la intercesión de sus santos y mártires de todos los tiempos y, especialmente, del nuestro y por la oración de toda la Iglesia, será aún más esplendoroso y sus frutos de santidad y de compromiso apostólico y evangelizador con nuestra juventud y con la de todos los pueblos de la tierra, más abundantes. A nuestro camino diocesano de “la Misión Joven” y de “la Misión en la familia y para la familia” se le abren nuevas y prometedoras perspectivas.

¡Gracias de corazón, querido Santo Padre! ¡Gracias muy sentidas y ofrecidas en nuestra oración por vuestras intenciones, querido Benedicto XVI! ¡Los jóvenes de Madrid y de España están y estarán con el Papa!

Pido a Nuestra Señora de La Almudena que los días de vacaciones veraniegas sean para todos los madrileños un tiempo de descanso y recuperación física y espiritual.

Con todo afecto y mi bendición.

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

SER CRISTIANO EN UNA SOCIEDAD SECULARIZADA

Guión-conferencia pronunciada por el Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid
en el Curso de Verano
“Ser cristiano en una sociedad secularizado”
organizado por la Universidad Rey Juan Carlos

Aranjuez, 25.VII.08; 12'30 horas.

I. Una aclaración de los términos: “ser cristiano” y “sociedad secularizada”.

1. Ser cristiano

- se funda en el Bautismo y se vive en la Comunión Católica de la Iglesia.
- “el ser cristiano” se vive en distintas vocaciones dentro de la constitución de la Iglesia: la del sacerdocio ministerial y la de la condición “seglar”. Importante y necesaria para la vida y la santificación de la Iglesia

es la vocación para la forma consagrada de vida, tanto en el sacerdote como en el seglar.

- la vocación y misión del cristiano seglar en la Iglesia y en el mundo está dirigida específicamente a la santificación de las realidades temporales: ¡la santificación del mundo! La cuestión del “seglar” ha quedado teológicamente dilucidada en el Vaticano II y en la Exhortación Postsinodal de Juan Pablo II –1987– (Cfr. Ulrich Stutz: Der Geist des CIC; y K. Mörsdorf).

2. “La sociedad secularizada”

- una expresión sociológica fruto de la observación empírica estadísticamente elaborada a partir de los datos externamente experimentables en la sociedad.
- su significado más corriente: sociedad intelectual y culturalmente dominada por una concepción del hombre y de la vida que prescinden de la verdad de Dios o la niegan con mayor o menor fuerza “mediática”, educativa y sociopolítica. Y, por supuesto, que niegan la posibilidad de su intervención en la historia.
 - Jesucristo reducido a un mero –y más o menos simpático– personaje de la historia religiosa y/o política de la humanidad.
 - Además, una sociedad que vive en y de costumbres personales, familiares y sociales al margen de la moral cristiana, cuando no contra ella; y, también, con una intensidad mayor o menor y con una irradiación cuantitativa igualmente variada.
- ¿Hasta dónde es este modelo secularizado de sociedad, el vigente en la España y en la Europa actuales?:
 - Las señales y/o indicadores sociológicos hablan un lenguaje paradójico –¿contradictorio?–.
 - Los indicadores socio-políticos y socio-jurídicos y su ambivalencia.
 - Los indicadores socio-culturales y mediáticos y su “pluralidad”.

- Los indicadores “populares” y su diversidad en la vida personal familiar, social y general y, especialmente, en lo religioso.

II. Ser cristiano en la actual sociedad secularizada exige profesar, vivir y testimoniar en todos los ámbitos de la vida la propia identidad.

1. La identidad de la fe y la identidad intelectual.

- Mantener y profesar la confesión de la fe cristiana en la comunión católica con el Magisterio de la Iglesia.
- Mantener y profesar “intelectualmente” “el Credo de la Fe”; subrayando especialmente la Fe en Dios Creador y Redentor y culminando en “el Sí” intelectual pleno a Jesucristo.
- Mantener y reconocer las consecuencias doctrinales ético-morales y espirituales del “Credo”:
 - en lo referente a la vida personal.
 - en lo que atañe al matrimonio y a la familia.
 - en lo que atañe a “la cultura” en general.
 - en lo que afecta a la sociedad y a la comunidad política.
 - en lo que significa la libertad religiosa.
- La especial responsabilidad del seglar en la aceptación y en la difusión de la doctrina social de la Iglesia.

2. La identidad de la fe y la identidad cristiana de la vida o la identidad existencial cristiana.

- La práctica de la vida cristiana en “lo religioso”:
 - la participación en la vida doctrinal-catequética-teológica y en la vida litúrgica de la Iglesia.

- la participación en la vida comunitaria de la Iglesia.
 - la participación en su acción pastoral y misionera.
 - la participación en el apostolado.
- La práctica de la vida cristiana en “el mundo”.
- vivir las relaciones sociales comunes “cristianamente” desde el punto de vista personal.
 - vivir el matrimonio y la familia “cristianamente”.
 - vivir “cristianamente” en el mundo de la cultura y de la educación, del trabajo y de la comunidad política.
3. La identidad cristiana y su manifestación pública.
- ¿Una cuestión teórica? Es evidente que no. Pensar y vivir como “cristiano” conduce lógicamente y vitalmente a no ocultarlo; más aún, a expresarlo públicamente como “connaturalmente”.
 - ¿Una cuestión práctica? Sí, dada la forma de comportamiento frecuente en los cristianos y católicos de hoy.
 - Una cuestión especialmente viva en los que ejercen responsabilidades en “la vida pública”, en cualquiera de sus ámbitos, desde el de la fama social múltiple y variopinta hasta el de la vida política.
 - Un “déficit” especialmente constatable en la España actual.
4. El significado y el valor del “Testimonio” en la vida e identidad cristiana.
- “Ser Apóstol”, vocación compartida por todos los cristianos “pro sua parte et pro suo modo”.
 - “Ser misionero”, la expresión “final” de la dimensión apostólica de la vocación cristiana.

5. Un “apéndice” a la cuestión de la identidad cristiana.

- La identificación “externa” y “específica” de los sacerdotes y de los consagrados fuera del ámbito intra-ecclesial.
- La experiencia aleccionadora del “postconcilio”.

III. El modo propio y connatural de vivir públicamente la identidad cristiana en una sociedad secularizada.

- el marco de la libertad religiosa; más aún, el de la libertad cristiana.
- el marco de “la proposición” y no de “la imposición” en el diálogo intelectual, en la información y en la formación ofrecida.
- el marco de la caridad cristiana o del “estilo evangélico”.
 - el del amor al prójimo según la medida de Cristo.
 - el del amor que busca al más débil y desfavorecido espiritual y materialmente.
 - el del amor gratuito, alejado de cualquier tentación personalista.
- El reto supremo del amor al enemigo.
- El reto de la fortaleza del amor cristiano en la comunicación de la verdad, hasta el martirio.

IV. Una exhortación final, paulina, de mucha actualidad

“Hermanos: Nosotros no nos predicamos a nosotros mismos, predicamos que Cristo es Señor, y nosotros siervos vuestros por Jesús. El Dios que dijo: «Brille la luz del seno de la tiniebla» ha brillado en nuestros corazones, para que nosotros iluminemos, dando a conocer la Gloria de Dios, reflejada en Cristo. Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan

extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Nos aprietan por todos los lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados pero no abandonados; nos derriban pero no nos rematan; en toda ocasión y por todas partes, llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Así, la muerte está actuando en nosotros, y la vida en vosotros” (2 Cor 5-13).

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

El día 2 de julio de 2008 ha fallecido DOÑA CARMEN SAMANIEGO REIG, madre de D. Rafael Hernando de Larramendi Samaniego (Siervo de Jesús), Capellán del Campus de Somosaguas

El día 14 de julio de 2008 falleció a los 80 años de edad, DOÑA CRISTINA MUÑOZ SÁEZ, madre del sacerdote D. Felipe Asterio González Muñoz, párroco de la Parroquia de la Natividad de Nuestra Señora, de Madrid.

El día 21 de julio de 2008 falleció DOÑA MARÍA LUISA GARCÍA, madre del sacerdote D. José Eugenio Laguna García, Párroco de Lozoya, Canencia de la Sierra, Pinilla de Buitrago y Gargantilla de Lozoya.

El día 21 de julio de 2008 ha fallecido D. SAMUEL ALMARZA ESCUDERO, padre de D. José Luis Almarza Sánchez, subdelegado de Pastoral Universitaria y Capellán del Colegio Mayor San Pablo.

El día 23 de julio de 2008 ha fallecido el Rvdo. Sr. D. BALTSAR ÁLVAREZ GARCÍA. Nació en Otero de Escarpizo (León) el 16 de julio de 1928. Ordenado el 31 de mayo de 1952 en el Congreso Eucarístico de Barcelona. Sacerdote Operario Diocesano, ejerció su ministerio en la República Argentina y en la diócesis de Sazagoza. En Madrid ha sido vicario parroquial de la Parroquia de Beato Manuel Domingo y Sol, de Majadahonda hasta su jubilación en 1993.

El día 25 de julio de 2008, a los 96 años de edad, ha fallecido DOÑA SARA RODRÍGUEZ, madre de Monseñor Andrés Pardo Rodríguez, delegado diocesano de liturgia, canónigo de la S.I. Catedral de Madrid y Prefecto de Liturgia.

El día 5 de agosto de 2008 ha fallecido a los 101 años de edad, D. FÉLIX GARCÍA, padre del sacerdote D. Félix García Cuesta, capellán de la Residencia de Mayores de la C.A.M. 'Doctor González Bueno'.

El día 7 de agosto de 2008 ha fallecido, D. BRAULIO CUENCA ROSILIO, padre del sacerdote D. Braulio Cuenca López, diocesano de MADRID, Vicario parroquial de la Parroquia de Santiago y San Juan Bautista, de Madrid.

El día 9 de agosto ha fallecido DOÑA MARÍA LOSA, madre del sacerdote diocesano de Madrid, D. Ángel Arbeteta Losa, capellán del Hospital Clínico de Madrid.

El día 18 de agosto de 2008 ha fallecido, el Rvdo. Sr. D. MIGUEL SANZ SANZ, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Campillo de Dueñas (Guadalajara) el 4-7-1930. Ordenado en Logroño el 7-6-1953. Incardinado en Madrid el 16-1-1973. Fue coadjutor de Nuestra Señora del Camino (1969-1975) y coadjutor de Santiago y San Juan Bautista (1975-2000). Estaba jubilado.

El día 25 de agosto de 2008 ha fallecido, el R.P. FABIÁN FERNÁNDEZ ALARCÓN HERRERO, religioso marianista. Nació en Madrid el 22 de febrero de 1936 y fue ordenado sacerdote en Friburgo (Suiza) el 23 de marzo de 1969. Fue coadjutor de la Parroquia 'María Reina' (20-11-1974 a 5-3-1981) y párroco de Santa María del Tontarrón desde 10-9-1985.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. JULIO 2008

- **Día 1:** Consejo Episcopal en Albacete. Visita a Mons. Alberto Iniesta.
- **Días 3 y 4:** Roma. Reunión del Consejo de Asuntos Económicos.
- **Día 5:** Misa y medalla de honor del Cristo. En la parroquia de San Lorenzo, en San Lorenzo de El Escorial.
- **Día 6:** toma de posesión del Obispo de Osma-Soria.
- **Día 7:** Comité Ejecutivo CEE.
- **Días 8-23:** Sydney (Australia). Jornada Mundial de la Juventud.
- **Día 25:** Curso de verano en la Universidad Rey Juan Carlos, de Aranjuez.
- **Días 26:** Misa con las Religiosas Hijas del Sagrado Corazón, de Galapagar.
- **Día 27:** Misa en la Catedral. Día de Santiago en Madrid.
- **Día 29:** Consejo de Economía de la CEE.

Jesús le llama y le invita a seguirle. Estando en casa de Mateo, comiendo, los fariseos murmuraban y preguntaban a los discípulos de Jesús: «¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?» Jesús, que les conoce, les responde con la frase de Oseas: «Misericordia quiero y no sacrificios» (cf. *Mt 9, 13*). Entre Oseas y Jesús han pasado más de siete siglos y todo parece seguir igual. ¿Dónde está la religiosidad auténtica?

3. Mateo, que antes era un pecador público, se convierte y sigue a Jesús como discípulo y apóstol. Su conversión no consistió en ofrecer un holocausto o un sacrificio para aplacar a Dios; tampoco se dice que estuvo ayunando. Todo eso pudo haberlo hecho, pero no era lo más importante ni lo que el Señor quería. Lo más importante es la conversión del corazón, «porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (*Mt 6, 21*).

Mateo se ha convertido, porque ha implicado toda su vida: ha dejado el telonio, la mesa de los impuestos y ha cambiado de vida; ha puesto su corazón en el Señor, porque en el encuentro con Él quedó iluminado. Mateo ha cambiado por dentro: Ya no vive en tinieblas y sin sentido; ha encontrado el sentido de su vida, porque el Señor lo ha iluminado con su luz.

4. En esta tarde le pedimos al Señor que el encuentro con Él, en esta Eucaristía, nos ilumine y nos cambie; que nos dé el gozo y la paz interiores y haga que nuestra religiosidad no consista en simples actos externos.

Aunque hagamos actos de generosidad, demos dinero a los pobres, compartamos nuestros bienes con los necesitados, hagamos penitencia, ofrezcamos sacrificios y nos privemos de cosas, lo más importante es que nuestro corazón se convierta al Señor y dirijamos nuestra mirada hacia Él, para contemplar su rostro. No es posible hacer bien las cosas mirando hacia otra parte.

Esta es la lección que Jesús nos ofrece con motivo de la conversión de Mateo. Hemos de animarnos a una conversión auténtica; a un cambio de mentalidad y de actitud en nuestra religiosidad. En vez de hacer cosas externas, como expresión de nuestra fe, hemos de vivir el encuentro con el Señor.

5. Oseas utiliza dos imágenes muy bellas, tomadas de la naturaleza. Una es la de la nube: «Vuestra misericordia es como nube mañanera... que pasa» (*Os 6, 4*). ¿Qué significa una “nube mañanera”? Es una nube que no tiene consistencia y no lleva agua; apenas sale el sol, esa nube se desvanece como la

espuma. No es una nube densa, fuerte, cargada; está vacía; es débil y prácticamente desaparece.

Si nuestra misericordia es como nube mañanera, no tendrá consistencia. Si nuestra religiosidad es como nube mañanera, desaparecerá como la espuma.

Vamos a pedirle al Señor que nuestra religiosidad y nuestra piedad hacia Él, no sean nubes mañaneras, sino que sean nubes cargadas, que traen buena lluvia para empapar y fecundar la tierra y producir abundantes frutos.

6. La otra imagen que utiliza Oseas es la del rocío: «Vuestra misericordia es como el rocío matinal... que pasa» (*Os* 6, 4). ¿Qué le sucede al rocío matinal? Estéticamente es precioso: cuando los primeros rayos de sol se reflejan sobre él, parece un tesoro de perlas o diamantes. Pero, en realidad, una gotita de rocío sobre una hoja es algo muy efímero, al igual que la nube mañanera. Cuando el sol sale y la ilumina parece una perla, pero enseguida se evapora y no queda nada.

Nos hacemos la misma pregunta: ¿Es nuestra misericordia y nuestra relación con el Señor como una gota de rocío matinal? Si así fuera, parecería un hermoso diamante, pero en realidad perecería pronto; al contrastarse con la verdad, se esfumaría; no resistiría el calor del bochorno ni la tentación, ni la embestida de la sociedad, que nos vapulea.

Si nuestra fe, nuestro amor a Dios, nuestra misericordia y nuestra religiosidad son como gotas de rocío, se evaporarán. Deben ser, más bien, como un manantial de agua, que brota sin cesar y no se agota.

Os animo a transformar vuestra fe y vuestra religiosidad, para que deje de ser nube mañanera y se convierta en nube densa, cargada de agua, que descargue lluvia abundante y fecunda.

Que el encuentro con el Señor, en esta Eucaristía, nos ayude a vivir en esta sociedad, que cada vez nos lo pone más difícil. Tenemos la fuerza del Señor y no importa lo que nos pueda sobrevenir.

Le pedimos a Dios que su encuentro nos fortalezca. Que nos conceda vivir una religiosidad, una fe y una misericordia fuertes y fecundas. Que nuestro encuentro con Él llene nuestra vida de sentido, de su alegría y de su paz.

7. Esta mañana he recibido un escrito, que me ha enviado un amigo sacerdote. Su contenido está relacionado con el encuentro de Jesús con Mateo y con nuestro propio encuentro con el Señor.

*Jesús puede pasar también por tu vida y decirte:
No quiero que me ofrezcas nada: te quiero a ti.
No me importan tus afanes: me importas tú.
No busques razones para nuestro encuentro: Quiero estar contigo.
No andes preocupado por lo que me dices: Me alegra escucharte.
No te importe el sentimiento, sino el sabernos juntos.
Por mi parte he decidido estar contigo. ¿Y tú? ¿Quieres estar conmigo?
No te preocupes en mirar si me agradas. Me alegra verte.
No busques inquieto temas de conversación: Tu presencia me basta.
No intentes conquistar mi amor: Sabes que te quiero desde antes de nacer.
No te justifiques de nada: Sabes que te conozco por dentro.
No te entretengas en mil tareas: Vente conmigo.
No tengas miedo al silencio: Yo lo habito.
No te espante la sensación de vacío: Yo lo abrazo.
No huyas de la soledad: En ella es donde te espero.
No te retengas en tu mala memoria: Yo soy solo presente.
No te refugies en la naturaleza: Yo también la lleno.
No te bloques por tu pobreza: Te deseo a ti.
No anticipes fracasos ni futuros adversos: Yo soy providente.
No dejes paso a la ansiedad: Yo soy tu paz.
No te enredes en tus cuentas: Yo soy más.
Prueba a permanecer en mí y descubrirás la anchura de tu corazón:
Sígueme.*

Esta es la misma invitación del Señor a Mateo: ¡Sígueme!

Podéis repetir las mismas frases y decíselas al Señor. Y puesto que sois matrimonios, podéis decirle también estas mismas palabras a la persona amada, con quien compartís la vida.

¡Que la Virgen María nos ayude a vivir con gozo nuestra religiosidad, de manera auténtica y comprometida! Amén.

ENCUENTRO DIOCESANO DE VOLUNTARIOS DE “CARITAS”

Torrelaguna, 14 Junio 2008

Lecturas: *1 Re* 19, 16.19-21; *Sal* 16; *Mt* 5, 33-37.

1. Antes de celebrar la Eucaristía, Mesa de la Palabra y del Cuerpo del Señor, habéis tenido un buen aperitivo de reflexión, sobre el sentido del compartir cristiano. Don Luís-Miguel, el Consiliario, ha comentado la carta encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI y lo que significa el compartir para el cristiano y el acercarse al otro, no solo en sus necesidades materiales y culturales, sino también espirituales.

Hay muchos tipos de pobreza. Hemos de replantearnos si nosotros atendemos solamente ciertas pobrezas, o cuidamos al hombre integralmente, como hijo de Dios e imagen de Jesucristo.

En la celebración eucarística le pedimos al Señor que nos ayude a llevar a cabo lo que hemos reflexionado y a ser consecuentes con lo que cada día vamos descubriendo en nuestro quehacer, como voluntarios de “Caritas” en nuestra Diócesis.

2. Quisiera ahora reflexionar sobre dos personajes, que las lecturas nos han presentado. Uno es el profeta Eliseo y el otro es su maestro Elías. El Señor pide a

Elías que unja a Jehú como rey de Israel y a Eliseo como profeta sucesor suyo (cf. *1 Re* 19, 16).

Elías hace un gesto precioso, que es cubrir con su manto a Eliseo (cf. *1 Re* 19, 19). Este gesto expresa propiedad, como cuando Rut pidió a Booz que extendiera sobre ella el borde de su manto (cf. *Rut* 3, 9). Elías toma por discípulo suyo a Eliseo, cubriéndolo con su manto, que representaba la misión del profeta. De hecho cuando Elías es arrebatado al cielo en un carro de fuego, según la narración bíblica, Eliseo se queda con el manto de Elías, para seguir llevando a cabo la misión que el Señor le había encomendado (cf. *2 Re* 2, 14).

3. Podríamos decir que ese gesto significa algo así como “pasar la antorcha”. Nosotros también hemos recibido la fe de nuestros mayores y nos toca ahora ejercer nuestra misión. Hemos de echar también el manto encima de otros voluntarios, para que esta misión no se trunque y continúe.

Eliseo se encontraba arando con doce yuntas de bueyes (cf. *1 Re* 19, 19) cuando fue llamado por su maestro Elías. Nos encontramos en Torrelaguna, donde se casó San Isidro Labrador con María de la Cabeza, que era natural de este pueblo. Eliseo e Isidro tenían en común la tarea de cultivar la tierra.

A pesar de sus riquezas, Eliseo deja sus propiedades y toma como lema el Salmo que hemos cantado: “Tú Señor, eres el lote de mi heredad” (cf. *Sal* 16, 5). Lo deja todo; coge una yunta y la ofrece en sacrificio, dando de comer a los suyos, quemando los aperos y poniéndose al servicio de Elías, su maestro (cf. *1 Re* 19, 21).

4. Eliseo siguió al Señor, que le llamó para una misión y él dejó su profesión, su familia, sus haberes y cambió esa heredad por el lote del Señor.

También hoy nos invita el Señor a que le sigamos. A cada uno le asigna una misión. No creo que a los laicos os pida que dejéis la familia; los casados debéis vivir vuestra vocación matrimonial. Simbólicamente todos podemos tener muchas yuntas de bueyes, muchos aperos y muchas tierras, de las que desprendernos; es decir, muchas cosas que cautivan nuestro corazón y que nos tienen atados, como a Eliseo al arado. Seríamos más libres si pudiéramos desprendernos de esas cosas que, por lo visto, no son necesarias.

El Señor nos invita a la generosidad en muchos campos, no solo en el económico, sino a una generosidad en renunciar incluso a esquemas y mentalidades. Nos invita a poner nuestro corazón en el Señor, apartándolo de otras cosas. Nos invita a fiarnos más de Dios.

5. En estos días, a raíz de la crisis económica, ha habido tentativos de querer almacenar bienes. La gente se ha precipitado a los almacenes y ha intentado acumular víveres, porque no se ha confiado de la Providencia divina. Al fin y al cabo ¿qué se consigue acumulando unos cuantos víveres? ¿Cuánto tiempo podría resistir la gente la carestía de alimentos? Si realmente hubiera una verdadera bancarrota mundial o si llegara el fin del mundo ¿de qué servirían unos pocos víveres?

El Señor, por medio de Eliseo, nos enseña a vivir el desprendimiento de muchas cosas; incluso un desprendimiento de ciertas formas de piedad. Don Luís-Miguel os ha hablado de la oración. La oración debe ser continua y permear el día, llenándolo de la presencia de Dios. No quiere decir esto que no haya que hacer momentos especiales de oración; el momento más especial es el de la Eucaristía, que estamos ahora celebrando; es un momento importante, que nos ayuda a vivir y a convertirnos más al Señor.

En el Salmo hemos cantado: “Tú eres Señor, el lote de mi heredad” (cf. *Sal* 15, 5). Si esto es verdad, tenemos que fiarnos de Él. No podemos fiarnos de nuestras propias fuerzas o recursos; ni siquiera cuando hacemos caridad. Todo lo recibimos de la Providencia divina: Lo que tenemos, lo que nos dan y lo que damos, no es nuestro, puesto que se nos ha regalado previamente. Y aunque pasemos penuria o incluso muramos –porque hemos de morir necesariamente– sepamos que nuestra herencia definitiva no está en este mundo, sino más allá del umbral de la muerte.

Eliseo nos enseña el desprendimiento, la generosidad y el fiarse de Dios.

6. Pasemos ahora a nuestro segundo personaje, el profeta Elías. Éste nos da una gran lección de confianza en la Providencia, cuando se encuentra con la viuda de Sarepta, que espera la muerte de ella y la de su hijo: «Me queda un poco de aceite en la alcuza, voy a hacer un panecillo para mí y para mi hijo, lo comeremos juntos y después nos moriremos» (cf. *1 Re* 17, 12). Tal vez nos aferramos demasiado a los bienes pasajeros.

En las lecturas de los días pasados Elías aparece perseguido por ser profeta verdadero, que anuncia lo que Dios le pide. Todos los profetas del Señor habían sido asesinados y solo quedaba él en todo Israel, mientras que los profetas de Baal eran más de cuatrocientos (cf. *1 Re* 18, 22). La reina Jezabel le buscaba para matarlo, ya que Elías había dado muerte a los profetas de Baal (cf. *1 Re* 18, 40).

7. Elías, perseguido a muerte y huyendo de sus enemigos, caminó por el desierto y fue a sentarse bajo una retama, deseándose la muerte (cf. *1 Re* 19, 2-4). Después llegó al monte Horeb y se refugió en una cueva, que miraba al mar. Elías quería ver el rostro de Dios; quería contemplar a Dios. También nosotros hemos recitado con el *Salmo*: “Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro” (cf. *Sal* 26, 8).

El Señor le dijo que se preparara, porque iba a pasar. Vino primero un fuerte huracán y Elías pensó que allí estaba el Señor; pero en el huracán no estaba el Señor (cf. *1 Re* 19, 11). Después vino un terremoto; y allí tampoco estaba el Señor. Luego vino un fuego; y en él tampoco estaba Dios. Por último vino una suave brisa; y el Señor pasó y le habló (cf. *1 Re* 19, 11-13).

8. ¿Cómo percibimos nosotros la presencia de Dios? ¿Dónde creemos que está Dios y dónde está verdadera y realmente? Tenemos ansia de Dios, pero Él se manifiesta a veces de formas no perceptibles.

En este momento histórico, en que vivimos, no podemos ver a Dios cara a cara; lo podemos percibir a través de signos sacramentales. Le escuchamos a través de su Palabra escrita en la Biblia. Le percibimos a través de otras presencias humanas: del prójimo, de gente enferma, de niños, de ancianos, de emigrantes. Podemos descubrir la mano de Dios a través de los fenómenos naturales (el terremoto, el huracán) y de mil experiencias a través de cuales el Señor nos toca el corazón, para ayudar a otros necesitados. Pero atención, porque el terremoto o el huracán no es Dios; sino que nos ayudan a descubrir la presencia de Dios.

Lo que hagamos a cada uno de los afectados por las catástrofes naturales o provocadas por los hombres, lo hacemos a Dios; pero Dios trasciende todo eso; Dios es más que el huracán y más que la persona necesitada, el emigrante o el enfermo. Dios se hace presente en ellos, pero Dios es mucho más.

9. Hemos de pedir al Señor que nos ayude a descubrir su rostro. ¿Quién sería capaz de descubrir que bajo el rostro de un crucificado, rostro escupido, rostro escarnecido, rostro lleno de sangre y desfigurado, se escondía latente la auténtica presencia de Dios? ¿Cuántos contemplaron hace dos mil años ese rostro vivo, y no descubrieron al hijo de Dios? Descubrieron a un judío, al Maestro Jesús de Nazaret, a un amigo; o tal vez lo confundieron con un revolucionario o un milagrero. ¿Cuántos no descubrieron bajo ese rostro desfigurado el verdadero rostro de Dios?

El Señor nos invita a descubrir su verdadera presencia velada, escondida. Como dice san Pablo, ahora vemos como en un espejo, a través de un velo, pero cuando lleguemos a la otra vida, ese velo caerá y veremos a Dios cara a cara (cf. *1 Co* 13, 12). Ahora tenemos mediaciones, signos, sacramentos, personas, ocasiones históricas. ¡Aprovechémoslas! Pero sabiendo que el verdadero rostro de Dios está escondido, velado. Sabemos que ahí detrás está la presencia de Dios.

10. Pidamos, como Elías, poder ver el rostro de Dios: “Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro”. Quiero contemplar tu rostro auténtico; pero no lo podré ver hasta la otra vida. Permíteme ahora que pueda descubrir tu presencia y tu rostro, a través de otros rostros humanos. Aunque los vea desfigurados, enfermos o ancianos; aunque no entienda su lengua. Si soy capaz de descubrir la presencia de Dios, a través de los rostros de personas y de los acontecimientos (huracanes, terremotos, lluvias, desastres, incendios), el Señor me permitirá después encontrar su verdadero rostro. Esta es la lección de Elías.

Pidamos a Dios que nos haga descubrir su rostro, aquí en la tierra, aunque de forma velada; y después se nos manifieste de manera plena y total en la otra vida.

Os animo a todos los voluntarios de “Caritas” a vivir con esta actitud cristiana. Quiero agradecer vuestro tiempo, vuestro esfuerzo y vuestra dedicación. Pero lo más importante no es lo material, sino la ayuda integral al hombre. Las mayores pobrezas espirituales no hay que ir a buscarlas lejos de nuestro entorno; las tenemos a nuestro lado, en España, en Madrid, en Alcalá. Gente muy pobre de la experiencia de Dios, a los que tenemos que ayudar.

Le pedimos a la Virgen María que nos ayude a descubrir las necesidades de nuestros hermanos y que nos acompañe en el descubrimiento del rostro de Dios,

hasta llegar al momento definitivo de verle cara a cara. Ella también contempló el rostro del Hijo de Dios, su Hijo, hecho una calamidad, desfigurado totalmente, irreconocible para ella. Pero después ha podido gozar eternamente del rostro transfigurado y glorioso de su Hijo.

¡Que el Señor nos conceda contemplar también a nosotros un día, junto con María la Virgen, el rostro transfigurado y glorioso de Cristo! Que así sea.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

Alcalá de Henares, 15 Junio 2008

Lecturas: *Ex* 19, 2-6; *Sal* 99, 2.3.5; *Rm* 5, 6-11; *Mt* 9, 31 – 10, 8.

1. Hemos escuchado un texto de la carta de san Pablo a los *Romanos*, en el que el Apóstol se hace una pregunta muy humana: ¿Cómo es que el Señor Jesús ha sido capaz de entregar su vida por nosotros?

Tal vez nosotros seríamos capaces de dar la vida por una persona buena o por un ser querido: por un familiar, por un amigo, por alguien que fuera justo y amable. Pero no seríamos capaces, sin embargo, de aceptar la compañía de una persona mala, o dar la vida por un asesino, un ladrón, un maltratador o un violador.

Jesús, en cambio, ha dado la vida por nosotros, que no somos precisamente unos santos; cuando digo “nosotros” nos referimos a los aquí presentes y a todo el mundo, incluidos los no creyentes y los que aún no han conocido a Jesús. Él ha dado la vida por todos los que obran mal; en realidad ha dado la vida por todos nosotros, que somos unos sinvergüenzas. No ha esperado a que fuéramos santos, para dar su vida por nosotros.

2. Esta es la gran verdad del cristianismo: “Dios nos ama, a pesar de nuestro pecado”. Un buen padre ama a su hijo a pesar de todo: a pesar de lo que haga o diga. Dios es el Padre bueno, que nos ama a pesar de cómo nos comportamos con Él.

Cristo, el Hijo de Dios, ha sido capaz de dar su vida por ti, por mí y por todos los hombres; no ha esperado a que fuéramos buenos. Eso es lo que dice Pablo: Cristo ha sido capaz de dar la vida por los impíos, por los malvados, por todos. Y, dando su vida, nos ha transformado.

Zaqueo, como nos narra el Evangelio (cf. *Lc* 19, 1-10), se convirtió cuando invitó a Jesús a comer en su casa; y, sobre todo, cuando le permitió entrar en su corazón. Zaqueo, que era un ladrón y un usurero, dijo: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo» (*Lc* 19, 8). De este modo, cambió su corazón.

El llamado “buen ladrón”, que fue crucificado junto a Jesús, también fue perdonado y salvado por la promesa que le hizo el Señor: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (*Lc* 23, 43). Jesús tampoco condenó a la prostituta pecadora, sino que le dijo: «Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más» (*Jn* 8, 11). Y el colaboracionista con el poder romano, Leví, llamado Mateo, que cobraba impuestos y era un pecador público, también se convirtió (cf. *Lc* 5, 27).

A nosotros, que no somos santos ni buenos, el Señor nos ama con infinito amor y es capaz de transformarnos, porque el amor cura, sana las relaciones y cambia a las personas, mejorándolas y elevándolas.

No nos damos cuenta de lo que es capaz de hacer el amor, ni de cuánto somos capaces de amar. Si lo supiéramos y experimentáramos, estaríamos más dispuestos a amar, incluso no sólo al que nos ama, sino al que no nos quiere. Amar al que nos ama, como dice el Señor, es fácil: «Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman» (*Lc* 6, 32); lo difícil es amar al enemigo; al que nos pisotea y menosprecia.

Hemos de amar incluso a los que nos odian, porque el amor es transformante y también nosotros hemos sido transformados por el amor de Cristo.

3. San Pablo exhorta a esta comunidad cristiana, en esta celebración de hoy, a ser una comunidad donde todos sus miembros se amen y sepan amar, incluso a los que aún no son miembros de ella.

Hay muchas personas que no nos comprenden, ni han experimentado la presencia sanadora de Dios en su vida. Quizá a través de nuestro testimonio, de nuestra acogida y de nuestra comprensión, puedan experimentar el amor de Dios.

Ojala la gente pueda decir de esta comunidad: “Mirad cómo se aman”; “Me gustaría vivir como ellos”; “Tienen algo especial”.

Los cristianos no somos anticuados, ni tristes, ni huraños, ni antidemocráticos, como suelen decir de nosotros. Más bien tenemos una fuerza, que no es nuestra sino del Señor, que transforma el mundo. Nosotros hemos experimentado que nos ha transformado a cada uno de nosotros; y puede transformar a la gente de la barriada de esta parroquia, haciendo de ésta un *focolar*: un hogar donde la gente necesitada de afecto y de amor, pueda encontrar calor humano; donde la gente pueda encontrar la luz de Cristo. Esta comunidad cristiana de santo Tomás de Villanueva, en Alcalá de Henares, es ya un *focolar*, pero aún debe serlo mucho más.

4. En el evangelio según san Mateo se nos ha dicho que el Señor contempló a la gente que «andaba como ovejas sin pastor» (*Mt* 9, 36), sin norte, perdidos, desorientados. ¡Cuanta gente contemporánea nuestra anda desorientada, como ovejas sin pastor! Piensa que la felicidad está en poseer o en hacer ciertas cosas; pero la verdadera felicidad no está ahí; por eso andan descarriados y descaminados; no van por el verdadero camino, que es Cristo, sino que van desorientados.

Estimado hermano, ¡no te despistes! Es decir, “no te salgas de la pista”, que es Cristo; Él es el camino. El despistado está fuera de la pista y va por derroteros que no le llevan a ninguna parte, más bien al vacío y a la desesperación.

Demos gracias a Dios por haber encontrado el Camino, que es Jesucristo; en Él estamos no “des-pistados”, sino “en-pistados”; es decir, estamos en la buena pista y podemos correr el camino, sin miedo de desorientarnos. Pero hay mucha gente desorientada, a la que podemos animar y orientar para que encuentren el camino verdadero.

El Señor se apiadó de sus coetáneos, que andaban como ovejas sin pastor, y les orientó, como el buen pastor guía a las ovejas que se han despistado, devolviéndolas otra vez al redil.

5. El Señor nombró a doce Apóstoles, a quienes envió con una misión especial. *Apóstol* significa *enviado*. Los envió a proclamar la Buena Nueva, el Reino de los Cielos. Y los Apóstoles, antes de morir, encargaron a otras personas que continuaran esta misma misión. Los Obispos somos los sucesores de los Apóstoles. A través de los tiempos se ha perpetuado, de este modo y sin interrupción, la sucesión apostólica.

Hoy os visita un sucesor de los Apóstoles. No os fijéis en mi pobre persona, tan pecadora como la vuestra, sino mirad la misión que el Señor me ha encargado.

Junto con los sucesores de los Apóstoles, que son cabeza de las iglesias particulares, estáis todos vosotros, sacerdotes, religiosos y laicos. Y todos tenemos la misma misión: vivir orientados hacia el Señor y ayudar a orientarse a otros, para que no vayan descarriados como ovejas sin pastor.

La Visita pastoral pretende ayudarnos unos a otros a re-orientarnos, por si acaso estamos un poco despistados en algunas cuestiones, temas o métodos de trabajo. La Visita pastoral nos ha permitido rezar juntos, encontrarnos, dialogar sobre nuestras cosas, conocernos mejor y revisar nuestro proyecto de parroquia, dentro de la Diócesis.

6. ¡Reorientemos nuestra vida hacia Cristo y ayudemos a otros a reorientar su vida hacia Él! Si la gente supiera realmente lo que es ser cristiano, aceptaría con alegría esta forma de vida; porque es una maravilla.

Sentirse amados y perdonados por Dios y por los hermanos es un gran don; vivir en paz y en alegría es un regalo de Dios, que el mundo no ofrece. Ningún capricho ni deseo mundano otorga la profunda alegría que nos da el ser amados y perdonados por Dios. Es maravilloso salir de la confesión sacramental dando gracias y experimentando una gran paz interior. Lo mismo sucede con la Eucaristía, de la que salimos alimentados, reconfortados, fortalecidos y alegres.

La parroquia debe ofrecer la posibilidad de vivir esta experiencia profunda y liberadora.

7. Jesús les encarga a los Apóstoles ir a las ovejas descarriadas de Israel, para proclamar que el Reino de los cielos está cerca (cf. *Mt* 10, 7-8). El Reino de los cielos se ha hecho presente en la tierra; el amor de Dios está entre los hombres y no hay que buscarlo fuera; ese Reino está dentro del corazón humano. Lo podemos palpar y experimentar a través de la liturgia y de la vida comunitaria.

Jesús describe, a continuación, cuatro acciones imperativas, que parecen pertenecer a tiempos pasados: «Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios» (*Mt* 10, 8); pero si las analizamos detenidamente podremos comprobar que son muy actuales.

Existen las enfermedades físicas, a las que estamos sometidos y que nos pueden hacer traspasar el umbral hacia la otra vida; pero hay enfermedades espirituales más nefastas que las físicas. Hay cánceres ideológicos, que corroe por dentro; hay lepras interiores, que deforman nuestra vida espiritual; hay falsas búsquedas de felicidad, donde no se la puede hallar; hay también “muertos andantes”, que deambulan por la calle, pero no tienen vida interior.

San Juan, en su primera carta, nos dice: «Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él» (*I Jn* 3, 15). Quien odia, pues, a su hermano está muerto por dentro y la vida no está en él, aunque tenga una salud física de hierro.

También hay muchos demonios que hoy nos tientan, pretendiendo apartarnos del camino de la vida y se alegran cuando lo consiguen. El diablo existe y no hay que burlarse ni tomarlo a broma. Pero tenemos la certeza de que es una criatura y no tiene poder divino, ni se le puede considerar como un semi-dios, ni se le comparar con Jesucristo. Y lo podemos vencer, porque Cristo lo venció y nos da la fuerza para vencer sus tentaciones: «Fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito» (*I Co* 10, 13).

8. Por tanto, estimados feligreses, considerad qué misión tan grande y preciosa tiene vuestra comunidad parroquial. Si nos pusiéramos manos a la obra, al terminar la Eucaristía, no serían suficientes las veinticuatro horas del día.

Nuestra tarea consiste en invitar a la gente a descubrir a Jesucristo. Cuando los primeros discípulos le preguntaron: «Rabbí -que quiere decir, «Maestro»- ¿dónde

vives?», Él respondió: «Venid y lo veréis» (*Jn* 1, 38-39). A nuestros paisanos hemos de decirles: “Venid y lo veréis. Venid y experimentad lo que nosotros estamos experimentando”. Si hiciéramos bien esta tarea, la gente no cabría en el nuevo templo, que vamos a construir. Podría participar en nuestras celebraciones un mayor número de fieles de esta zona de Espartales. Os animo a tomar en serio nuestra responsabilidad.

9. Pidamos ahora la intercesión de dos santos. En primer lugar, la de nuestro patrono santo Tomás de Villanueva, que fue Obispo, sucesor de los Apóstoles. Fue un buen pastor para sus ovejas; un hombre profundamente generoso y humilde. Al final de su vida murió en una cama, que ya no era suya, porque la había regalado a un pobre. Realizó varias veces la Visita pastoral a su Diócesis, mi tierra natal de Valencia; y ayudó a mucha gente a volver al buen camino. A este grande y humilde santo, dibujado aquí por uno de vuestros feligreses, le pedimos que nos ayude a ser buenas ovejas del rebaño de Cristo.

Pedimos también la intercesión de nuestra Madre, la Virgen María, bajo la advocación de la Virgen del Val, cuya imagen nos acompaña en la Visita pastoral a la Ciudad de Alcalá. Agradecemos la presencia, como en otras ocasiones, del presidente y del secretario de dicha Hermandad.

Le pedimos a la Virgen que nos acompañe en nuestro camino. Ella ha comprendido a Jesús y ha sabido descubrir el rostro de Dios en un pequeño niño, recién salido de sus entrañas. Lo ha acompañado en el transcurso de su vida, desde la infancia hasta la madurez; y lo ha visto morir, clavado en la cruz como un malhechor, con el rostro desfigurado por los golpes y la sangre. María ha sabido reconocer a su Hijo Jesús en todo momento y circunstancia.

¡Que la Virgen nos acompañe y nos ayude a descubrir también el rostro de Jesús en rostros desfigurados de niños, enfermos, ancianos y emigrantes! ¡Que nos ayude a descubrir en ellos su rostro y a invitarles a que participen en el don de la fe católica! Que así sea.

FUNERAL DEL RVDO. SR. D. EZEQUIEL BRAVO
GÓMEZ

Daganzo, 15 Junio 2008

Lecturas: *Ex* 19, 2-6a; *Sal* 99; *Rm* 5, 6-11; *Mt* 9, 31-10,8.

1. Estamos celebrando el misterio pascual de Cristo. Mediante la liturgia nos incorporamos a este misterio de amor del Señor y participamos en su muerte y en su resurrección.

San Pablo, en su carta a los *Romanos*, nos recuerda que los que por el bautismo son sepultados en la muerte de Jesucristo se incorporan también a su resurrección; por el bautismo somos injertados en la muerte de Jesucristo, para resucitar con Él a la vida eterna (cf. *Rm* 6, 3-4). Se nos da la prenda de la inmortalidad.

Unirse al misterio pascual de Jesucristo es la forma de poder vivir la llamada que el Señor nos hace a la vida eterna. Nuestra vida no acaba aquí en la tierra; estamos llamados a trascender esta vida y a compartir la vida divina y gloriosa de Jesucristo resucitado; nuestra vocación es la vida en Dios.

La muerte de Cristo y nuestra incorporación a Él, con nuestra muerte, es un misterio. La vida eterna es un misterio. Los cristianos celebramos los misterios,

pues éstos no nos dejan abatidos. La muerte no nos aniquila; la separación de un hermano es dolorosa y todos sentimos la muerte de nuestro hermano Ezequiel, pero él no permanece en la oscuridad y en la nada.

El misterio pascual nos envuelve y podemos vivirlo, aceptarlo y celebrarlo. Por ello damos gracias a Dios; porque este misterio pascual nos permite celebrar y vivir desde la fe, la esperanza y el amor divinos los acontecimientos de la vida.

Nuestro hermano Ezequiel inició su peregrinación en el bautismo. El Señor lo incorporó a su muerte y lo injertó como sarmiento a la vid, para que fuera alimentándose de ella durante toda su vida. De este modo ha podido alimentarse y dar frutos de fe, de esperanza y de caridad cristianas, que son las tres virtudes teologales, que nos sitúan en la vida divina. Hoy termina su peregrinación en este mundo y se incorpora definitivamente a la vida eterna.

2. Queremos dar gracias a Dios por la peregrinación terrena de nuestro hermano sacerdote Ezequiel. Como todo fiel cristiano quedó incorporado a Jesucristo en el bautismo y ha vivido injertado en la vid, que es manantial que salta hasta la vida eterna, como dijo Jesús a la samaritana (cf. *Jn* 4, 13-14). Creer en Jesús significa acercarse al manantial de agua viva; significa que se puede prolongar la vida terrena hasta a la eternidad.

Nuestro hermano Ezequiel ha hecho esa peregrinación. Desde el momento del bautismo, unido a Jesucristo, ha intentado vivir fiel a la vocación a la que el Señor le ha llamado. Todos hemos sido injertados en Cristo por el bautismo; pero a cada uno el Señor le ha dado una misión propia, como fiel laico, como religioso, o como sacerdote. Ezequiel fue llamado a ejercer la misión como sacerdote de Jesucristo.

En este día, en que nos despedimos de sus restos mortales, queremos dar gracias a Dios por su vida. Hemos colocado sus restos mortales en la misma posición que él ocupaba cuando celebraba la Eucaristía, esto es, mirando hacia el pueblo. Con este gesto expresamos la misión que él ha realizado en el pueblo de Dios.

3. Damos gracias a Dios por su vida, por su ministerio, por su presencia entre nosotros, por haber sido instrumento del Señor en el ministerio sacerdotal. Y al mismo tiempo le pedimos al Señor que lo acoja en su seno.

Como todo ser humano, dañado por el pecado original y por el pecado personal, también él, al igual que nosotros, necesita el perdón de Dios. Él pidió perdón en su vida, innumerables veces, en el sacramento de la penitencia; ahora celebramos esta Eucaristía para pedirle al Señor que perdone las faltas que pudo cometer por fragilidad humana.

No por ser sacerdote queda uno exento del pecado. La única criatura exenta del pecado es la Virgen María, Madre de Jesucristo nuestro Señor. Todos los demás llevamos la debilidad del pecado; por eso hemos necesitado del bautismo y de la gracia sacramental de la penitencia.

4. Hemos escuchado, en la lectura del *Éxodo*, las hazañas que el Señor hizo a favor de su pueblo Israel y lo que le ocurrió al pueblo de Egipto, que murió anegado. La imagen que emplea el autor del texto es preciosa: «Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra» (*Ex* 19, 4-5).

Por gracia, Dios nos ha adoptado como hijos; y el Hijo de Dios ha ofrecido su vida por amor a nosotros, llevándonos sobre alas de águila. Nos ha arrebatado del mal y nos ha liberado de las cadenas de nuestros pecados; nos ha sacado de las tinieblas a la luz; nos ha remontado al cielo; nos lleva sobre alas de águila y nos ha hecho su propiedad personal.

A nuestro hermano Ezequiel le hizo su propiedad personal en el día de su bautismo y lo consagró, de manera especial, en el día de su ordenación sacerdotal. Ahora el Señor, realizando la promesa, le lleva con alas de águila al cielo, junto a sí. Esa es la oración de esta tarde por nuestro hermano. Pedimos, pues, al Señor que lo acoja junto a Él.

5. Se han unido a esta celebración un buen número de sacerdotes, tanto de nuestra Diócesis como de las Diócesis hermanas, Madrid y Getafe; han venido amigos y condiscípulos suyos para rezar que el Señor lo acoja en su seno. Se ha reunido la comunidad cristiana de Daganzo, su pueblo natal, al que él siempre tanto ha amado.

Le pedimos, pues, al Señor que lo lleve junto a él sobre alas de águila; que le libere de las cadenas de la muerte y le traslade al Reino de la luz y de la paz; que le haga partícipe del misterio pascual, que él tantas veces ha predicado.

A través de su ministerio sacerdotal, nuestro hermano ha sido instrumento de liberación de los pecados, cuando confesaba en nombre de Jesucristo. Presidió la Eucaristía, ofreciendo el Cuerpo de Cristo a los fieles y el sacrificio de Jesús al Padre. Lo que él realizó durante su vida terrena en su ministerio sacerdotal, pedimos ahora al Señor que lo realice de modo pleno en su persona. ¡Que le regale la contemplación, cara a cara, del misterio que tantas veces ha celebrado!

6. En el Evangelio hemos escuchado la narración del envío de los doce apóstoles por parte de Jesús (cf. *Mt* 10, 1-5). Jesús envió a sus apóstoles y éstos, a su vez, a sus sucesores, para que el mensaje de salvación llegara a todos los pueblos.

El Señor veía que los fieles que le escuchaban andaban como ovejas sin pastor, errantes y sin sentido en la vida. El Señor sigue enviando pastores. Los obispos somos los sucesores de los apóstoles y los presbíteros son los colaboradores necesarios de los obispos (cf. *Presbyterorum ordinis*, 7).

La tarea de ejercer el ministerio sacerdotal se la encomendó también a Ezequiel: sacerdote y pastor de la Iglesia. Dios prometió que enviaría sacerdotes según su corazón (cf. *Jr* 3, 15); pastores que rigieran su grey. Ezequiel ha ejercido la misión de orientar a los desorientados, de encarrilar a los descaminados, de pregonar la Buena Nueva del Reino de Dios, de liberar del pecado.

Decía Jesús a sus apóstoles: «Pregonad que el Reino de Dios está cerca: curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios» (*Mt* 10, 8). Esas exhortaciones, que parece imposible que se puedan realizar, son realidades de fe. El Señor cura nuestras enfermedades; y no sólo las físicas. El Señor nos hace vencer la muerte, porque la muerte no es el final, sino la puerta que da paso hacia la otra vida. El Señor echa los demonios, que quieren apartarnos de su amor y de su camino. El Señor hace realidad estas cosas, pero hemos de tener ojos de fe para captarlas y verlas. No son realidades materiales, que podamos palpar y medir.

Vamos a continuar esta celebración del misterio pascual del Señor, dando gracias a Dios por la presencia, la persona y el ministerio sacerdotal de nuestro hermano Ezequiel. Al mismo tiempo le pedimos al Señor que le acoja junto a sí y le conceda lo que siempre ha anhelado: Estar con Él. Que así sea.

RITO DE ADMISIÓN DE LOS CANDIDATOS AL SACERDOCIO

Seminario de Alcalá de Henares, 16 Junio 2008

Lecturas: *1Re* 21, 1-16; *Mt* 5, 38-48.

1. En la primera lectura, que acabamos de escuchar, se nos ofrece una narración con tres personajes. Podéis plantearos qué tienen que ver estas lecturas con una celebración del Rito de Admisión; pero es la Palabra de Dios, que nos ofrece hoy la Iglesia.

El primero de estos tres personajes es un rey: Ajab; tiene una situación social, económica y política preponderante. El segundo personaje es su mujer, colaboradora suya, que goza también de esa situación preponderante. Y el tercer personaje es un simple ciudadano: Nabot.

El rey y su colaboradora podían haber utilizado su situación de dominio para hacer el bien; sin embargo la utilizaron para hacer el mal, para hacer un daño grave; ya que no sólo le quitaron a Nabot su viña, sino que lo mataron (cf. *1 Re* 21, 1-16). Quien tiene una situación preponderante puede utilizar esa posición de ventaja con prepotencia y autoritarismo.

2. Frente a esa actitud del rey y de su mujer, el Señor nos pide una actitud de servicio. Estimados José-Luís y Luís-Eduardo: hoy queréis manifestar pública-

mente ante la Iglesia vuestro deseo de entregaros y prepararos con mayor dedicación y profundidad, para recibir un día las órdenes sagradas del diaconado y presbiterado. Conviene que manifestéis vuestra intención de no emplear con prepotencia el diaconado y el presbiterado, que eclesialmente representan autoridad.

Ésta es la primera enseñanza que la Palabra de Dios nos ofrece hoy a través de un relato muy duro. El candidato al sacerdocio no debe emplear su futura condición de presbítero para aprovecharse de los fieles. No he querido cambiar esta lectura, que hoy nos ofrecía la Iglesia, precisamente por esto; porque la Palabra de Dios es muy rica.

3. En nuestros días hay muchos “Nabot” entre los fieles cristianos de nuestras parroquias. Nabot le dice al rey: «Dios me libre de cederte la heredad de mis padres» (*1 Re 21, 3*); es decir: No quiero perder la herencia que he recibido.

Deseo explicarlo con un ejemplo muy concreto. Se acerca el “Nabot” de turno a su párroco y le dice que ha heredado de sus padres unos ejercicios concretos de piedad popular: Puede ser el rezo del Santo Rosario, la pertenencia a una Hermandad o Cofradía, una novena determinada o procesionar la imagen de un santo un día concreto. Esa es la heredad de sus padres.

Ya habéis captado el sentido del ejemplo. El rey, ayudado por su colaboradora, le roba la heredad de los padres de Nabot. Aplicado a nuestro ejemplo: El párroco, ayudado por su colaborador incondicional, no le permite al “Nabot” de turno expresarse según la heredad recibida de sus padres. Y espiritualmente apaga el pabilo vacilante o quiebra la caña cascada (cf. *Is 42, 3*) de la fe de ese “Nabot”. No es eso, precisamente, lo que el Señor pide que hagamos.

Si queréis realmente ejercer el ministerio sacerdotal, os invito a que os comprometáis ante esta asamblea a no utilizar actitudes de fuerza para apagar ciertas herencias religiosas de nuestras comunidades cristianas.

Por desgracia es algo que ocurre. El obispo suele recibir cartas, llamadas y protestas al respecto. Algunas personas le manifiestan su enfado, porque su párroco, es decir, el rey “Ajab” de turno, ha quebrado la caña cascada, destruyendo la única herencia paterna que poseían.

Vuestra actitud, estimados candidatos al ministerio sacerdotal, ha de ser de servicio. Tened una actitud de servicio humilde y respetuoso con las herencias paternas de los fieles. Creo que es suficientemente inteligible esta reflexión.

4. El Evangelio nos presenta la actitud del amor, frente a la ley del Talión. Esta última se basaba en castigar al culpable con la misma pena que él había provocado: «ojo por ojo, diente por diente» (*Lv* 24, 20). La época de Moisés fue muy tajante en el cumplimiento de esta ley.

Frente a esa ley, Jesucristo propone otra ley: la del amor. Al que te pide, dale; al que te pida la túnica, dale el manto; al que te pida caminar con él una milla, vete con él dos (cf. *Mt* 5, 39-42). Se trataba de algo totalmente distinto; era una gran novedad para los oyentes.

El sacerdote y el candidato al sacerdocio deben manifestar el deseo de cumplir la ley del amor, no la del Talión. Quien no esté dispuesto al menos a intentarlo, que no se ponga en las filas del presbiterado. Está claro que no podemos devolver mal por mal. El Señor, con su vida y con su ejemplo, nos ha dicho lo que tenemos que hacer. Además, en el tema del amor no hay límites.

5. Hace poco me contó una persona que estaba escandalizada, porque un sacerdote había aconsejado a una mujer que perdonara y amara a su marido, del que recibía malos tratos.

Se dice hoy en día que esta actitud “no es políticamente correcta”; lo correcto socialmente sería denunciar al marido ante la justicia. Pero los cristianos estamos llamados a vivir la ley del amor y no hemos sido enviados a predicar la ley del Talión.

Nuestra misión no es seguir las modas y leyes de la sociedad, sino vivir la ley del amor. Cada uno, de modo responsable, que intente vivir lo mejor posible el amor, el perdón y la misericordia. Si no nos dejamos iluminar por la Palabra de Dios, al final, pensaremos y actuaremos según las modas de la sociedad. Imagino que los israelitas del tiempo de Moisés aceptarían de un modo muy normal la ley del Talión, que hoy queda obsoleta ante la ley del amor.

Estimados candidatos al sacerdocio, ¿estáis dispuestos a vivir la ley del amor sin límites? Jesús nos ha dicho: «Sed santos como vuestro Padre celestial es

santo» (*Mt 5, 48*). Ahí no hay tope. Cada uno llegará hasta donde su flaqueza y debilidad humanas le permitan; y, a partir de ahí, la misericordia de Dios hará el resto; pero no podemos poner un límite. Ser bueno y santo no tiene medida humana.

6. El Señor nos ha pedido que roguemos al Dueño de la mies que mande obreros a su mies (cf. *Mt 9, 38*); es un mandato suyo. Hemos de pedir siempre al Señor de la mies, porque hay muchas ovejas descarriadas y despistadas fuera del Camino, que es Jesucristo; y hacen falta sacerdotes santos, que ayuden a esas ovejas descarriadas a volver al redil de Cristo.

Hoy hacemos esta petición al Señor, en esta celebración eucarística. Pedimos por las vocaciones al ministerio sacerdotal. Y pedimos también por vosotros, que sois llamados a realizar la tarea que el Señor confía a sus enviados.

7. En el Evangelio según san Mateo aparece el nombre de los doce apóstoles, los “enviados”. El Señor nos envía también a nosotros a proclamar que «el Reino de los Cielos está cerca» (*Mt 10, 7*). Está cerca, porque está dentro de nosotros mismos.

Mateo concreta cómo se lleva a cabo ese anuncio, no sólo de palabra sino con obras: «curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos y echad demonios» (*Mt 10, 8*). Cuatro actividades, que no son exclusivas del tiempo de Jesús, sino que tienen una gran actualidad.

Hoy hay enfermos físicos, psíquicos y espirituales y el Señor nos envía a curarles. Las enfermedades físicas son muchas veces una simple proyección de la enfermedad espiritual. La manifestación somática de una enfermedad puede deberse, a veces, a una situación anímica o espiritual; en este caso, el sacerdote tiene mucho que hacer.

Hay innumerables maneras de estar muerto. Hay mucha gente en la calle que está espiritualmente muerta, aunque aparentemente está muy viva. San Juan, en su primera carta, nos dice: «Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él» (*1 Jn 3, 15*). Hay muchos muertos ambulantes, a los que hay que resucitar. Esa es una de las tareas del presbítero.

Lo mismo respecto a los demonios, que nos tientan. El sacerdote está llamado a sanar, a salvar y a curar en nombre de Jesús. La Iglesia os pide ahora, estimados candidatos al sacerdocio, que os preparéis concienzudamente para ese ministerio. Es necesario profundizar mucho en la Teología; celebrar la liturgia; vivir las virtudes teologales; y ser fieles y dóciles al Espíritu.

8. Resumiendo la reflexión que hemos hecho: Frente a la tentación de prepotencia, es necesaria una actitud de servicio; cuidado con no abusar de los “Nabot” de turno, feligreses vuestros. Frente a la ley del Talión, la ley del amor. Preparaos y formaos bien, para la misión que el Señor un día os confiará.

Se lo pedimos a nuestros Patronos, los santos Niños Justo y Pastor, y a la Virgen Santísima, que siempre acompaña al sacerdote. No podemos descuidar su devoción, porque nuestro ministerio no sería fecundo. ¡Que Ella os acompañe en vuestra preparación a la ordenación; y después en vuestro ministerio, como diáconos y como sacerdotes! Le pedimos a Ella que haya muchas y buenas vocaciones de santos sacerdotes. Que así sea.

ENCUENTRO CON PADRES DE LOS SEMINARISTAS Y DE LOS SACERDOTES

Torres de Alameda, 28 Junio 2008

Lecturas: *Lm* 2, 2.10-14.18-19; *Gal* 1, 11-20; *Mt* 8, 5-17.

1. Hemos escuchado un texto del libro de las *Lamentaciones*, que describe una situación difícil del pueblo de Israel. Una situación que podríamos contemplar hoy análogamente, con tintes parecidos, en nuestro propio pueblo. El texto advierte sobre los falsos profetas de aquel tiempo, que anunciaban visiones seductoras, pero que no respondían a verdad: «Tus profetas vieron para ti visiones de falsedad e insipidez. No revelaron tu culpa, para cambiar tu suerte. Oráculos tuvieron para ti de falacia e ilusión» (*Lm* 2, 14).

Los profetas decían al pueblo de Israel que no hacía falta adorar al Dios de Israel; que no se preocuparan porque, ofreciendo sacrificios a los dioses de los pueblos vecinos, concertarían con ellos alianzas para vencer al enemigo.

El resultado final fue la destrucción del país. El anuncio por parte de los falsos profetas conduce al pueblo a la ruina: vencido, deportado y destruido. El texto va describiendo la situación de la ciudad: el rey y los príncipes van al destierro; los palacios y fortalezas han quedado destruidos; los ancianos de la ciudad, se echan polvo en su cabeza; las vírgenes inclinan su cabeza hasta la tierra; las mujeres

y las doncellas, lloran; los niños, desfallecidos de hambre (cf. *Lm*, 2, 2-12). Ese es el panorama que describe el libro de las *Lamentaciones*.

2. Todo eso ha sucedido por haber hecho caso a falsos profetas, que anunciaban victorias inventadas, felicidades ilusorias y situaciones de bienestar inexistentes. Mientras que el verdadero profeta, como Jeremías, ha sido profeta de desventura. Así como los falsos profetas prometían todo lo bueno al pueblo, Jeremías tenía que anunciar la destrucción, si el pueblo hacía pactos humanos y no se fiaba del Señor, que era su fuerza y su salvación.

Cuando el pueblo no se ha fiado de Dios, ha tenido que ir al destierro; cuando ha puesto su confianza en el Señor, ha vencido al enemigo. El pueblo, en vez de escuchar al verdadero profeta, lo insulta y lo maltrata, echándole en cara que siempre anuncia desgracias y desventuras y que es un mal agorero.

3. También a nosotros nos resulta más agradable al oído escuchar lo que nos gusta. Las personas que quieren halagarnos el oído nos hablan de “felicidad”; pero, ¿dónde está la felicidad? Nos dicen que la felicidad se encuentra si realizas tus gustos, si posees lo que deseas, si haces tu voluntad y si eres dueño de ti mismo, sin rendir vasallaje a Dios. Así actúan los falsos profetas.

También hay falsos profetas detrás de las ideologías, de algunas modas y de ciertas leyes. Para ser feliz, los falsos profetas proponen deshacerse en el seno materno del hijo no deseado; abandonar a la persona mayor que te molesta; mentir, para obtener algún beneficio; pisotear al otro, para estar en mejor posición. Estos agoreros de felicidad no mencionan los mandamientos de Dios.

4. El verdadero profeta vuelve a decir hoy que la felicidad está en pedir perdón a Dios de los pecados; en convertirse a Él y vivir según la ley de Dios; en amar al prójimo; en respetar la vida humana desde el primer instante de la concepción hasta su término natural; en apoyar a la familia, amando al cónyuge, a los hijos y a los padres; en cuidar de las personas mayores y enfermas.

El que quiera ser feliz debe vivir las bienaventuranzas; ser humilde y sencillo; trabajar por la paz; anunciar el Reino de Dios; aguantar pacientemente las flaquezas del prójimo; tolerar a quien no piensa igual que él.

Las consecuencias hoy son las mismas que en el tiempo de Jeremías: si se hace caso a los falsos profetas, se va a la ruina irremediabilmente; a la destrucción

de uno mismo y de su propia vida. Al final, el que hace caso a los profetas falsos se da cuenta de que lo que le han dicho no le lleva a la felicidad; pero tal vez es demasiado tarde y su vida empieza a destruirse.

5. Hoy celebramos el encuentro de padres y madres de seminaristas y de sacerdotes. Por el bautismo sois todos profetas, padres e hijos; y por la ordenación sacerdotal vuestros hijos son profetas de modo especial.

A los sacerdotes nos corresponde por misión predicar la Buena Nueva en nombre de la Iglesia. Tenemos el riesgo de ser incomprendidos y vapuleados por este motivo; porque eso es lo que les ocurre a los verdaderos profetas.

Quisiera, queridos padres, agradeceros vuestro apoyo, cariño y cercanía a vuestros hijos; y pidiros que les sigáis apoyando. Ellos necesitan vuestro amor y vuestro ánimo, porque su tarea les puede llevar al cansancio y a la incompreensión.

Aunque no podáis estar con ellos durante todo el año, haceos presentes de vez en cuando y acordaos de ellos en vuestra oración.

Os doy las gracias, por vuestros desvelos y por vuestra ayuda; y os pido que sigáis haciéndolo. De ese modo no solamente sois profetas por vuestro bautismo, sino que, como padres, apoyáis el profetismo de vuestros hijos. No hace falta que insista en lo que significa ser profeta en nuestro tiempo, porque lo sabéis de sobra.

6. San Pablo, cuya fiesta estamos celebrando, se convirtió en un encuentro con Jesús resucitado (cf. *Hch* 9, 3-6). Dejó de perseguir a los cristianos y fue un gran defensor de Cristo y de su Evangelio, hasta dar su vida por el Señor.

Pablo de Tarso, el gran apóstol de los gentiles, ha sido un auténtico y verdadero profeta. Todos nosotros somos profetas por nuestro bautismo y estamos llamados a profetizar la verdad y la Palabra de Dios, aunque eso resulte incómodo y molesto para la gente. No podemos halagar y anunciar los deseos que quieren escuchar los oyentes.

Hoy inauguramos el Año Jubilar de san Pablo, que el Santo Padre Benedicto XVI ha tenido a bien otorgarnos. Nos permite ganar hoy la indulgencia plenaria con las condiciones habituales.

7. Le pedimos a san Pablo que nos ayude a ser verdaderos profetas y evangelizadores. Él recorrió el mundo conocido de su tiempo, siendo el gran evangelizador de los gentiles. Nosotros vivimos en una sociedad digamos “bastante gentil”, bastante pagana, aunque mantenga muchas formas cristianas y religiosas.

Como dice san Ireneo, cuya memoria se celebra hoy, no es suficiente “conocer” las cosas de Dios, sino que hay que “vivirlas”. Hagamos nuestra esta lección de san Ireneo. El cristianismo no debe tocar solo la superficie, la epidermis, sino que tiene que penetrar profundamente en nuestra alma y cambiar nuestra forma de pensar y de actuar. Porque, si no nos damos cuenta, hablamos, pensamos y actuamos como lo hacen los paganos, porque nos influye su modo de pensar y de vivir. Hemos de hacer siempre un examen a la luz de la fe y del Evangelio, para no caer en las formas propias de los falsos profetas.

Le pedimos a san Pablo que nos ayude a vivir este Año Paulino con alegría, con interés por conocer con mayor profundidad el Evangelio y ser mejores evangelizadores.

Os animo a que leáis y meditéis los escritos de san Pablo, que son riquísimos. En ellos está explicado, de modo precioso, genial y vitalista, el Misterio de Cristo. ¡Que su lectura nos ayude a todos a profundizar en el misterio de la fe!

8. El evangelio según san Mateo nos ha hablado de las curaciones del sirviente del centurión y de la suegra de Simón Pedro. Cuando el Señor curó a la suegra de Pedro, que estaba con fiebre, ella se puso a servirles (cf. *Mt* 8, 15). Esta hermosa frase, en el contexto bíblico, expresa una forma de discipulado. Servir al Señor es seguirle, ser discípulo suyo.

¡Que sepamos servir al Señor, como la suegra de Pedro, en nuestros paisanos y coetáneos, que el Señor ha puesto a nuestro lado! Y vosotros, padres, que sepáis servirle también en vuestros hijos sacerdotes. ¡Que sigáis al Señor, sirviéndole a Él y a los hermanos!

La Virgen María fue la primera discípula de Jesús y le sirvió desde el primer instante de la concepción, en su seno, hasta la muerte en cruz y después de resucitar. ¡Que ella nos ayude y nos ofrezca su solicitud maternal! ¡Que sirváis a vuestros hijos como la Virgen sirvió a su Hijo Jesucristo! Que así sea.

SOLEMNIDAD DE LOS SANTOS NIÑOS
JUSTO Y PASTOR, PATRONOS DE LA DIÓCESIS
DE ALCALÁ

Catedral de Alcalá de Henares, 6 Agosto 2008

Lecturas: Ap 12,10-12; Rm 5, 1-5; Mt 10, 28-33.

LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO EN LOS MÁRTIRES

1. Estimados sacerdotes, excelentísimas autoridades locales, representantes de cofradías y asociaciones y muy queridos fieles todos. Desearía esta tarde contestar a una pregunta, que, durante siglos, se han cuestionado seguramente los complutenses respecto a los Santos Niños: ¿Cómo es posible que dos niños, de ocho y diez años, fueran capaces de dar libremente el testimonio que ofrecieron? La respuesta, que intentaré desgranar, está en la fuerza del Espíritu, que inhabitaba en estos dos niños.

Según el libro de Hechos de los Apóstoles el Espíritu de Pentecostés imprime una fuerza para asumir el compromiso de la misión y testimoniar el Evangelio por todo el mundo. Los Apóstoles recibieron esa fuerza, que los transformó en testigos valientes de Jesucristo; antes de recibirla manifestaron una actitud cobarde, encerrándose en casa por miedo a los judíos (cf. Jn 20, 19).

Desde entonces, esa misma fuerza ha penetrado en el corazón de los creyentes y los ha hecho capaces de anunciar el Evangelio, venciendo toda clase de dificultades y arrojando incluso la muerte.

Los Santos Niños Justo y Pastor, a pesar de su tierna edad y debilidad humana, fueron sostenidos por el don del Espíritu y fortalecidos en su testimonio. La fuerza del Espíritu de Jesucristo transforma a los creyentes, iluminando sus mentes, enardeciendo sus corazones y haciéndoles pregoneros valientes de la Buena Nueva.

2. Además de la dimensión dinámica y operativa, la fuerza del Espíritu se hace presente en la vida del cristiano marcando su identidad; es decir, no solo su acción, sino su misma vida. San Pablo nos dice que el Espíritu de Dios habita en nosotros y realiza nuestra pertenencia a Cristo (cf. Rm 8, 9) y que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, convirtiéndonos en hijos y haciéndonos exclamar “¡Abbá, Padre!” (cf. Gal 4, 6).

La reflexión de Pablo muestra el influjo del Espíritu no solamente sobre el actuar del cristiano sino sobre su mismo ser. El Espíritu penetra en nuestras profundidades personales más íntimas: «La ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte... Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!» (Rm 8, 2.15). Con toda razón podemos llamar “Padre” a Dios. Esta revelación nos ha sido dada solamente en Jesucristo.

“Podemos ver, por tanto, que el cristiano, incluso antes de actuar, posee ya una interioridad rica y fecunda, que le ha sido entregada en los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, una interioridad que le introduce en una relación objetiva y original de filiación en relación con Dios. En esto consiste nuestra gran dignidad: no somos sólo imagen, sino hijos de Dios. Y esto constituye una invitación a vivir nuestra filiación, a ser cada vez más conscientes de que somos hijos adoptivos en la gran familia de Dios” (Benedicto XVI, Pablo. El Espíritu en nuestros corazones, Audiencia, 15.XI.2006).

3. En la fiesta de los Santos Niños se nos invita a transformar este don objetivo de la filiación divina en una realidad personal, que determine nuestra manera de ser, de pensar y de actuar. Dios nos considera hijos suyos, aunque de modo

distinto, naturalmente, a Jesús de Nazaret, que es el único y verdadero Hijo de Dios; pero en Él se nos otorga la condición filial.

Para el cristino el Espíritu ya no es sólo el “Espíritu de Dios” (cf. Gn 41, 38; Ex 31, 3; 1 Co 2, 11-12; Flp 3, 3) o un “Espíritu Santo”, entendido genéricamente, según el modo de expresarse del Antiguo Testamento (cf. Is 63, 10-11; Sal 51, 13) y del mismo judaísmo, sino que “es propia de la fe cristiana la confesión de una participación de este Espíritu en el Señor resucitado, quien se ha convertido Él mismo en «Espíritu que da vida» (1 Co 15, 45)” (Benedicto XVI, Pablo. El Espíritu en nuestros corazones, Audiencia, 15.XI.2006).

San Pablo habla directamente del «Espíritu de Cristo» (Rm 8, 9), del «Espíritu del Hijo» (Gal 4, 6) o del «Espíritu de Jesucristo» (Flp 1, 19), como queriendo decir que no sólo Dios Padre es visible en el Hijo (cf. Jn 14, 9), sino que también el Espíritu de Dios se expresa en la vida y en la acción del Señor crucificado y resucitado.

4. Hemos escuchado en la carta de San Pablo a los romanos que «la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). Pablo pone en relación el Espíritu con el amor.

El Catecismo de la Iglesia Católica dice que a los bautizados “el sacramento de la Confirmación los une más íntimamente a la Iglesia y los enriquece con una fortaleza especial del Espíritu Santo. De esta forma se comprometen mucho más, como auténticos testigos de Cristo, a extender y defender la fe con sus palabras y sus obras” (N. 1285). El don de fortaleza con el que es revestido el cristiano, para ser mejor testigo de Cristo y mejor hijo de la Iglesia, no es otra cosa que el amor de Dios. Esto es lo que vivieron los niños Justo y Pastor, el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús (cf. Rm 8, 39).

El Espíritu nos pone en sintonía con la vida divina, que es vida de amor, y nos hace participar personalmente en las relaciones que se dan en la Trinidad. San Agustín decía: “Ves la Trinidad si ves el amor”; es decir, si descubres el amor auténtico, descubrirás la Trinidad. Parafraseando este principio agustiniano, el Papa Benedicto XVI comentaba: “El Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón [de los creyentes] con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado” (Benedicto XVI, Deus caritas est, 19).

La sintonía con la Trinidad y la experiencia del amor de Dios enriquece y capacita al cristiano para mantener una sintonía de relación amorosa con los hermanos los hombres. Quien está en sintonía con Dios-Amor no puede estar en desarmonía con los hombres.

Ser testigos de Jesucristo, como lo hicieron Justo y Pastor, y anunciarle a los demás es una obra de amor a los hombres, porque significa darles a conocer a Jesucristo, que es quien puede colmar el deseo de felicidad del ser humano.

Pidamos a Dios-Padre y a su Hijo Jesucristo que el don de su Espíritu penetre en nuestros corazones y nos permita vivir en fraternidad con los hermanos.

5. El amor al prójimo abarca incluso a los enemigos. Teniendo el Espíritu de Jesús el cristiano es capaz de amar a los que le odian. No podemos dudar del amor de los Niños Justo y Pastor hacia sus mismos verdugos y perseguidores. Es posible que nuestro mezquino corazón haya albergado sentimientos de rechazo o de ira hacia el pretor romano Daciano, que condenó a muerte a nuestros queridos Patronos. Puede que exista en nosotros un sentimiento de rechazo contra los emperadores romanos Diocleciano y Maximiano, que dictaron la persecución contra los cristianos. Pero podemos estar seguros de que los Santos Niños perdonaron de corazón a quienes los llevaron al suplicio. Así hicieron tantos mártires, a lo largo de la historia, como se ha comprobado en el testimonio de martirio de la última persecución religiosa en España, en pleno siglo XX; los mártires morían perdonando a sus verdugos.

Como nos ha dicho San Pablo: «Nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza» (Rm 5, 3-4). Nada ni nadie, pues, puede apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro (cf. Rm 8, 38-39). A los Santos Niños no les apartó nada ni nadie del amor de Dios; ni siquiera la muerte.

6. Contamos con la intercesión de nuestros Patronos, Justo y Pastor, para vivir en esperanza, a pesar de las dificultades y persecuciones. La tribulación, aceptada y vivida en el Espíritu, lleva al amor y a la esperanza: «Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rm 8, 18).

El Espíritu es un anticipo generoso que el mismo Dios nos ha dado como adelanto y al mismo tiempo como garantía de nuestra herencia futura: Dios «nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones» (2 Co 1, 22; cf. Ef 1, 13-14).

La acción del Espíritu orienta nuestra vida hacia los grandes valores del amor, de la alegría y de la esperanza. Nos corresponde a nosotros hacer cada día esta experiencia, secundando las inspiraciones del Espíritu y dejándonos llevar por su gracia. La docilidad al Espíritu es una de las características del buen cristiano.

La Virgen María acogió con humildad y amor la acción del Espíritu Santo en ella y por eso la honramos ahora como Madre del Salvador. Los Santos Niños Justo y Pastor acogieron con docilidad la moción del Espíritu en su vida y no dudaron en dar valeroso testimonio de Jesucristo, aún a riesgo de la propia vida.

Queridos complutenses, en esta fiesta de nuestros Patronos, pidamos su intercesión para poder acoger con docilidad y amor el don del Espíritu, que transforme nuestros corazones y nos haga vivir en la esperanza de la gloria eterna. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

El día 14 de agosto de 2008 falleció en Madrid el Rvdo. Sr. CARLOS PERALTA HERNÁNDEZ. Nació en Alcalá de Henares (Madrid) el día 22 de diciembre de 1925. Ordenado sacerdote en el Congreso Eucarístico de Barcelona el día 31 de mayo de 1952. Coadjutor de Navalcarnero 01/07/1952-31/10/1956. Coadjutor de Ntra. Sra. de las Angustias de Madrid 31/10/1956 – 06/06/1974. Coadjutor de la J.O.C. Delicias 03/10/1957- 06/06/1974. Párroco de la P^a de la Natividad de Ntra. Sra., en Mejorada del Campo 06/06/1974-01/09/1992. Capellán del Monasterio de MM. Concepcionistas franciscas de Santa Úrsula en Alcalá de Henares 01/09/1992 - 03/09/2002. Capellán del Sanatorio Vallés, en Alcalá de Henares 01/09/1992 - 03/09/2002

El día 16 de agosto de 2008 falleció D. ENRIQUE DEL REAL FERNANDEZ-CURRIEL, padre del sacerdote de nuestra Diócesis Rvdo. Sr. D. Enrique DEL REAL PUYUELO, Párroco de San Juan Bautista, en Talamanca de Jarama y Administrador Parroquial de la Asunción de Nuestra Señora en Valdepiélagos.

El día 26 de agosto de 2008 falleció D. PEDRO PÉREZ SANTIAGO, padre del sacerdote de nuestra Diócesis Rvdo. D. Pedro Jesús PÉREZ RODRÍGUEZ, trabajando pastoralmente con la Comunidad de emigrantes españoles en Alemania.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO JULIO - AGOSTO 2008

JULIO 2008

Día 1. Asiste a la celebración del 75º Aniversario de la creación del CEU-Universidad Cardenal Herrera (Valencia).

Día 2. Visita a la cárcel (Navalcarnero-Madrid) y tiene audiencias.

Día 3. *XXXII Aniversario de la Ordenación sacerdotal y IX Aniversario de la Toma de posesión del Obispo de Alcalá.*

Audiencias y reunión del Consejo episcopal.

Día 4. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, visita a un Pastor de la iglesia evangélica (Madrid).

Días 5-6. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Días 7-8. Audiencias.

Día 9. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Días 10-22. Participa en la Jornada Mundial de la Juventud (Sydney-Australia).

Día 23. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 25. Celebra la Eucaristía en las Religiosas Mercedarias (Alcalá).

Día 26. Por la mañana, celebra la Eucaristía en el Monasterio de Carmelitas Descalzas de la Purísima Concepción (Alcalá).

Por la tarde, visita el campamento de las parroquias de Santiago de Alcalá y de Torrejón (Becerril de la Sierra-Madrid).

Día 27. Celebra la Eucaristía en el campamento de verano (Becerril de la Sierra-Madrid).

Días 28-30. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 31. Audiencias y reunión del Consejo episcopal.

AGOSTO 2008

Días 1. Por la mañana, audiencias.

Por la noche asiste a la Vigilia de oración de los jóvenes (San Felipe Neri-Alcalá).

Día 2. Celebra la Eucaristía en el Monasterio de las Agustinas de N^aS^a de la Consolación (Alcalá) y despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 3. Celebra la Eucaristía en el Monasterio de las Clarisas de N^aS^a de la Esperanza (Alcalá).

Preside las Vísperas en el Monasterio de Clarisas de San Diego (Alcalá).

Día 4. Celebra la Eucaristía en el Monasterio de las Dominicicas de Santa Catalina de Siena (Alcalá) y recibe audiencias.

Día 5. Celebra la Eucaristía en el Monasterio de las Carmelitas Descalzas del “Corpus Christi” (Alcalá) y despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 6. Preside la Eucaristía y la procesión, con motivo de la solemnidad de los Santos Niños, Justo y Pastor, Patronos de la Diócesis (Catedral-Alcalá). Día 7.

Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, celebra la Eucaristía en el Monasterio de las Concepcionistas Franciscanas (Alcalá).

Días 8-19. Viaje a Italia.

Día 20. Audiencias.

Día 21. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Días 22-31. Viaje a Valencia.

SR. OBISPO

Carta de D. Joaquín M^a, Obispo de Getafe,
con motivo de la presentación de la memoria de
Cáritas diocesana de Getafe

Queridos amigos:

Como todos sabéis hemos celebrado en este curso el Congreso de Apóstolado Seglar, en el que se ha reafirmado la misión y responsabilidad del laico en la Comunidad Eclesial.

Una de las tareas fundamentales del laico en la Iglesia se realiza y se concreta en el Ministerio de la Caridad, marco en el que Cáritas desarrolla su intervención y trabajo. En ella, cientos de voluntarios expresan y realizan su compromiso con los pobres de esta zona Sur de Madrid.

Al presentar esta memoria, una vez más, quiero recordar que Cáritas es la misma Comunidad Cristiana que se entrega en nombre del Señor a atender y acompañar a los más vulnerables y débiles de nuestro mundo. Cáritas es la mano tendida que trata de poner ternura y amor en la vida de las personas aportando soluciones a los dolores y sufrimientos de nuestros hermanos. *“El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea de cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial...el amor necesita una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado” (Deus Caritas est, 20).*

Esta respuesta de la Comunidad Cristiana se concreta en los programas y proyectos que aparecen en estas páginas. Sin embargo, lo que no se puede cuantificar, siendo lo más importante, es el corazón y el amor que se pone en ellos; un amor que es reflejo del amor de Dios a los hombres y que aparece, visiblemente, en la gran familia de Cáritas. Un amor que hace nuestros esos sufrimientos y angustias de los más necesitados, sintiéndolos en nuestra carne, como si nos ocurrieran a nosotros mismos.

Por todo ello, por vuestro trabajo, compromiso y actuaciones quiero daros las gracias de corazón y felicitar a todos los sacerdotes, religiosos, voluntarios, grupos de las Cáritas Parroquiales, trabajadores de la diocesana, colaboradores y socios, porque hacéis realidad que Cáritas siga siendo la respuesta de la Iglesia Samaritana ante la pobreza de esta zona Sur de la Comunidad de Madrid.

Somos conscientes que hay otras muchas acciones que no están recogidas en esta memoria y contribuyen a ir haciendo crecer el Reino de Dios.

Gracias por todo ello. Que Dios os bendiga y seguid trabajando con ilusión y compromiso en esta actividad tan fundamental de nuestra acción evangelizadora

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

D. Heliodoro Hernández Fernández, casado y con dos hijas, falleció el 28 de junio de 2008 a los 73 años de edad. Es hermano del sacerdote diocesano D. Luis Hernández, que fue párroco de y en la actualidad es Capellán de la Residencia de Ancianos “Madre Maravillas” en Getafe.

D. Juan de Dios Valero Terrón, padre del juez diocesano D. José María Valero y del colaborador en las tareas de informática del Obispado de Getafe, D. Juan Valero, falleció el 29 de agosto de 2008, en Granada a los 85 años de edad.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

PRIORIDADES PASTORALES DE LA DIÓCESIS DE GETAFE (CURSO 2008-2009)

Estas prioridades pastorales se desarrollarán a lo largo del curso con las directrices que marque el Consejo Diocesano de Pastoral concretando las conclusiones del Congreso de Apostolado Seglar.

1. Progresar en el espíritu misionero del Congreso de Apostolado Seglar concretado en:

- Una espiritualidad cuyo centro es la unión vital con Cristo.
- Formación multiforme y concreta según la capacidad posibilidades de cada uno.
- Diversas formas de apostolado, las ya existentes y las nuevas.
- La Iglesia como casa y escuela de comunión.
- Estar atentos a los diversos campos de la misión.

2. Mantener y acrecentar en toda la Diócesis el espíritu misionero suscitado en la Misión Joven, progresando en la formación doctrinal y espiritual desde la iniciación cristiana con especial atención al Catecismo “Jesús es el Señor”.

3. Seguir creyendo, celebrando y viviendo con renovado impulso y fervor la Eucaristía.

4. Presentar con claridad y valentía el Plan de Dios sobre el matrimonio y la familia.

5. Vivir el Ministerio de la Caridad acogiendo con amor a los que sufren, teniendo una particular solicitud por los inmigrantes.

Celebraremos el Año Jubilar de S. Pablo dando a conocer su doctrina y su testimonio de amor a Cristo y a la Iglesia, siguiendo su ejemplo.

Conferencia Episcopal Española

Los obispos españoles se unen al dolor de los
familiares de las víctimas

Accidente de avión en Barajas

Madrid, 20 de agosto de 2008

Conmovidos por la triste noticia del accidente ocurrido hoy en el Aeropuerto Madrid-Barajas, los obispos españoles se unen al dolor de los familiares de las víctimas, encomiendan a Dios el eterno descanso de los fallecidos y hacen votos por el restablecimiento de los heridos.

Asimismo, invitan a los católicos a incluir estas intenciones en su plegaria personal y comunitaria.



**XXIII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD
EN SYDNEY**

**MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
A LOS JÓVENES DEL MUNDO
CON OCASIÓN DE LA XXIII JORNADA MUNDIAL
DE LA JUVENTUD 2008**

«Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo,
que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (Hch 1, 8)

Queridos jóvenes:

1. La XXIII Jornada Mundial de la Juventud

Recuerdo siempre con gran alegría los diversos momentos transcurridos juntos en Colonia, en el mes de agosto de 2005. Al final de aquella inolvidable manifestación de fe y entusiasmo, que permanece impresa en mi espíritu y en mi corazón, os di cita para el próximo encuentro que tendrá lugar en Sydney, en 2008. Será la XXIII Jornada Mundial de la Juventud y tendrá como tema: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (Hch 1, 8). El hilo conductor de la preparación espiritual para el encuentro en Sydney es el Espíritu Santo y la misión. En 2006 nos habíamos detenido a meditar sobre el Espíritu Santo como Espíritu de verdad, en 2007 quisimos descubrirlo más profundamente como Espíritu de amor, para encaminarnos después hacia la Jornada Mundial de la Juventud 2008 reflexionando sobre el Espíritu de fortaleza y testimonio,

que nos da el valor de vivir el Evangelio y la audacia de proclamarlo. Por ello es fundamental que cada uno de vosotros, jóvenes, en la propia comunidad y con los educadores, reflexione sobre este Protagonista de la historia de la salvación que es el Espíritu Santo o Espíritu de Jesús, para alcanzar estas altas metas: reconocer la verdadera identidad del Espíritu, escuchando sobre todo la Palabra de Dios en la Revelación de la Biblia; tomar una lúcida conciencia de su presencia viva y constante en la vida de la Iglesia, redescubrir en particular que el Espíritu Santo es como el “alma”, el respiro vital de la propia vida cristiana gracias a los sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía; hacerse capaces así de ir madurando una comprensión de Jesús cada vez más profunda y gozosa y, al mismo tiempo, hacer una aplicación eficaz del Evangelio en el alba del tercer milenio. Con mucho gusto os ofrezco con este mensaje un motivo de meditación para ir profundizándolo a lo largo de este año de preparación y ante el cual verificar la calidad de vuestra fe en el Espíritu Santo, de volver a encontrarla si se ha extraviado, de afianzarla si se ha debilitado, de gustarla como compañía del Padre y del Hijo Jesucristo, gracias precisamente a la obra indispensable del Espíritu Santo. No olvidéis nunca que la Iglesia, más aún la humanidad misma, la que está en torno a vosotros y que os aguarda en vuestro futuro, espera mucho de vosotros, jóvenes, porque tenéis en vosotros el don supremo del Padre, el Espíritu de Jesús.

2. La promesa del Espíritu Santo en la Biblia

La escucha atenta de la Palabra de Dios respecto al misterio y a la obra del Espíritu Santo nos abre al conocimiento cosas grandes y estimulantes que resumo en los siguientes puntos.

Poco antes de su ascensión, Jesús dijo a los discípulos: «Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido» (Lc 24, 49). Esto se cumplió el día de Pentecostés, cuando estaban reunidos en oración en el Cenáculo con la Virgen María. La efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente fue el cumplimiento de una promesa de Dios más antigua aún, anunciada y preparada en todo el Antiguo Testamento.

En efecto, ya desde las primeras páginas, la Biblia evoca el espíritu de Dios como un viento que «aleteaba por encima de las aguas» (cf. Gn 1, 2) y precisa que Dios insufló en las narices del hombre un aliento de vida, (cf. Gn 2, 7), infundiéndole así la vida misma. Después del pecado original, el espíritu vivificante de Dios se ha ido manifestando en diversas ocasiones en la historia de los hombres, suscitando profetas para incitar al pueblo elegido a volver a Dios y a observar fielmente los

mandamientos. En la célebre visión del profeta Ezequiel, Dios hace revivir con su espíritu al pueblo de Israel, representado en «huesos secos» (cf. 37, 1-14). Joel profetiza una «efusión del espíritu» sobre todo el pueblo, sin excluir a nadie: «Después de esto –escribe el Autor sagrado– yo derramaré mi Espíritu en toda carne... Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días» (3, 1-2).

En la «plenitud del tiempo» (cf. Ga 4, 4), el ángel del Señor anuncia a la Virgen de Nazaret que el Espíritu Santo, «poder del Altísimo», descenderá sobre Ella y la cubrirá con su sombra. El que nacerá de Ella será santo y será llamado Hijo de Dios (cf. Lc 1, 35). Según la expresión del profeta Isaías, sobre el Mesías se posará el Espíritu del Señor (cf. 11, 1-2; 42, 1). Jesús retoma precisamente esta profecía al inicio de su ministerio público en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí –dijo ante el asombro de los presentes–, porque él me ha ungido. Me ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres. Para anunciar a los cautivos la libertad y, a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; y para anunciar un año un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2). Dirigiéndose a los presentes, se atribuye a sí mismo estas palabras proféticas afirmando: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4, 21). Y una vez más, antes de su muerte en la cruz, anuncia varias veces a sus discípulos la venida del Espíritu Santo, el «Consolador», cuya misión será la de dar testimonio de Él y asistir a los creyentes, enseñándoles y guiándoles hasta la Verdad completa (cf. Jn 14, 16-17.25-26; 15, 26; 16, 13).

3. Pentecostés, punto de partida de la misión de la Iglesia

La tarde del día de su resurrección, Jesús, apareciéndose a los discípulos, «sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”» (Jn 20, 22). El Espíritu Santo se posó sobre los Apóstoles con mayor fuerza aún el día de Pentecostés: «De repente un ruido del cielo –se lee en los Hechos de los Apóstoles–, como el de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno» (2, 2-3).

El Espíritu Santo renovó interiormente a los Apóstoles, revistiéndolos de una fuerza que los hizo audaces para anunciar sin miedo: «¡Cristo ha muerto y ha resucitado!». Libres de todo temor comenzaron a hablar con franqueza (cf. Hch 2, 29; 4, 13; 4, 29.31). De pescadores atemorizados se convirtieron en heraldos valientes del Evangelio. Tampoco sus enemigos lograron entender cómo hombres «sin

instrucción ni cultura» (cf. Hch 4, 13) fueran capaces de demostrar tanto valor y de soportar las contrariedades, los sufrimientos y las persecuciones con alegría. Nada podía detenerlos. A los que intentaban reducirlos al silencio respondían: «Nosotros no podemos dejar de contar lo que hemos visto y oído» (Hch 4, 20). Así nació la Iglesia, que desde el día de Pentecostés no ha dejado de extender la Buena Noticia «hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8).

4. El Espíritu Santo, alma de la Iglesia y principio de comunión

Pero para comprender la misión de la Iglesia hemos de regresar al Cenáculo donde los discípulos permanecían juntos (cf. Lc 24, 49), rezando con María, la «Madre», a la espera del Espíritu prometido. Toda comunidad cristiana tiene que inspirarse constantemente en este icono de la Iglesia naciente. La fecundidad apostólica y misionera no es el resultado principalmente de programas y métodos pastorales sabiamente elaborados y «eficientes», sino el fruto de la oración comunitaria incesante (cf. Pablo VI, Exhort. apost. *Evangelii nuntiandi*, 75). La eficacia de la misión presupone, además, que las comunidades estén unidas, que tengan «un solo corazón y una sola alma» (cf. Hch 4, 32), y que estén dispuestas a dar testimonio del amor y la alegría que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los creyentes (cf. Hch 2, 42). El Siervo de Dios Juan Pablo II escribió que antes de ser acción, la misión de la Iglesia es testimonio e irradiación (cf. Enc. *Redemptoris missio*, 26). Así sucedía al inicio del cristianismo, cuando, como escribe Tertuliano, los paganos se convertían viendo el amor que reinaba entre los cristianos: «Ved – dicen – cómo se aman entre ellos» (cf. *Apologético*, 39, 7).

Concluyendo esta rápida mirada a la Palabra de Dios en la Biblia, os invito a notar cómo el Espíritu Santo es el don más alto de Dios al hombre, el testimonio supremo por tanto de su amor por nosotros, un amor que se expresa concretamente como «sí a la vida» que Dios quiere para cada una de sus criaturas. Este «sí a la vida» tiene su forma plena en Jesús de Nazaret y en su victoria sobre el mal mediante la redención. A este respecto, nunca olvidemos que el Evangelio de Jesús, precisamente en virtud del Espíritu, no se reduce a una mera constatación, sino que quiere ser «Buena Noticia para los pobres, libertad para los oprimidos, vista para los ciegos...». Es lo que se manifestó con vigor el día de Pentecostés, convirtiéndose en gracia y en tarea de la Iglesia para con el mundo, su misión prioritaria.

Nosotros somos los frutos de esta misión de la Iglesia por obra del Espíritu Santo. Llevamos dentro de nosotros ese sello del amor del Padre en Jesucristo que

es el Espíritu Santo. No lo olvidemos jamás, porque el Espíritu del Señor se acuerda siempre de cada uno y quiere, en particular mediante vosotros, jóvenes, suscitar en el mundo el viento y el fuego de un nuevo Pentecostés.

5. El Espíritu Santo «Maestro interior»

Queridos jóvenes, el Espíritu Santo sigue actuando con poder en la Iglesia también hoy y sus frutos son abundantes en la medida en que estamos dispuestos a abrirnos a su fuerza renovadora. Para esto es importante que cada uno de nosotros lo conozca, entre en relación con Él y se deje guiar por Él. Pero aquí surge naturalmente una pregunta: ¿Quién es para mí el Espíritu Santo? Para muchos cristianos sigue siendo el «gran desconocido». Por eso, como preparación a la próxima Jornada Mundial de la Juventud, he querido invitaros a profundizar en el conocimiento personal del Espíritu Santo. En nuestra profesión de fe proclamamos: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo» (Credo Niceno-Constantinopolitano). Sí, el Espíritu Santo, Espíritu de amor del Padre y del Hijo, es Fuente de vida que nos santifica, «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5, 5). Pero no basta conocerlo; es necesario acogerlo como guía de nuestras almas, como el «Maestro interior» que nos introduce en el Misterio trinitario, porque sólo Él puede abrirnos a la fe y permitirnos vivirla cada día en plenitud. Él nos impulsa hacia los demás, enciende en nosotros el fuego del amor, nos hace misioneros de la caridad de Dios.

Sé bien que vosotros, jóvenes, lleváis en el corazón una gran estima y amor hacia Jesús, cómo deseáis encontrarlo y hablar con Él. Pues bien, recordad que precisamente la presencia del Espíritu en nosotros atestigua, constituye y construye nuestra persona sobre la Persona misma de Jesús crucificado y resucitado. Por tanto, tengamos familiaridad con el Espíritu Santo, para tenerla con Jesús.

6. Los sacramentos de la Confirmación y de la Eucaristía

Pero –diréis– ¿Cómo podemos dejarnos renovar por el Espíritu Santo y crecer en nuestra vida espiritual? La respuesta ya la sabéis: se puede mediante los Sacramentos, porque la fe nace y se robustece en nosotros gracias a los Sacramentos, sobre todo los de la iniciación cristiana: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, que son complementarios e inseparables (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1285). Esta verdad sobre los tres Sacramentos que están al inicio de nuestro ser

cristianos se encuentra quizás desatendida en la vida de fe de no pocos cristianos, para los que estos son gestos del pasado, pero sin repercusión real en la actualidad, como raíces sin savia vital. Resulta que, una vez recibida la Confirmación, muchos jóvenes se alejan de la vida de fe. Y también hay jóvenes que ni siquiera reciben este sacramento. Sin embargo, con los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y después, de modo constante, de la Eucaristía, es como el Espíritu Santo nos hace hijos del Padre, hermanos de Jesús, miembros de su Iglesia, capaces de un verdadero testimonio del Evangelio, beneficiarios de la alegría de la fe.

Os invito por tanto a reflexionar sobre lo que aquí os escribo. Hoy es especialmente importante redescubrir el sacramento de la Confirmación y reencontrar su valor para nuestro crecimiento espiritual. Quien ha recibido los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, recuerde que se ha convertido en «templo del Espíritu»: Dios habita en él. Que sea siempre consciente de ello y haga que el tesoro que lleva dentro produzca frutos de santidad. Quien está bautizado, pero no ha recibido aún el sacramento de la Confirmación, que se prepare para recibirlo sabiendo que así se convertirá en un cristiano «pleno», porque la Confirmación perfecciona la gracia bautismal (cf. *Ibíd.*, 1302-1304).

La Confirmación nos da una fuerza especial para testimoniar y glorificar a Dios con toda nuestra vida (cf. Rm 12, 1); nos hace íntimamente conscientes de nuestra pertenencia a la Iglesia, «Cuerpo de Cristo», del cual todos somos miembros vivos, solidarios los unos con los otros (cf. 1 Co 12, 12-25). Todo bautizado, dejándose guiar por el Espíritu, puede dar su propia aportación a la edificación de la Iglesia gracias a los carismas que Él nos da, porque «en cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común» (1 Co 12, 7). Y cuando el Espíritu actúa produce en el alma sus frutos que son «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Ga 5, 22). A cuantos, jóvenes como vosotros, no han recibido la Confirmación, les invito cordialmente a prepararse a recibir este sacramento, pidiendo la ayuda de sus sacerdotes. Es una especial ocasión de gracia que el Señor os ofrece: ¡no la dejéis escapar!

Quisiera añadir aquí una palabra sobre la Eucaristía. Para crecer en la vida cristiana es necesario alimentarse del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. En efecto, hemos sido bautizados y confirmados con vistas a la Eucaristía (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1322; Exhort. apost. *Sacramentum caritatis*, 17). Como «fuente y culmen» de la vida eclesial, la Eucaristía es un «Pentecostés perpetuo», porque cada vez que celebramos la Santa Misa recibimos el Espíritu Santo que nos une

más profundamente a Cristo y nos transforma en Él. Queridos jóvenes, si participáis frecuentemente en la Celebración eucarística, si consagrais un poco de vuestro tiempo a la adoración del Santísimo Sacramento, a la Fuente del amor, que es la Eucaristía, os llegará esa gozosa determinación de dedicar la vida a seguir las pautas del Evangelio. Al mismo tiempo, experimentaréis que donde no llegan nuestras fuerzas, el Espíritu Santo nos transforma, nos colma de su fuerza y nos hace testigos plenos del ardor misionero de Cristo resucitado.

7. La necesidad y la urgencia de la misión

Muchos jóvenes miran su vida con aprensión y se plantean tantos interrogantes sobre su futuro. Ellos se preguntan preocupados: ¿Cómo insertarse en un mundo marcado por numerosas y graves injusticias y sufrimientos? ¿Cómo reaccionar ante el egoísmo y la violencia que a veces parecen prevalecer? ¿Cómo dar sentido pleno a la vida? ¿Cómo contribuir para que los frutos del Espíritu que hemos recordado precedentemente, «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí» (n. 6), inunden este mundo herido y frágil, el mundo de los jóvenes sobre todo? ¿En qué condiciones el Espíritu vivificante de la primera creación, y sobre todo de la segunda creación o redención, puede convertirse en el alma nueva de la humanidad? No olvidemos que cuanto más grande es el don de Dios –y el del Espíritu de Jesús es el máximo– tanto más lo es la necesidad del mundo de recibirlo y, en consecuencia, más grande y apasionante es la misión de la Iglesia de dar un testimonio creíble de él. Y vosotros, jóvenes, con la Jornada Mundial de la Juventud, dais en cierto modo testimonio de querer participar en dicha misión. A este propósito, queridos amigos, me apremia recordaros aquí algunas verdades cruciales sobre las cuales meditar. Una vez más os repito que sólo Cristo puede colmar las aspiraciones más íntimas del corazón del hombre; sólo Él es capaz de humanizar la humanidad y conducirla a su «divinización». Con la fuerza de su Espíritu, Él infunde en nosotros la caridad divina, que nos hace capaces de amar al prójimo y prontos para ponernos a su servicio. El Espíritu Santo ilumina, revelando a Cristo crucificado y resucitado, y nos indica el camino para asemejarnos más a Él, para ser precisamente «expresión e instrumento del amor que de Él emana» (Enc. *Deus caritas est*, 33). Y quien se deja guiar por el Espíritu comprende que ponerse al servicio del Evangelio no es una opción facultativa, porque advierte la urgencia de transmitir a los demás esta Buena Noticia. Sin embargo, es necesario recordarlo una vez más, sólo podemos ser testigos de Cristo si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, que es «el agente principal de la evangelización» (cf. *Evangelii nuntiandi*, 75) y «el protagonista de la misión» (cf. *Redemptoris missio*, 21). Queri-

dos jóvenes, como han reiterado tantas veces mis venerados Predecesores Pablo VI y Juan Pablo II, anunciar el Evangelio y testimoniar la fe es hoy más necesario que nunca (cf. *Redemptoris missio*, 1). Alguno puede pensar que presentar el tesoro precioso de la fe a las personas que no la comparten significa ser intolerantes con ellos, pero no es así, porque proponer a Cristo no significa imponerlo (cf. *Evangelii nuntiandi*, 80). Además, doce Apóstoles, hace ya dos mil años, han dado la vida para que Cristo fuese conocido y amado. Desde entonces, el Evangelio sigue difundándose a través de los tiempos gracias a hombres y mujeres animados por el mismo fervor misionero. Por lo tanto, también hoy se necesitan discípulos de Cristo que no escatimen tiempo ni energía para servir al Evangelio. Se necesitan jóvenes que dejen arder dentro de sí el amor de Dios y respondan generosamente a su llamamiento apremiante, como lo han hecho tantos jóvenes beatos y santos del pasado y también de tiempos cercanos al nuestro. En particular, os aseguro que el Espíritu de Jesús os invita hoy a vosotros, jóvenes, a ser portadores de la buena noticia de Jesús a vuestros coetáneos. La indudable dificultad de los adultos de tratar de manera comprensible y convincente con el ámbito juvenil puede ser un signo con el cual el Espíritu quiere impulsaros a vosotros, jóvenes, a que os hagáis cargo de ello. Vosotros conocéis el idealismo, el lenguaje y también las heridas, las expectativas y, al mismo tiempo, el deseo de bienestar de vuestros coetáneos. Tenéis ante vosotros el vasto mundo de los afectos, del trabajo, de la formación, de la expectativa, del sufrimiento juvenil... Que cada uno de vosotros tenga la valentía de prometer al Espíritu Santo llevar a un joven a Jesucristo, como mejor lo considere, sabiendo «dar razón de vuestra esperanza, pero con mansedumbre» (cf. 1 P 3, 15).

Pero para lograr este objetivo, queridos amigos, sed santos, sed misioneros, porque nunca se puede separar la santidad de la misión (cf. *Redemptoris missio*, 90). Non tengáis miedo de convertirlos en santos misioneros como San Francisco Javier, que recorrió el Extremo Oriente anunciando la Buena Noticia hasta el límite de sus fuerzas, o como Santa Teresa del Niño Jesús, que fue misionera aún sin haber dejado el Carmelo: tanto el uno como la otra son «Patronos de las Misiones». Estad listos a poner en juego vuestra vida para iluminar el mundo con la verdad de Cristo; para responder con amor al odio y al desprecio de la vida; para proclamar la esperanza de Cristo resucitado en cada rincón de la tierra.

8. Invocar un «nuevo Pentecostés» sobre el mundo

Queridos jóvenes, os espero en gran número en julio de 2008 en Sydney. Será una ocasión providencial para experimentar plenamente el poder del Espíritu

Santo. Venid muchos, para ser signo de esperanza y sustento precioso para las comunidades de la Iglesia en Australia que se preparan para acogerlos. Para los jóvenes del país que nos hospedarán será una ocasión excepcional de anunciar la belleza y el gozo del Evangelio a una sociedad secularizada de muchas maneras. Australia, como toda Oceanía, tiene necesidad de redescubrir sus raíces cristianas. En la Exhortación postsinodal *Ecclesia in Oceania* Juan Pablo II escribía: «Con la fuerza del Espíritu Santo, la Iglesia en Oceanía se está preparando para una nueva evangelización de pueblos que hoy tienen hambre de Cristo... La nueva evangelización es una prioridad para la Iglesia en Oceanía» (n. 18).

Os invito a dedicar tiempo a la oración y a vuestra formación espiritual en este último tramo del camino que nos conduce a la XXIII Jornada Mundial de la Juventud, para que en Sydney podáis renovar las promesas de vuestro Bautismo y de vuestra Confirmación. Juntos invocaremos al Espíritu Santo, pidiendo con confianza a Dios el don de un nuevo Pentecostés para la Iglesia y para la humanidad del tercer milenio.

María, unida en oración a los Apóstoles en el Cenáculo, os acompañe durante estos meses y obtenga para todos los jóvenes cristianos una nueva efusión del Espíritu Santo que inflame los corazones. Recordad: ¡la Iglesia confía en vosotros! Nosotros, los Pastores, en particular, oramos para que améis y hagáis amar siempre más a Jesús y lo sigáis fielmente. Con estos sentimientos os bendigo a todos con gran afecto.

En Loreago, 20 de julio de 2007

Benedicto XVI

CEREMONIA DE BIENVENIDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Palacio del Gobierno, Sydney
Jueves 17 de julio de 2008

Ilustrísimos señores y señoras,
queridos amigos australianos:

Os saludo hoy con gran alegría. Deseo agradecer al Gobernador General, el General Mayor Michael Jeffery, y al Primer Ministro Rudd el honor que me hacen con su presencia en esta ceremonia, así como la bienvenida que me han deparado de forma tan cortés. Como sabéis, he podido disponer de algún día de descanso desde mi llegada a Australia el domingo pasado. Estoy muy agradecido por la hospitalidad que me han brindado. Ahora me dispongo a tomar parte esta tarde en la ceremonia de “bienvenida al país” de la población indígena y celebrar después los grandes eventos que son objeto de mi Visita Apostólica a esta Nación: la XXIII Jornada Mundial de la Juventud.

Alguien podría preguntarse qué es lo que mueve a miles de jóvenes a emprender un viaje, para muchos de ellos largo y cansado, para participar en un acto

de este tipo. Desde la primera Jornada Mundial de la Juventud, en 1986, ha resultado evidente que muchos jóvenes valoran la oportunidad de congregarse para profundizar en la propia fe en Cristo y compartir con otros una experiencia gozosa de comunión en su Iglesia. Desean escuchar la palabra de Dios y aprender más sobre su fe cristiana. Tienen deseos de participar en un evento que pone de relieve los grandes ideales que los inspiran, y regresan a sus casas repletos de esperanza, renovados en su decisión de construir un mundo mejor. Es para mí una alegría estar con ellos, rezar con ellos y celebrar la Eucaristía junto con ellos. La Jornada Mundial de la Juventud me llena de confianza ante el futuro de la Iglesia y el futuro de nuestro mundo.

Es particularmente oportuno celebrar aquí la Jornada Mundial de la Juventud, dado que la Iglesia en Australia, además de ser la más joven entre las Iglesias de los diversos continentes, es también una de las más cosmopolita. Desde la llegada aquí de los primeros europeos a finales del siglo XVIII, este país se ha convertido en la morada no sólo de generaciones de emigrantes europeos, sino también de personas de cualquier rincón del mundo. La inmensa diversidad de la población australiana de hoy da un vigor especial a la que podría considerarse aún, comparándola con la mayor parte del resto del mundo, una nación joven. Sin embargo, miles de años antes de la llegada de los colonos occidentales, los únicos habitantes de este territorio eran personas originales del país, aborígenes e isleños del Estrecho de Torres. Su antigua herencia forma parte esencial del panorama cultural de la Australia moderna. Gracias a la audaz decisión del Gobierno australiano de reconocer las injusticias cometidas en el pasado contra los pueblos indígenas, se están dando ahora pasos concretos con el fin de alcanzar una reconciliación basada en el respeto recíproco. Justamente estáis tratando de colmar la diferencia entre los australianos indígenas y los no indígenas en lo que se refiere a la expectativa de vida, los planes educativos y las oportunidades económicas. Este ejemplo de reconciliación da esperanza en todo el mundo a los pueblos que anhelan ver consolidados sus derechos, así como reconocida y promovida su aportación a la sociedad.

Entre los colonos que venían de Europa había siempre una proporción significativa de católicos, y debemos estar justamente orgullosos por su contribución en la construcción de la Nación, en particular en los campos de la educación y la sanidad. Una de las figuras eminentes de la historia de este país es la Beata Mary Mackillop, ante cuya tumba rezaré después hoy mismo. Sé que su perseverancia frente a la adversidad, sus intervenciones para defender a cuantos eran tratados injustamente y su ejemplo concreto de santidad han llegado a ser fuente de inspira-

ción para todos los australianos. Generaciones de australianos tienen motivos para agradecer a ella, a las Religiosas de san José del Sagrado Corazón y a otras congregaciones religiosas la red de escuelas que han fundado aquí, así como también el testimonio de la vida consagrada. En el actual contexto más secularizado, la comunidad católica sigue ofreciendo una contribución importante a la vida nacional, no sólo a través de la educación y la sanidad, sino de modo especial indicando la dimensión espiritual de las cuestiones más relevantes del debate contemporáneo.

Con tantos miles de jóvenes que visitan Australia en estos días, es obligado reflexionar sobre qué tipo de mundo estamos transmitiendo a las futuras generaciones. Según la letra de vuestro himno nacional, esta tierra “abunda en dones naturales, de una belleza rica y rara”. Las maravillas de la creación de Dios nos recuerdan la necesidad de proteger el ambiente y llevar a cabo una administración responsable de los bienes de la tierra. A este respecto, noto que Australia se está comprometiendo seriamente para afrontar la propia responsabilidad de cuidar el ambiente natural. De la misma forma, con respecto al ambiente humano, este país ha sostenido generosamente operaciones internacionales para el mantenimiento de la paz, contribuyendo a la resolución de los conflictos en el Pacífico, en Asia del Sureste y en otros lugares. A causa de las muchas tradiciones religiosas representadas en Australia, éste es un territorio particularmente fértil para el diálogo ecuménico e interreligioso. Durante mi estancia, espero con ilusión encontrar a los representantes locales de las diferentes comunidades cristianas y de otras religiones, para animar este compromiso importante, signo de la acción reconciliadora del Espíritu, que nos empuja a buscar la unidad en la verdad y en la caridad.

Sin embargo, estoy aquí ante todo para reunirme con los jóvenes, tanto de Australia como de cualquier otra parte del mundo, y para rezar por una renovada efusión del Espíritu Santo sobre todos los que tomarán parte en nuestras celebraciones. El tema elegido para la Jornada Mundial de la Juventud de 2008 está tomado de las palabras dirigidas por Jesús mismo a sus discípulos, tal como aparecen en los Hechos de los Apóstoles: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo para ser mis testigos... hasta los confines del mundo” (1,8). Pido para que el Espíritu Santo otorgue una renovación espiritual a este país, al pueblo australiano, a la Iglesia en Oceanía y realmente hasta los extremos de la tierra. Los jóvenes hoy se encuentran ante una variedad desconcertante de opciones de vida, de modo que a ellos a veces les resulta arduo saber cómo encauzar mejor sus ideales y su energía. Es el Espíritu quien da la sabiduría para discernir el sendero justo y el valor para recorrerlo. Él corona nuestros pobres esfuerzos con sus dones divinos, como el viento, que, in-

flando las velas, hace avanzar la nave mucho más de lo que los pescadores logran con la fatiga de su remar. Así el Espíritu hace posible que los hombres y mujeres de cada lugar y de cada generación lleguen a ser santos. Que por obra del Espíritu los jóvenes reunidos para la Jornada Mundial de la Juventud tengan la audacia de llegar a ser santos. Esto es de lo que tiene necesidad el mundo, más que de cualquier otra cosa.

Queridos amigos australianos, una vez más agradezco la calurosa bienvenida y me dispongo con alegría a transcurrir estos días con vosotros y con los jóvenes de todo el mundo. Dios bendiga a los que estáis aquí presentes, a todos los peregrinos y a los habitantes de este país. Y bendiga siempre y proteja a la Commonwealth de Australia.

CEREMONIA DE ACOGIDA DE LOS JÓVENES
DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Muelle Barangaroo, Sydney
Jueves 17 de julio de 2008

Queridos jóvenes:

Es una alegría poder saludar aquí, en Barangaroo, a orillas de la magnífica bahía de Sydney, con el famoso puente y la Opera House. Muchos sois de este País, del interior o de las dinámicas comunidades multiculturales de las ciudades australianas. Otros venís de las islas esparcidas por Oceanía, y otros de Asia, del Oriente Medio, de África y de América. En realidad, bastantes de vosotros viene de tan lejos como yo, de Europa. Cualquiera que sea el País del que venimos, por fin estamos aquí, en Sydney. Y estamos juntos en este mundo nuestro como familia de Dios, como discípulos de Cristo, alentados por su Espíritu para ser testigos de su amor y su verdad ante los demás.

Deseo agradecer a los Ancianos de los Aborígenes que me han dado la bienvenida antes de subir al barco en la Rose Bay. Estoy muy emocionado al encontrarme en vuestra tierra, conociendo los sufrimientos y las injusticias que ha

padecido, pero consciente también de la reparación y de la esperanza que se están produciendo ahora, de lo cual pueden estar orgullosos todos los ciudadanos australianos. A los jóvenes indígenas –aborígenes y habitantes de las Islas del Estrecho de Torres– y Tokelauani les doy las gracias por la conmovedora bienvenida. A través de vosotros envío un cordial saludo a vuestros pueblos.

Señor Cardenal Pell, señor Arzobispo Mons. Wilson: os doy las gracias por vuestras calurosas expresiones de bienvenida. Sé que vuestros sentimientos resuenan también en el corazón de los jóvenes reunidos aquí esta tarde y, por tanto, doy las gracias a todos. Veo ante mí una imagen vibrante de la Iglesia universal. La variedad de Naciones y culturas de las que provenís demuestra que verdaderamente la Buena Nueva de Cristo es para todos y cada uno; ella ha llegado a los confines de la tierra. Sin embargo, también sé que muchos de vosotros estáis aún en busca de una patria espiritual. Algunos, siempre bienvenidos entre nosotros, no sois católicos o cristianos. Otros, tal vez, os movéis en los aledaños de la vida de la parroquia y de la Iglesia. A vosotros deseo ofrecer mi llamamiento: acercaos al abrazo amoroso de Cristo; reconoced a la Iglesia como vuestra casa. Nadie está obligado a quedarse fuera, puesto que desde el día de Pentecostés la Iglesia es una y universal.

Esta tarde deseo incluir también a los que no están aquí presentes. Pienso especialmente en los enfermos o los minusválidos psíquicos, a los jóvenes en prisión, a los que están marginados por nuestra sociedad y a los que por cualquier razón se sienten ajenos a la Iglesia. A ellos les digo: Jesús está cerca de ti. Siente su abrazo que cura, su compasión, su misericordia.

Hace casi dos mil años, los Apóstoles, reunidos en la sala superior de la casa, junto con María (cf. Hch 1,14) y algunas fieles mujeres, fueron llenos del Espíritu Santo (cf. Hch 2,4). En aquel momento extraordinario, que señaló el nacimiento de la Iglesia, la confusión y el miedo que habían agarrotado a los discípulos de Cristo, se transformaron en una vigorosa convicción y en la toma de conciencia de un objetivo. Se sintieron impulsados a hablar de su encuentro con Jesús resucitado, que ahora llamaban afectuosamente el Señor. Los Apóstoles eran en muchos aspectos personas ordinarias. Nadie podía decir de sí mismo que era el discípulo perfecto. No habían sido capaces de reconocer a Cristo (cf. Lc 24,13-32), tuvieron que avergonzarse de su propia ambición (cf. Lc 22,24-27) e incluso renegaron de él (cf. Lc 22,54-62). Sin embargo, cuando estuvieron llenos de Espíritu Santo, fueron traspasados por la verdad del Evangelio de Cristo e impulsados a procla-

marlo sin temor. Reconfortados, gritaron: arrepentíos, bautizaos, recibid el Espíritu Santo (cf. Hch 2,37-38). Fundada sobre la enseñanza de los Apóstoles, en la adhesión a ellos, en la fracción del pan y la oración (cf. Hch 2,42), la joven comunidad cristiana dio un paso adelante para oponerse a la perversidad de la cultura que la circundaba (cf. Hch 2,40), para cuidar de sus propios miembros (cf. Hch 2,44-47), defender su fe en Jesús ante un medio hostil (cf. Hch 4,33) y curar a los enfermos (cf. Hch 5,12-16). Y, obedeciendo al mandato de Cristo mismo, partieron dando testimonio del acontecimiento más grande de todos los tiempos: que Dios se ha hecho uno de nosotros, que el divino ha entrado en la historia humana para poder transformarla, y que estamos llamados a empaparnos del amor salvador de Cristo que triunfa sobre el mal y la muerte. En su famoso discurso en el areópago, San Pablo presentó su mensaje de esta manera: «Dios da a cada uno todas las cosas, incluida la vida y el respiro, de manera que todos los pueblos pudieran buscar a Dios, y siguiendo los propios caminos hacia Él, lograran encontrarlo. En efecto, no está lejos de ninguno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos» (cf. Hch 17, 25-28).

Desde entonces, hombres y mujeres se han puesto en camino para proclamar el mismo hecho, testimoniando el amor y la verdad de Cristo, y contribuyendo a la misión de la Iglesia. Hoy recordamos a aquellos pioneros –sacerdotes, religiosas y religiosos– que llegaron a estas costas y a otras zonas del Océano Pacífico, desde Irlanda, Francia, Gran Bretaña y otras partes de Europa. La mayor parte de ellos eran jóvenes –algunos incluso con apenas veinte años– y, cuando saludaron para siempre a sus padres, hermanos, hermanas y amigos, sabían que sería difícil para ellos volver a casa. Sus vidas fueron un testimonio cristiano, sin intereses egoístas. Se convirtieron en humildes pero tenaces constructores de gran parte de la herencia social y espiritual que todavía hoy es portadora de bondad, compasión y orientación a estas Naciones. Y fueron capaces de inspirar a otra generación. Esto nos trae al recuerdo inmediatamente la fe que sostuvo a la beata Mary MacKillop en su neta determinación de educar especialmente a los pobres, y al beato Peter To Rot en su firme convicción de que la guía de una comunidad ha de referirse siempre al Evangelio. Pensad también en vuestros abuelos y vuestros padres, vuestros primeros maestros en la fe. También ellos han hecho innumerables sacrificios, de tiempo y energía, movidos por el amor que os tienen. Ellos, con apoyo de los sacerdotes y los enseñantes de vuestra parroquia, tienen la tarea, no siempre fácil pero sumamente gratificante, de guiaros hacia todo lo que es bueno y verdadero, mediante su ejemplo personal y su modo de enseñar y vivir la fe cristiana.

Hoy me toca a mí. Para algunos puede parecer que, viniendo aquí, hemos llegado al fin del mundo. Ciertamente, para los de vuestra edad cualquier viaje en avión es una perspectiva excitante. Pero para mí, este vuelo ha sido en cierta medida motivo de aprensión. Sin embargo, la vista de nuestro planeta desde lo alto ha sido verdaderamente magnífica. El relampagueo del Mediterráneo, la magnificencia del desierto norteafricano, la exuberante selva de Asia, la inmensidad del océano Pacífico, el horizonte sobre el que surge y se pone el sol, el majestuoso esplendor de la belleza natural de Australia, todo eso que he podido disfrutar durante dos días, suscita un profundo sentido de temor reverencial. Es como si uno hojeara rápidamente imágenes de la historia de la creación narrada en el Génesis: la luz y las tinieblas, el sol y la luna, las aguas, la tierra y las criaturas vivientes. Todo eso es «bueno» a los ojos de Dios (cf. Gn 1, 1-2. 2,4). Inmersos en tanta belleza, ¿cómo no hacerse eco de las palabras del Salmista que alaba al Creador: «¡Qué admirable es tu nombre en toda la tierra!» (Sal 8,2)?

Pero hay más, algo difícil de ver desde lo alto de los cielos: hombres y mujeres creados nada menos que a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26). En el centro de la maravilla de la creación estamos nosotros, vosotros y yo, la familia humana «coronada de gloria y majestad» (cf. Sal 8,6). ¡Qué asombroso! Con el Salmista, susurramos: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (cf. Sal 8,5). Nosotros, sumidos en el silencio, en un espíritu de gratitud, en el poder de la santidad, reflexionamos.

Y ¿qué descubrimos? Quizás con reluctancia llegamos a admitir que también hay heridas que marcan la superficie de la tierra: la erosión, la deforestación, el derroche de los recursos minerales y marinos para alimentar un consumismo insaciable. Algunos de vosotros provienen de islas-estado, cuya existencia misma está amenazada por el aumento del nivel de las aguas; otros de naciones que sufren los efectos de sequías desoladoras. La maravillosa creación de Dios es percibida a veces como algo casi hostil por parte de sus custodios, incluso como algo peligroso. ¿Cómo es posible que lo que es «bueno» pueda aparecer amenazador?

Pero hay más aún. ¿Qué decir del hombre, de la cumbre de la creación de Dios? Vemos cada día los logros del ingenio humano. La cualidad y la satisfacción de la vida de la gente crece constantemente de muchas maneras, tanto a causa del progreso de las ciencias médicas y de la aplicación hábil de la tecnología como de la creatividad plasmada en el arte. También entre vosotros hay una disponibilidad atenta para acoger las numerosas oportunidades que se os ofrecen. Algunos de

vosotros destacan en los estudios, en el deporte, en la música, la danza o el teatro; otros tienen un agudo sentido de la justicia social y de la ética, y muchos asumen compromisos de servicio y voluntariado. Todos nosotros, jóvenes y ancianos, tenemos momentos en los que la bondad innata de la persona humana –perceptible tal vez en el gesto de un niño pequeño o en la disponibilidad de un adulto para perdonar– nos llena de profunda alegría y gratitud.

Sin embargo, estos momentos no duran mucho. Por eso, hemos de reflexionar algo más. Y así descubrimos que no sólo el entorno natural, sino también el social –el hábitat que nos creamos nosotros mismos– tiene sus cicatrices; heridas que indican que algo no está en su sitio. También en nuestra vida personal y en nuestras comunidades podemos encontrar hostilidades a veces peligrosas; un veneno que amenaza corroer lo que es bueno, modificar lo que somos y desviar el objetivo para el que hemos sido creados. Los ejemplos abundan, como bien sabéis. Entre los más evidentes están el abuso de alcohol y de drogas, la exaltación de la violencia y la degradación sexual, presentados a menudo en la televisión e internet como una diversión. Me pregunto cómo uno que estuviera cara a cara con personas que están sufriendo realmente violencia y explotación sexual podría explicar que estas tragedias, representadas de manera virtual, han de considerarse simplemente como «diversión».

Hay también algo siniestro que brota del hecho de que la libertad y la tolerancia están frecuentemente separadas de la verdad. Esto está fomentado por la idea, hoy muy difundida, de que no hay una verdad absoluta que guíe nuestras vidas. El relativismo, dando en la práctica valor a todo, indiscriminadamente, ha hecho que la «experiencia» sea lo más importante de todo. En realidad, las experiencias, separadas de cualquier consideración sobre lo que es bueno o verdadero, pueden llevar, no a una auténtica libertad, sino a una confusión moral o intelectual, a un debilitamiento de los principios, a la pérdida de la autoestima, e incluso a la desesperación.

Queridos amigos, la vida no está gobernada por el azar, no es casual. vuestra existencia personal ha sido querida por Dios, bendecida por él y con un objetivo que se le ha dado (cf. Gn 1,28). La vida no es una simple sucesión de hechos y experiencias, por útiles que pudieran ser. Es una búsqueda de lo verdadero, bueno y hermoso. Precisamente para lograr esto hacemos nuestras opciones, ejercemos nuestra libertad y en esto, es decir, en la verdad, el bien y la belleza, encontramos felicidad y alegría. No os dejéis engañar por los que ven en vosotros simplemente

consumidores en un mercado de posibilidades indiferenciadas, donde la elección en sí misma se convierte en bien, la novedad se hace pasar como belleza y la experiencia subjetiva suplanta a la verdad.

Cristo ofrece más. Es más, ofrece todo. Sólo él, que es la Verdad, puede ser la Vía y, por tanto, también la Vida. Así, la «vía» que los Apóstoles llevaron hasta los confines de la tierra es la vida en Cristo. Es la vida de la Iglesia. Y el ingreso en esta vida, en el camino cristiano, es el Bautismo.

Por tanto, esta tarde deseo recordar brevemente algo de nuestra comprensión del Bautismo, antes de que mañana consideremos el Espíritu Santo. El día del Bautismo, Dios os ha introducido en su santidad (cf. 2 P 1,4). Habéis sido adoptados como hijos e hijas del Padre y habéis sido incorporados a Cristo. Os habéis convertido en morada de su Espíritu (cf. 1 Co 6,19). El Bautismo no es un logro ni una recompensa: es una gracia, es obra de Dios. Por eso, al final del rito del Bautismo el sacerdote se dirigió a vuestros padres y a los participantes y, llamándoos por vuestro nombre, dijo: «Ya eres nueva criatura» (Ritual del Bautismo, 99).

Queridos amigos, en casa, en la escuela, en la universidad, en los lugares de trabajo y diversión, recordad que sois criaturas nuevas. No estéis ante el Creador solamente llenos de estupor, alegrándoos por sus obras, sino tened presente que el fundamento seguro de la solidaridad humana está en el origen común de cada persona, el culmen del designio creativo de Dios para el mundo. Cómo cristianos, estáis en este mundo sabiendo que Dios tiene un rostro humano, Jesucristo, el «camino» que colma todo anhelo humano y la «vida» de la que estamos llamados a dar testimonio, caminando siempre iluminados por su luz (cf. *ibíd.*, 100).

La tarea del testigo no es fácil. Hoy muchos sostienen que a Dios se le debe “dejar en el banquillo”, y que la religión y la fe, aunque convenientes para los individuos, han de ser excluidas de la vida pública, o consideradas sólo para obtener limitados objetivos pragmáticos. Esta visión secularizada intenta explicar la vida humana y plasmar la sociedad con pocas o ninguna referencia al Creador. Se presenta como una fuerza neutral, imparcial y respetuosa de cada uno. En realidad, como toda ideología, el laicismo impone una visión global. Si Dios es irrelevante en la vida pública, la sociedad podrá plasmarse según una perspectiva carente de Dios, y el debate y la política sobre el bien común se harán más a la luz de las consecuencias que de los principios enraizados en la verdad.

Sin embargo, la experiencia enseña que el alejamiento del designio de Dios creador provoca un desorden que tiene repercusiones inevitables sobre el resto de la creación (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1990, 5). Cuando Dios queda eclipsado, nuestra capacidad de reconocer el orden natural, la finalidad y el «bien», empieza a disiparse. Lo que se ha promovido ostentosamente como ingeniosidad humana se ha manifestado bien pronto como locura, avidez y explotación egoísta. Y así nos damos cuenta cada vez más de lo necesaria que es la humildad ante la delicada complejidad del mundo de Dios.

Y ¿que decir de nuestro entorno social? ¿Estamos suficientemente alerta ante los signos de que estamos dando la espalda a la estructura moral con la que Dios ha dotado a la humanidad (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 2007, 8)? ¿Sabemos reconocer que la dignidad innata de toda persona se apoya en su identidad más profunda –como imagen del Creador– y que, por tanto, los derechos humanos son universales, basados en la ley natural, y no algo que depende de negociaciones o concesiones, fruto de un simple compromiso? Esto nos lleva reflexionar sobre el lugar que ocupan en nuestra sociedad los pobres, los ancianos, los emigrantes, los que no tienen voz. ¿Cómo es posible que la violencia doméstica atormenta a tantas madres y niños? ¿Cómo es posible que el seno materno, el ámbito humano más admirable y sagrado, se haya convertido en lugar de indecible violencia?

Queridos amigos, la creación de Dios es única y es buena. La preocupación por la no violencia, el desarrollo sostenible, la justicia y la paz, el cuidado de nuestro entorno, son de vital importancia para la humanidad. Pero todo esto no se puede comprender prescindiendo de una profunda reflexión sobre la dignidad innata de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural, una dignidad otorgada por Dios mismo y, por tanto, inviolable. Nuestro mundo está cansado de la codicia, de la explotación y de la división, del tedio de falsos ídolos y respuestas parciales, y de la pesadumbre de falsas promesas. Nuestro corazón y nuestra mente anhelan una visión de la vida donde reine el amor, donde se compartan los dones, donde se construya la unidad, donde la libertad tenga su propio significado en la verdad, y donde la identidad se encuentre en una comunión respetuosa. Esta es obra del Espíritu Santo. Ésta es la esperanza que ofrece el Evangelio de Jesucristo. Habéis sido recreados en el Bautismo y fortalecidos con los dones del Espíritu en la Confirmación precisamente para dar testimonio de esta realidad. Que sea éste el mensaje que vosotros llevéis al mundo desde Sydney.

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES
DE LA COMUNIDAD DE RECUPERACIÓN
DE LA UNIVERSIDAD DE NOTRE DAME DE SIDNEY

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Viernes 18 de julio de 2008

Queridos jóvenes:

Me alegro de estar hoy aquí con vosotros en Darlinghurst, y saludo con afecto a los que participan en el programa “Alive”, así como al personal que lo dirige. Ruego para que todos podáis disfrutar de la asistencia que ofrece la Archidiócesis de Sydney a través de la Social Services Agency, y para que siga adelante la buena labor que aquí se hace.

El nombre del programa que seguís nos invita a hacernos la siguiente pregunta: ¿qué quiere decir realmente estar “vivo”, vivir la vida en plenitud? Esto es lo que todos queremos, especialmente cuando somos jóvenes, y es lo que Cristo quiere para nosotros. En efecto, Él dijo: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). El instinto más enraizado en todo ser vivo es el de conservar la vida, crecer, desarrollarse y transmitir a otros el don de la vida. Por

eso, es algo natural que nos preguntemos cuál es la mejor manera de realizar todo esto.

Esta cuestión es tan acuciante para nosotros como le era también para los que vivían en tiempos del Antiguo Testamento. Sin duda ellos escuchaban con atención a Moisés cuando les decía: “Te pongo delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios, escuchando su voz, pegándote a él, pues él es tu vida” (Dt 30, 19-20). Estaba claro lo que debían hacer: debían rechazar a los otros dioses para adorar al Dios verdadero, que se había revelado a Moisés, y obedecer sus mandamientos. Se podría pensar que actualmente es poco probable que la gente adore a otros dioses. Sin embargo, a veces la gente adora a “otros dioses” sin darse cuenta. Los falsos “dioses”, cualquiera que sea el nombre, la imagen o la forma que se les dé, están casi siempre asociados a la adoración de tres cosas: los bienes materiales, el amor posesivo y el poder. Permitidme que me explique. Los bienes materiales son buenos en sí mismos. No podríamos sobrevivir por mucho tiempo sin dinero, vestidos o vivienda. Para vivir, necesitamos alimento. Pero, si somos codiciosos, si nos negamos a compartir lo que tenemos con los hambrientos y los pobres, convertimos nuestros bienes en una falsa divinidad. En nuestra sociedad materialista, muchas veces nos dicen que la felicidad se consigue poseyendo el mayor número de bienes posible y objetos de lujo. Sin embargo, esto significa transformar los bienes en una falsa divinidad. En vez de dar la vida, traen la muerte.

El amor auténtico es evidentemente algo bueno. Sin él, difícilmente valdría la pena vivir. El amor satisface nuestras necesidades más profundas y, cuando amamos, somos más plenamente nosotros mismos, más plenamente humanos. Pero, qué fácil es transformar el amor en una falsa divinidad. La gente piensa con frecuencia que está amando cuando en realidad tiende a poseer al otro o a manipularlo. A veces trata a los otros más como objetos para satisfacer sus propias necesidades que como personas dignas de amor y de aprecio. Qué fácil es ser engañado por tantas veces que, en nuestra sociedad, sostienen una visión permisiva de la sexualidad, sin tener en cuenta la modestia, el respeto de sí mismo o los valores morales que dignifican las relaciones humanas. Esto supone adorar a una falsa divinidad. En vez de dar la vida, trae la muerte.

El poder que Dios nos ha dado de plasmar el mundo que nos rodea es ciertamente algo bueno. Si lo utilizamos de modo apropiado y responsable nos

permite transformar la vida de la gente. Toda comunidad necesita buenos guías. Sin embargo, qué fuerte es la tentación de aferrarse al poder por sí mismo, buscando dominar a los otros o explotar el medio ambiente natural con fines egoístas. Esto significa transformar el poder en una falsa divinidad. En vez de dar la vida, trae la muerte.

El culto a los bienes materiales, el culto al amor posesivo y el culto al poder, lleva a menudo a la gente a “comportarse como Dios”: intentan asumir el control total, sin prestar atención a la sabiduría y a los mandamientos que Dios nos ha dado a conocer. Este es el camino que lleva a la muerte. Por el contrario, adorar al único Dios verdadero significa reconocer en él la fuente de toda bondad, confiarnos a él, abrirnos al poder saludable de su gracia y obedecer sus mandamientos: este es el camino para elegir la vida.

Un ejemplo gráfico de lo que significa alejarse del camino de la muerte y reemprender el camino de la vida, se encuentra en el relato del Evangelio que seguramente todos conocéis bien: la parábola del hijo pródigo. Al comienzo de la narración, aquél joven dejó la casa de su padre buscando los placeres ilusorios prometidos por los falsos “dioses”. Derrochó su herencia llevando una vida llena de vicios, encontrándose al final en un estado de grande pobreza y miseria. Cuando tocó fondo, hambriento y abandonado, comprendió que había sido una locura dejar la casa de su padre, que tanto lo amaba. Regresó con humildad y pidió perdón. Su padre, lleno de alegría, lo abrazó y exclamó: “Este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado.” (Lc 15, 24).

Muchos de vosotros habéis experimentado personalmente lo que vivió aquél joven. Tal vez, habéis tomado decisiones de las que ahora os arrepentís, elecciones que, aunque entonces se presentaban muy atractivas, os han llevado a un estado más profundo de miseria y de abandono. El abuso de las drogas o del alcohol, participar en actividades criminales o nocivas para vosotros mismos, podrían aparecer entonces como la vía de escape a una situación de dificultad o confusión. Ahora sabéis que en vez de dar la vida, han traído la muerte. Quiero reconocer el coraje que habéis demostrado decidiendo volver al camino de la vida, precisamente como el joven de la parábola. Habéis aceptado la ayuda de los amigos o de los familiares, del personal del programa “Alive”, de aquellos que tanto se preocupan por vuestro bienestar y felicidad.

Queridos amigos, os veo como embajadores de esperanza para otros que se encuentran en una situación similar. Al hablar desde vuestra experiencia podéis convencerlos de la necesidad de elegir el camino de la vida y rechazar el camino de la muerte. En todos los Evangelios, vemos que Jesús amaba de modo especial a los que habían tomado decisiones erróneas, ya que una vez reconocida su equivocación, eran los que mejor se abrían a su mensaje de salvación. De hecho, Jesús fue criticado frecuentemente por aquellos miembros de la sociedad, que se tenían por justos, porque pasaba demasiado tiempo con gente de esa clase. Preguntaban, “¿cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?”. Él les respondió: “No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos... No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9, 11-13). Los que querían reconstruir sus vidas eran los más disponibles para escuchar a Jesús y a ser sus discípulos. Vosotros podéis seguir sus pasos; también vosotros, de modo particular, podéis acercaros particularmente a Jesús precisamente porque habéis elegido volver a él. Podéis estar seguros que, a igual que el padre en el relato del hijo pródigo, Jesús os recibe con los brazos abiertos. Os ofrece su amor incondicional: la plenitud de la vida se encuentra precisamente en la profunda amistad con él.

He dicho antes que cuando amamos satisfacemos nuestras necesidades más profundas y llegamos a ser más plenamente nosotros mismos, más plenamente humanos. Hemos sido hechos para amar, para esto hemos sido hechos por el Creador. Lógicamente, no hablo de relaciones pasajeras y superficiales; hablo de amor verdadero, del núcleo de la enseñanza moral de Jesús: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”, y “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (cf. Mc 13, 30-31). Éste es, por así decirlo, el programa grabado en el interior de cada persona, si tenemos la sabiduría y la generosidad de conformarnos a él, si estamos dispuestos a renunciar a nuestras preferencias para ponernos al servicio de los demás, y a dar la vida por el bien de los demás, y en primer lugar por Jesús, que nos amó y dio su vida por nosotros. Esto es lo que los hombres están llamados a hacer, y lo que quiere decir realmente estar “vivo”.

Queridos jóvenes amigos, el mensaje que os dirijo hoy es el mismo que Moisés pronunció hace tantos años: “elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios”. Que su Espíritu os guíe por el camino de la vida, obedeciendo sus mandamientos, siguiendo sus enseñanzas, abandonando las decisiones erróneas que sólo llevan a la muerte, y os comprometáis en la amis-

tad con Jesús para toda la vida. Que con la fuerza del Espíritu Santo elijáis la vida y el amor, y deis testimonio ante el mundo de la alegría que esto conlleva. Esta es mi oración por cada uno de vosotros en esta Jornada Mundial de la Juventud. Que Dios os bendiga.

ENCUENTRO CON LOS REPRESENTANTES DE OTRAS RELIGIONES

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Sala capitular de la Catedral de Santa María de Sydney
Viernes 18 de julio de 2008

Queridos amigos:

Dirijo un cordial saludo de paz y amistad a todos los que estáis aquí en representación de las diversas tradiciones religiosas presentes en Australia. Me alegra tener este encuentro y doy las gracias al Rabino Jeremy Lawrence y al Mohamadu Saleem por las palabras de bienvenida que me han dirigido, en su nombre y en nombre de vuestras respectivas comunidades.

Australia es famosa por la amabilidad de sus habitantes con el prójimo y el turista. Es una nación que tiene en gran consideración la libertad religiosa. Vuestro País reconoce que el respeto de este derecho fundamental da a los hombres y mujeres la posibilidad de adorar a Dios según su conciencia, de educar el espíritu y de actuar según las convicciones éticas que se derivan de su credo.

La armoniosa correlación entre religión y vida pública es especialmente importante en una época en la que algunos han llegado a pensar que la religión es causa de división en vez de una fuerza de unidad. En un mundo amenazado por siniestras e indiscriminadas formas de violencia, la voz concorde de quienes tienen un espíritu religioso impulsa a las naciones y comunidades a solucionar los conflictos con instrumentos pacíficos en el pleno respeto de la dignidad humana. Una de las múltiples modalidades en que la religión se pone al servicio de la humanidad consiste en ofrecer una visión de la persona humana que subraya nuestra aspiración innata a vivir con magnanimidad, entablando vínculos de amistad con nuestro prójimo. Las relaciones humanas, en su íntima esencia, no se pueden definir en términos de poder, dominio e interés personal. Por el contrario, reflejan y perfeccionan la inclinación natural del hombre a vivir en comunión y armonía con los otros.

El sentido religioso arraigado en el corazón del ser humano abre a hombres y mujeres hacia Dios y los lleva a descubrir que la realización personal no consiste en la satisfacción egoísta de deseos efímeros. Nos guía más bien salir al encuentro de las necesidades de los otros y a buscar caminos concretos para contribuir al bien común. Las religiones desempeñan un papel particular a este respecto, en cuanto enseñan a la gente que el auténtico servicio exige sacrificio y autodisciplina, que se han de cultivar a su vez mediante la abnegación, la templanza y el uso moderado de los bienes naturales. Así, se orienta a hombres y mujeres a considerar el entorno como algo maravilloso, digno de ser admirado y respetado más que algo útil y simplemente para consumir. Un deber que se impone a quien tiene espíritu religioso es demostrar que es posible encontrar alegría en una vida simple y modesta, compartiendo con generosidad lo que se tiene de más con quien está necesitado.

Amigos, estos valores –estoy seguro que estaréis de acuerdo– son particularmente importantes para una adecuada formación de los jóvenes, que frecuentemente están tentados de considerar la vida misma como un producto de consumo. Sin embargo, también ellos tienen capacidad de autocontrol. De hecho, en el deporte, en las artes creativas o en los estudios, están dispuestos a aceptar de buena gana estos compromisos como un reto. ¿Acaso no es cierto que, cuando se les presentan altos ideales, muchos jóvenes se sienten atraídos por el ascetismo y la práctica de la virtud moral, tanto por respeto de sí mismos como por atención hacia los demás? Disfrutan con la contemplación del don de la creación, y se sienten fascinados por el misterio de lo trascendente. En esta perspectiva, tanto las escuelas confesionales como las estatales podrían hacer más para desarrollar la dimensión espiritual de todo joven. En Australia, como en otros lugares, la religión ha sido

un factor que ha motivado la fundación de muchas instituciones educativas, y por buenas razones sigue teniendo hoy un puesto en los programas escolares. El tema de la educación aparece con frecuencia en las deliberaciones de la Organización Interfaith Cooperation for Peace and Harmony, y aliento vivamente a los que participan en esta iniciativa a continuar en su análisis de los valores que integran las dimensiones intelectuales, humanas y religiosas de una educación sólida.

Las religiones del mundo dirigen constantemente su atención a la maravilla de la existencia humana. ¿Quién puede dejar de asombrarse ante la fuerza de la mente que averigua los secretos de la naturaleza mediante los descubrimientos de la ciencia? ¿Quién no se impresiona ante la posibilidad de trazar una visión del futuro? ¿Quién no se sorprende ante la fuerza del espíritu humano, que establece objetivos e indaga los medios para lograrlos? Hombres y mujeres no solamente están dotados de la capacidad de imaginar cómo podrían ser mejores las cosas, sino también de emplear sus energías para hacerlas mejores. Somos conscientes de lo peculiar de nuestra relación con el reino de la naturaleza. Por tanto, si creemos que no estamos sometidos a las leyes del universo material del mismo modo que el resto de la creación, ¿no deberíamos hacer también de la bondad, la compasión, la libertad, la solidaridad y el respeto a cada persona un elemento esencial de nuestra visión de un futuro más humano?

La religión, además, al recordarnos la limitación y la debilidad del hombre, nos impulsa también a no poner nuestras esperanzas últimas en este mundo que pasa. El hombre «es igual que un soplo; sus días una sombra que pasa» (Sal 143, 4). Todos nosotros hemos experimentado la desilusión por no haber logrado cumplir aquel bien que nos propusimos realizar y la dificultad de tomar la decisión justa en situaciones complejas. La Iglesia comparte estas consideraciones con las otras religiones. Impulsada por la caridad, se acerca al diálogo en la convicción de que la verdadera fuente de la libertad se encuentra en la persona de Jesús de Nazaret. Los cristianos creen que es Él quien nos revela completamente las capacidades humanas para la virtud y el bien; Él es quien nos libera del pecado y de las tinieblas. La universalidad de la experiencia humana, que trasciende las fronteras geográficas y los límites culturales, hace posible que los seguidores de las religiones se comprometan a dialogar para afrontar el misterio de las alegrías y los sufrimientos de la vida. Desde este punto de vista, la Iglesia busca con pasión toda oportunidad para escuchar las experiencias espirituales de las otras religiones. Podríamos afirmar que todas las religiones aspiran a penetrar el sentido profundo de la existencia humana, reconduciéndolo a un origen o principio externo a ella. Las religiones presentan un

tentativo de comprensión del cosmos, entendido como procedente de dicho origen o principio y encaminado hacia él. Los cristianos creen que Dios ha revelado este origen y principio en Jesús, al que la Biblia define «Alfa y Omega» (cf. Ap 1, 8; 22, 1).

Queridos amigos, he venido a Australia como embajador de paz. Por eso me alegra encontrarme con vosotros que también compartís este anhelo y el deseo de ayudar al mundo a conseguir la paz. Nuestra búsqueda de la paz procede estrechamente unida a la búsqueda del sentido, pues descubriendo la verdad es como encontramos el camino hacia la paz (cf. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2006). Nuestro esfuerzo para llegar a la reconciliación entre los pueblos brota y se dirige hacia esa verdad que da una meta a la vida. La religión ofrece la paz, pero – lo que es más importante aún– suscita en el espíritu humano la sed de la verdad y el hambre de la virtud. Que podamos animar a todos, especialmente a los jóvenes, a contemplar con admiración la belleza de la vida, a buscar su último sentido y a comprometerse en realizar su sublime potencial.

Con estos sentimientos de respeto y aliento os confío a la providencia de Dios omnipotente, y os aseguro mi oración por vosotros y por vuestros seres queridos, por los miembros de vuestras comunidades y por todos los habitantes de Australia.

ENCUENTRO ECUMÉNICO

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Cripta de la Catedral de Santa María de Sydney
Viernes 18 de julio de 2008

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Doy gracias a Dios fervientemente por la oportunidad de encontraros y de orar junto con vosotros, que habéis llegado aquí en representación de varias comunidades cristianas en Australia. Agradecido por las cordiales palabras de bienvenida del Obispo Forsyth y del Cardenal Pell, con sentimientos de alegría os saludo en el nombre del Señor Jesús «la piedra angular» de la «casa de Dios» (cf. Ef 2, 19-20). Deseo enviar un saludo particular al Cardenal Edward Cassidy, Presidente emérito del Consejo Pontificio para la Promoción de la unidad de los Cristianos, que no ha podido estar hoy con nosotros a causa de su delicada salud. Recuerdo con gratitud su decidido compromiso de promover la comprensión recíproca entre todos los cristianos y quisiera invitaros a todos a uniros conmigo en la oración por su pronto restablecimiento.

Australia es un País marcado por gran diversidad étnica y religiosa. Los inmigrantes llegan a las costas de esta majestuosa tierra con la esperanza de encon-

trar en ella felicidad y buenas oportunidades de trabajo. La vuestra es también una Nación que reconoce la importancia de la libertad religiosa. Éste es un derecho fundamental que, si se respeta, permite a los ciudadanos de actuar en base a valores arraigados en sus convicciones más profundas, contribuyendo así al bienestar de toda la sociedad. De este modo, los cristianos contribuyen, junto con los miembros de las otras religiones, a la promoción de la dignidad humana y la amistad entre las naciones.

A los australianos les gusta la discusión franca y cordial. Eso ha proporcionado un buen servicio al movimiento ecuménico. Un ejemplo puede ser el Acuerdo firmado en 2004 por los miembros del Consejo Nacional de las Iglesias en Australia. Este documento reconoce un compromiso común, indica objetivos, declara puntos de convergencia, sin pasar apresuradamente por encima de las diferencias. Un planteamiento como éste no sólo demuestra que es posible encontrar resoluciones concretas para una colaboración fructuosa en el presente, sino también que necesitamos proseguir pacientes discusiones sobre los puntos teológicos de divergencia. Es de desear que las deliberaciones, que haréis en el Consejo de las Iglesias y en otros foros locales, se vean alentadas por los resultados que ya habéis alcanzado.

Este año celebramos el segundo milenario del nacimiento de San Pablo, trabajador incansable en favor de la unidad en la Iglesia primitiva. En el pasaje de la Escritura que acabamos de escuchar, Pablo nos recuerda la inmensa gracia que hemos recibido al convertirnos en miembros del cuerpo de Cristo mediante el Bautismo. Este Sacramento, que es la puerta de entrada en la Iglesia y el «vínculo de unidad» para cuantos han renacido gracias a él (cf. *Unitatis redintegratio*, 22), es consiguientemente el punto de partida de todo el movimiento ecuménico. Pero no es el destino final. El camino del ecumenismo tiende, en definitiva, a una celebración común de la Eucaristía (cf. *Ut unum sint*, 23-24;45), que Cristo ha confiado a sus Apóstoles como el Sacramento por excelencia de la unidad de la Iglesia. Aunque hay todavía obstáculos que superar, podemos estar seguros de que un día una Eucaristía común subrayará nuestra decisión de amarnos y servirnos unos a otros a imitación de nuestro Señor. En efecto, el mandamiento de Jesús de «hacer esto en conmemoración mía» (Lc 22,19), está intrínsecamente ordenado a su indicación de «lavaros los pies unos a otros» (Jn 13,14). Por esta razón un sincero diálogo sobre el lugar que tiene la Eucaristía –estimulado por un renovado y atento estudio de la Escritura, de los escritos patrísticos y de los documentos de los dos milenios de la historia cristiana (cf. *Ut unum sint*, 69-70)– favorecerá induda-

blemente llevar adelante el movimiento ecuménico y unificar nuestro testimonio ante del mundo.

Queridos amigos en Cristo, creo que estaréis de acuerdo en considerar que el movimiento ecuménico ha llegado a un punto crítico. Para avanzar hemos de pedir continuamente a Dios que renueve nuestras mentes con la gracia del Espíritu Santo (cf. Rm 12,2), que nos habla por medio de las Escrituras y nos conduce a la verdad completa (cf. 2 P 1,20-21; Jn 16,13). Hemos de estar en guardia contra toda tentación de considerar la doctrina como fuente de división y, por tanto, como impedimento de lo que parece ser la tarea más urgente e inmediata para mejorar el mundo en el que vivimos. En realidad, la historia de la Iglesia demuestra que la praxis no sólo es inseparable de la didaché, de la enseñanza, sino que deriva de ella. Cuanto más asiduamente nos dedicamos a lograr una comprensión común de los misterios divinos, tanto más elocuentemente nuestras obras de caridad hablarán de la inmensa bondad de Dios y de su amor por todos. San Agustín expresó la interconexión entre el don del conocimiento y la virtud de la caridad cuando escribió que la mente retorna a Dios a través del amor (cf. *De moribus Ecclesiae catholicae*, XII,21), y que dondequiera que se ve la caridad, se ve la Trinidad (cf. *De Trinitate*, 8,8,12).

Por esta razón, el diálogo ecuménico no solamente avanza mediante un cambio de ideas, sino compartiendo dones que nos enriquecen mutuamente (cf. *Ut unum sint*, 28;57). Una «idea» está orientada al logro de la verdad; un «don» expresa el amor. Ambos son esenciales para el diálogo. Abrirnos nosotros mismos a aceptar dones espirituales de otros cristianos estimula nuestra capacidad de percibir la luz de la verdad que viene del Espíritu Santo. San Pablo enseña que en la koinonia de la Iglesia es donde nosotros tenemos acceso a la verdad del Evangelio y los medios para defenderla, porque la Iglesia está edificada «sobre el fundamento de los Apóstoles y los Profetas», teniendo a Jesús mismo como piedra angular (Ef 2,20).

En esta perspectiva podemos tomar en consideración quizás las imágenes bíblicas complementarias de «cuerpo» y de «templo», usadas para describir la Iglesia. Al emplear la imagen del cuerpo (cf. 1 Co 12,12-31), Pablo llama la atención sobre la unidad orgánica y sobre la diversidad que permite a la Iglesia respirar y crecer. Pero igualmente significativa es la imagen de un templo sólido y bien estructurado, compuesto de piedras vivas, que se apoyan sobre un fundamento seguro. Jesús mismo aplica a sí, en perfecta unidad, estas imágenes de «cuerpo» y de «templo» (cf. Jn 2,21-22; Lc 23,45; Ap 21,22).

Cada elemento de la estructura de la Iglesia es importante; pero todos vacilarían y se derrumbarían sin la piedra angular que es Cristo. Como «conciudadanos» de esta «casa de Dios», los cristianos tienen que actuar juntos a fin de que el edificio permanezca firme, de modo que otras personas se sientan atraídas a entrar y a descubrir los abundantes tesoros de gracia que hay en su interior. Al promover los valores cristianos, no debemos olvidar de proclamar su fuente, dando testimonio común de Jesucristo, el Señor. Él es quien ha confiado la misión a los «apóstoles», es Él del que han hablado los «profetas», y es Él al que nosotros ofrecemos al mundo.

Queridos amigos, vuestra presencia hoy aquí me llena de la ardiente esperanza de que, continuando juntos en el arduo camino hacia la plena unidad, tendremos la fuerza de ofrecer un testimonio común de Cristo. Pablo habla de la importancia de los profetas en la Iglesia de los inicios; también nosotros hemos recibido una llamada profética mediante el Bautismo. Confío que el Espíritu abra nuestros ojos para ver los dones espirituales de los otros, abra nuestros corazones para recibir su fuerza y abra de par en par nuestras mentes para acoger la luz de la verdad de Cristo. Expreso mi viva gratitud a cada uno de vosotros por el compromiso de tiempo, enseñanza y talento que habéis prodigado al servicio de «un sólo cuerpo y un sólo espíritu» (Ef 4,4; cf. 1 Co 12,13) que el Señor ha querido para su pueblo y por el que ha dado su propia vida. Gloria y poder para Él por los siglos de los siglos. Amén.

SANTA MISA CON LOS OBISPOS AUSTRALIANOS,
CON LOS SEMINARISTAS Y CON LOS NOVICIOS Y
LAS NOVICIAS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Catedral de Santa María, Sidney
Sábado, 19 de julio de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Me complace saludar en esta noble catedral a mis hermanos obispos y sacerdotes, a los diáconos, a los consagrados y a los laicos de la Archidiócesis de Sydney. De un modo especial dirijo mi saludo a los seminaristas y a los jóvenes religiosos que están con nosotros. Como los jóvenes israelitas de la primera lectura de hoy, ellos son un signo de esperanza y de renovación para el Pueblo de Dios; y, también como aquellos, tienen igualmente el deber de edificar la casa de Dios para las próximas generaciones. Mientras admiramos este magnífico edificio, ¿cómo no pensar en la muchedumbre de sacerdotes, religiosos y fieles laicos que, cada uno a su manera, han contribuido a construir la Iglesia en Australia? Pienso particularmente en las familias de colonos a las que el Padre Jeremías O'Flynn confió el Santísimo Sacramento en el momento de partir, un «pequeño rebaño» que tuvo en gran estima

aquel tesoro precioso y lo conservó, entregándolo a las generaciones posteriores que edificaron este gran tabernáculo para gloria de Dios. Alegrémonos por su fidelidad y perseverancia, y dediquémonos a continuar sus esfuerzos por la difusión del Evangelio, la conversión de los corazones y el crecimiento de la Iglesia en la santidad, la unidad y la caridad.

Nos disponemos a celebrar la dedicación del nuevo altar de esta venerable catedral. Como nos recuerda de forma elocuente el frontal esculpido, todo altar es símbolo de Jesucristo, presente en su Iglesia como sacerdote, víctima y altar (cf. Prefacio pascual V). Crucificado, sepultado y resucitado de entre los muertos, devuelto a la vida en el Espíritu y sentado a la derecha del Padre, Cristo ha sido constituido nuestro Sumo Sacerdote, que intercede por nosotros eternamente. En la liturgia de la Iglesia, y sobre todo en el sacrificio de la Misa ofrecido en los altares del mundo, Él nos invita, como miembros de su Cuerpo Místico, a compartir su auto-oblación. Él nos llama, como pueblo sacerdotal de la nueva y eterna Alianza, a ofrecer en unión con Él nuestros sacrificios cotidianos para la salvación del mundo.

En la liturgia de hoy, la Iglesia nos recuerda que, como este altar, también nosotros fuimos consagrados, puestos «aparte» para el servicio de Dios y la edificación de su Reino. Sin embargo, con mucha frecuencia nos encontramos inmersos en un mundo que quisiera dejar a Dios «aparte». En nombre de la libertad y la autonomía humana, se pasa en silencio sobre el nombre de Dios, la religión se reduce a devoción personal y se elude la fe en los ámbitos públicos. A veces, dicha mentalidad, tan diametralmente opuesta a la esencia del Evangelio, puede ofuscar incluso nuestra propia comprensión de la Iglesia y de su misión. También nosotros podemos caer en la tentación de reducir la vida de fe a una cuestión de mero sentimiento, debilitando así su poder de inspirar una visión coherente del mundo y un diálogo riguroso con otras muchas visiones que compiten en la conquista de las mentes y los corazones de nuestros contemporáneos.

Y, sin embargo, la historia, también la de nuestro tiempo, nos demuestra que la cuestión de Dios jamás puede ser silenciada y que la indiferencia respecto a la dimensión religiosa de la existencia humana acaba disminuyendo y traicionando al hombre mismo. ¿No es quizás éste el mensaje proclamado por la maravillosa arquitectura de esta catedral? ¿No es quizás éste el misterio de la fe que se anuncia desde este altar en cada celebración de la Eucaristía? La fe nos enseña que en Cristo Jesús, Verbo encarnado, logramos comprender la grandeza de nuestra propia humanidad, el misterio de nuestra vida en la tierra y el sublime destino que nos

aguarda en el cielo (cf. *Gaudium et spes*, 24). La fe nos enseña también que somos criaturas de Dios, hechas a su imagen y semejanza, dotadas de una dignidad inviolable y llamadas a la vida eterna. Allí donde se empequeñece al hombre, el mundo que nos rodea queda mermado, pierde su significado último y falla su objetivo. Lo que brota de ahí es una cultura no de la vida, sino de la muerte. ¿Cómo se puede considerar a esto un «progreso»? Al contrario, es un paso atrás, una forma de retroceso, que en último término seca las fuentes mismas de la vida, tanto de las personas como de toda la sociedad.

Sabemos que al final –como vio claramente san Ignacio de Loyola– el único patrón verdadero con el cual se puede medir toda realidad humana es la Cruz y su mensaje de amor inmerecido que triunfa sobre el mal, el pecado y la muerte, que crea vida nueva y alegría perpetua. La Cruz revela que únicamente nos encontramos a nosotros mismos cuando entregamos nuestras vidas, acogemos el amor de Dios como don gratuito y actuamos para llevar a todo hombre y mujer a la belleza del amor y a la luz de la verdad que salvan al mundo.

En esta verdad –el misterio de la fe– es en la que hemos sido consagrados (cf. *Jn* 17,17-19), y en esta verdad es en la que estamos llamados a crecer, con la ayuda de la gracia de Dios, en fidelidad cotidiana a su palabra, en la comunión vivificante de la Iglesia. Y, sin embargo, qué difícil es este camino de consagración. Exige una continua «conversión», un morir sacrificial a sí mismos que es la condición para pertenecer plenamente a Dios, una transformación de la mente y del corazón que conduce a la verdadera libertad y a una nueva amplitud de miras. La liturgia de hoy nos ofrece un símbolo elocuente de aquella transformación espiritual progresiva a la que cada uno de nosotros está invitado. La aspersion del agua, la proclamación de la Palabra de Dios, la invocación de todos los Santos, la plegaria de consagración, la unción y la purificación del altar, su revestimiento de blanco y su ornato de luz, todos estos ritos nos invitan a revivir nuestra propia consagración bautismal. Nos invitan a rechazar el pecado y sus seducciones, y a beber cada vez más profundamente del manantial vivificante de la gracia de Dios.

Queridos amigos, que esta celebración, en presencia del Sucesor de Pedro, sea un momento de renovada dedicación y de renovación de toda la Iglesia en Australia. Deseo hacer aquí un inciso para reconocer la vergüenza que todos hemos sentido a causa de los abusos sexuales a menores por parte de algunos sacerdotes y religiosos de esta Nación. Verdaderamente, me siento profundamente disgustado por el dolor y el sufrimiento que han padecido las víctimas y les aseguro que, como

su Pastor, también yo comparto su aflicción. Estos delitos, que constituyen una grave traición a la confianza, deben ser condenados de modo inequívoco. Éstos han provocado gran dolor y han dañado el testimonio de la Iglesia. Os pido a todos que apoyéis y ayudéis a vuestros Obispos, y que colaboréis con ellos en combatir este mal. Las víctimas deben recibir compasión y asistencia, y los responsables de estos males deben ser llevados ante la justicia. Es una prioridad urgente promover un ambiente más seguro y más sano, especialmente para los jóvenes. En estos días, marcados por la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud, estamos invitados a reflexionar sobre el precioso tesoro que nos ha sido confiado en nuestros jóvenes, y cómo gran parte de la misión de la Iglesia en este País ha estado dedicada a su educación y cuidado. Mientras la Iglesia en Australia continúa con espíritu evangélico afrontando eficazmente este serio reto pastoral, me uno a vosotros en la oración para que este tiempo de purificación traiga consigo sanación, reconciliación y una fidelidad cada vez más grande a las exigencias morales del Evangelio.

Deseo ahora dirigir una especial palabra de afecto y aliento a los seminaristas y jóvenes religiosos que están aquí. Queridos amigos, con gran generosidad os estáis encaminando por una senda de especial consagración, enraizada en vuestro Bautismo y emprendida como respuesta a la llamada personal del Señor. Os habéis comprometido, de modos diversos, a aceptar la invitación de Cristo a seguirlo, a dejar todo atrás y a dedicar vuestra vida a buscar la santidad y a servir a su pueblo.

En el Evangelio de hoy el Señor nos llama a «creer en la luz» (cf. Jn 12,36). Estas palabras tienen un significado especial para vosotros, queridos jóvenes seminaristas y religiosos. Son una invitación a confiar en la verdad de la Palabra de Dios y a esperar firmemente en sus promesas. Nos invitan a ver con los ojos de la fe la obra inefable de su gracia a nuestro alrededor, también en estos tiempos sombríos en los que todos nuestros esfuerzos parecen ser vanos. Dejad que este altar, con la imagen imponente de Cristo, Siervo sufriente, sea una inspiración constante para vosotros. Hay ciertamente momentos en que cualquier discípulo siente el calor y el peso de la jornada (cf. Mt 20,12), y la dificultad para dar un testimonio profético en un mundo que puede parecer sordo a las exigencias de la Palabra de Dios. No tengáis miedo. Creed en la luz. Tomad en serio la verdad que hemos escuchado hoy en la segunda lectura: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy y siempre» (Hb 13,8). La luz de la Pascua sigue derrotando las tinieblas.

El Señor nos llama a caminar en la luz (cf. Jn 12,35). Cada uno de vosotros ha emprendido la más grande y la más gloriosa de las batallas, la de ser consagra-

dos en la verdad, la de crecer en la virtud, la de alcanzar la armonía entre pensamientos e ideales, por una parte, y palabras y obras, por otra. Adentraos con sinceridad y de modo profundo en la disciplina y en el espíritu de vuestros programas de formación. Caminad cada día en la luz de Cristo mediante la fidelidad a la oración personal y litúrgica, alimentados por la meditación de la Palabra inspirada por Dios. A los Padres de la Iglesia les gustaba ver en las Escrituras un paraíso espiritual, un jardín donde podemos caminar libremente con Dios, admirando la belleza y la armonía de su plan salvífico, mientras da fruto en nuestra propia vida, en la vida de la Iglesia y a lo largo de toda la historia. Por tanto, que la plegaria y la meditación de la Palabra de Dios sean lámpara que ilumina, purifica y guía vuestros pasos en el camino que os ha indicado el Señor. Haced de la celebración diaria de la Eucaristía el centro de vuestra vida. En cada Misa, cuando el Cuerpo y la Sangre del Señor sean alzados al final de la liturgia eucarística, elevad vuestro corazón y vuestra vida por Cristo, con Él y en Él, en la unidad del Espíritu Santo, como sacrificio amoroso a Dios nuestro Padre.

De este modo, queridos jóvenes seminaristas y religiosos, llegaréis a ser altares vivientes, sobre los cuales el amor sacrificial de Cristo se hace presente como inspiración y fuente de alimento espiritual para cuantos encontréis. Abrazando la llamada del Señor a seguirlo en castidad, pobreza y obediencia, habéis emprendido el viaje de un discipulado radical que os hará «signo de contradicción» (cf. Lc 2,34) para muchos de vuestros contemporáneos. Conformad cotidianamente vuestra vida a la auto-oblación amorosa del Señor mismo en obediencia a la voluntad del Padre. Así descubriréis la libertad y la alegría que pueden atraer a otros a ese Amor que va más allá de cualquier otro amor como su fuente y su cumplimiento último. No olvidéis jamás que la castidad por el Reino significa abrazar una vida completamente dedicada al amor, a un amor que os hace capaces de dedicaros vosotros mismos sin reservas al servicio de Dios, para estar plenamente presentes entre los hermanos y hermanas, especialmente entre los necesitados. Los tesoros más grandes que compartís con otros jóvenes –vuestro idealismo, la generosidad, el tiempo y las energías– son los verdaderos sacrificios que pondréis sobre el altar del Señor. Que tengáis siempre en cuenta este magnífico carisma que Dios os ha dado para su gloria y para la edificación de la Iglesia.

Queridos amigos, permitidme que concluya estas reflexiones dirigiendo vuestra atención hacia la gran vidriera del coro de esta catedral. En ella, la Virgen, Reina del Cielo, está representada sobre el trono con majestad, al lado de su divino Hijo. El artista ha representado a María como la nueva Eva, que ofrece a Cristo, nuevo

Adán, una manzana. Este gesto simboliza que Ella ha invertido la desobediencia de nuestros progenitores, ofreciendo el rico fruto que la gracia de Dios ha dado en su vida y los primeros frutos de la humanidad redimida y glorificada, que Ella ha precedido en la gloria del paraíso. Pidamos a María, Auxilio de los cristianos, que sostenga a la Iglesia en Australia en la fidelidad a la gracia mediante la cual el Señor crucificado continúa atrayendo hacia sí a toda la creación y a todo corazón humano (cf. Jn 12,32). Que el poder del Espíritu Santo consagre a los fieles de esta tierra en la verdad, produzca abundantes frutos de santidad y de justicia para la redención del mundo y guíe a toda la humanidad hacia la plenitud de vida alrededor de aquel altar donde, en la gloria de la liturgia celestial, seremos invitados a cantar las alabanzas de Dios eternamente. Amén.

VIGILIA CON LOS JÓVENES

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Hipódromo de Randwick
Sábado 19 de julio de 2008

Queridos jóvenes

Una vez más, en esta tarde hemos oído la gran promesa de Cristo, «cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza», y hemos escuchado su mandato: «seréis mis testigos... hasta los confines del mundo» (Hch 1, 8). Éstas fueron las últimas palabras que Cristo pronunció antes de su ascensión al cielo. Lo que los Apóstoles sintieron al oírlas sólo podemos imaginarlo. Pero sabemos que su amor profundo por Jesús y la confianza en su palabra los impulsó a reunirse y esperar en la sala de arriba, pero no una espera sin un sentido, sino juntos, unidos en la oración, con las mujeres y con María (cf. Hch 1, 14). Esta tarde nosotros hacemos lo mismo. Reunidos delante de nuestra Cruz, que tanto ha viajado, y del icono de María, rezamos bajo el esplendor celeste de la constelación de la Cruz del Sur. Esta tarde rezo por vosotros y por los jóvenes de todo el mundo. Dejaos inspirar por el ejemplo de vuestros Patronos. Acoged en vuestro corazón y en vuestra mente los siete dones del Espíritu Santo. Reconoced y creed en el poder del Espíritu Santo en vuestra vida.

El otro día hablábamos de la unidad y de la armonía de la creación de Dios y de nuestro lugar en ella. Hemos recordado cómo nosotros, que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, mediante el gran don del Bautismo nos hemos convertido en hijos adoptivos de Dios, nuevas criaturas. Y precisamente como hijos de la luz de Cristo, simbolizada por las velas encendidas que tenéis en vuestras manos, damos testimonio en nuestro mundo del esplendor que ninguna tiniebla podrá vencer (cf. Jn 1, 5).

Esta tarde ponemos nuestra atención sobre el «cómo» llegar a ser testigos. Tenemos necesidad de conocer la persona del Espíritu Santo y su presencia vivificante en nuestra vida. No es fácil. En efecto, la diversidad de imágenes que encontramos en la Escritura sobre el Espíritu –viento, fuego, sopro– ponen de manifiesto lo difícil que nos resulta tener una comprensión clara de él. Y, sin embargo, sabemos que el Espíritu Santo es quien dirige y define nuestro testimonio sobre Jesucristo, aunque de modo silencioso e invisible.

Ya sabéis que nuestro testimonio cristiano es una ofrenda a un mundo que, en muchos aspectos, es frágil. La unidad de la creación de Dios se debilita por heridas profundas cuando las relaciones sociales se rompen, o el espíritu humano se encuentra casi completamente aplastado por la explotación o el abuso de las personas. De hecho, la sociedad contemporánea sufre un proceso de fragmentación por culpa de un modo de pensar que por su naturaleza tiene una visión reducida, porque descuida completamente el horizonte de la verdad, de la verdad sobre Dios y sobre nosotros. Por su naturaleza, el relativismo no es capaz de ver el cuadro en su totalidad. Ignora los principios mismos que nos hacen capaces de vivir y de crecer en la unidad, en el orden y en la armonía.

Como testigos cristianos, ¿cuál es nuestra respuesta a un mundo dividido y fragmentario? ¿Cómo podemos ofrecer esperanza de paz, restablecimiento y armonía a esas «estaciones» de conflicto, de sufrimiento y tensión por las que habéis querido pasar con esta Cruz de la Jornada Mundial de la Juventud? La unidad y la reconciliación no se pueden alcanzar sólo con nuestros esfuerzos. Dios nos ha hecho el uno para el otro (cf. Gn 2, 24) y sólo en Dios y en su Iglesia podemos encontrar la unidad que buscamos. Y, sin embargo, frente a las imperfecciones y desilusiones, tanto individuales como institucionales, tenemos a veces la tentación de construir artificialmente una comunidad «perfecta». No se trata de una tentación nueva. En la historia de la Iglesia hay muchos ejemplos de tentativas de esquivar y pasar por alto las debilidades y los fracasos humanos para crear una unidad perfecta, una utopía espiritual.

Estos intentos de construir la unidad, en realidad la debilitan. Separar al Espíritu Santo de Cristo, presente en la estructura institucional de la Iglesia, pondría en peligro la unidad de la comunidad cristiana, que es precisamente un don del Espíritu. Se traicionaría la naturaleza de la Iglesia como Templo vivo del Espíritu Santo (cf. 1 Co 3, 16). En efecto, es el Espíritu quien guía a la Iglesia por el camino de la verdad plena y la unifica en la comunión y en servicio del ministerio (cf. *Lumen gentium*, 4). Lamentablemente, la tentación de «ir por libre» continúa. Algunos hablan de su comunidad local como si se tratara de algo separado de la así llamada Iglesia institucional, describiendo a la primera como flexible y abierta al Espíritu, y la segunda como rígida y carente de Espíritu.

La unidad pertenece a la esencia de la Iglesia (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 813); es un don que debemos reconocer y apreciar. Pidamos esta tarde por nuestro propósito de cultivar la unidad, de contribuir a ella, de resistir a cualquier tentación de darnos media vuelta y marcharnos. Ya que lo que podemos ofrecer a nuestro mundo es precisamente la magnitud, la amplia visión de nuestra fe, sólida y abierta a la vez, consistente y dinámica, verdadera y sin embargo orientada a un conocimiento más profundo. Queridos jóvenes, ¿acaso no es gracias a vuestra fe que amigos en dificultad o en búsqueda de sentido para sus vidas se han dirigido a vosotros? Estad vigilantes. Escuchad. ¿Sois capaces de oír, a través de las disonancias y las divisiones del mundo, la voz acorde de la humanidad? Desde el niño abandonado en un campo de Darfur a un adolescente desconcertado, a un padre angustiado en un barrio periférico cualquiera, o tal vez ahora, desde lo profundo de vuestro corazón, se alza el mismo grito humano que anhela reconocimiento, pertenencia, unidad. ¿Quién puede satisfacer este deseo humano esencial de ser uno, estar inmerso en la comunión, de estar edificado y ser guiado a la verdad? El Espíritu Santo. Éste es su papel: realizar la obra de Cristo. Enriquecidos con los dones del Espíritu, tendréis la fuerza de ir más allá de vuestras visiones parciales, de vuestra utopía, de la precariedad fugaz, para ofrecer la coherencia y la certeza del testimonio cristiano.

Amigos, cuando recitamos el Credo afirmamos: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida». El «Espíritu creador» es la fuerza de Dios que da la vida a toda la creación y es la fuente de vida nueva y abundante en Cristo. El Espíritu mantiene a la Iglesia unida a su Señor y fiel a la tradición apostólica. Él es quien inspira las Sagradas Escrituras y guía al Pueblo de Dios hacia la plenitud de la verdad (cf. Jn 16, 13). De todos estos modos el Espíritu es el «dador de vida», que

nos conduce al corazón mismo de Dios. Así, cuanto más nos dejamos guiar por el Espíritu, tanto mayor será nuestra configuración con Cristo y tanto más profunda será nuestra inmersión en la vida de Dios uno y trino.

Esta participación en la naturaleza misma de Dios (cf. 2 P 1, 4) tiene lugar a lo largo de los acontecimientos cotidianos de la vida, en los que Él siempre esta presente (cf. Ba 3, 38). Sin embargo, hay momentos en los que podemos sentir la tentación de buscar una cierta satisfacción fuera de Dios. Jesús mismo preguntó a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6, 67). Este alejamiento puede ofrecer tal vez la ilusión de la libertad. Pero, ¿a dónde nos lleva? ¿A quién vamos a acudir? En nuestro corazón, en efecto, sabemos que sólo el Señor tiene «palabras de vida eterna» (Jn 6, 67-69). Alejarnos de Él es sólo un intento vano de huir de nosotros mismos (cf. S. Agustín, Confesiones VIII, 7). Dios está con nosotros en la vida real, no en la fantasía. Enfrentarnos a la realidad, no huir de ella: esto es lo que buscamos. Por eso el Espíritu Santo, con delicadeza, pero también con determinación, nos atrae hacia lo que es real, duradero y verdadero. El Espíritu es quien nos devuelve a la comunión con la Santísima Trinidad.

El Espíritu Santo ha sido, de modos diversos, la Persona olvidada de la Santísima Trinidad. Tener una clara comprensión de él nos parece algo fuera de nuestro alcance. Sin embargo, cuando todavía era pequeño, mis padres, como los vuestros, me enseñaron el signo de la Cruz y así entendí pronto que hay un Dios en tres Personas, y que la Trinidad está en el centro de la fe y de la vida cristiana. Cuando crecí lo suficiente para tener un cierto conocimiento de Dios Padre y de Dios Hijo –los nombres ya significaban mucho– mi comprensión de la tercera Persona de la Trinidad seguía siendo incompleta. Por eso, como joven sacerdote encargado de enseñar teología, decidí estudiar los testimonios eminentes del Espíritu en la historia de la Iglesia. De esta manera llegué a leer, en otros, al gran san Agustín.

Su comprensión del Espíritu Santo se desarrolló de modo gradual; fue una lucha. De joven había seguido el Maniqueísmo, que era uno de aquellos intentos que he mencionado antes de crear una utopía espiritual separando las cosas del espíritu de las de la carne. Como consecuencia de ello, albergaba al principio sospechas respecto a la enseñanza cristiana sobre la encarnación de Dios. Y, con todo, su experiencia del amor de Dios presente en la Iglesia lo llevó a buscar su fuente en la vida de Dios uno y trino. Así llegó a tres precisas intuicio-

nes sobre el Espíritu Santo como vínculo de unidad dentro de la Santísima Trinidad: unidad como comunión, unidad como amor duradero, unidad como dador y don. Estas tres intuiciones no son solamente teóricas. Nos ayudan a explicar cómo actúa el Espíritu. Nos ayudan a permanecer en sintonía con el Espíritu y a extender y clarificar el ámbito de nuestro testimonio, en un mundo en el que tanto los individuos como las comunidades sufren con frecuencia la ausencia de unidad y de cohesión.

Por eso, con la ayuda de san Agustín, intentaremos ilustrar algo de la obra del Espíritu Santo. San Agustín señala que las dos palabras «Espíritu» y «Santo» se refieren a lo que pertenece a la naturaleza divina; en otras palabras, a lo que es compartido por el Padre y el Hijo, a su comunión. Por eso, si la característica propia del Espíritu es de ser lo que es compartido por el Padre y el Hijo, Agustín concluye que la cualidad peculiar del Espíritu es la unidad. Una unidad de comunión vivida: una unidad de personas en relación mutua de constante entrega; el Padre y el Hijo que se dan el uno al otro. Pienso que empezamos así a vislumbrar qué iluminadora es esta comprensión del Espíritu Santo como unidad, como comunión. Una unidad verdadera nunca puede estar fundada sobre relaciones que nieguen la igual dignidad de las demás personas. Y tampoco la unidad es simplemente la suma total de los grupos mediante los cuales intentamos a veces «definirnos» a nosotros mismos. De hecho, sólo en la vida de comunión se sostiene la unidad y se realiza plenamente la identidad humana: reconocemos la necesidad común de Dios, respondemos a la presencia unificadora del Espíritu Santo y nos entregamos mutuamente en el servicio de los unos a los otros.

La segunda intuición de Agustín, es decir, el Espíritu Santo como amor que permanece, se desprende del estudio que hizo sobre la Primera Carta de san Juan, allí donde el autor nos dice que «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Agustín sugiere que estas palabras, a pesar de referirse a la Trinidad en su conjunto, se han de entender también como expresión de una característica particular del Espíritu Santo. Reflexionando sobre la naturaleza permanente del amor, «quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él» (ibíd.), Agustín se pregunta: ¿es el amor o es el Espíritu quien garantiza el don duradero? La conclusión a la que llega es ésta: «El Espíritu Santo nos hace vivir en Dios y Dios en nosotros; pero es el amor el que causa esto. El Espíritu por tanto es Dios como amor» (De Trinitate 15,17,31). Es una magnífica explicación: Dios comparte a sí mismo como amor en el Espíritu Santo. ¿Qué más podemos aprender de esta intuición? El amor es el signo de la presencia del Espíritu Santo. Las ideas o las palabras que carecen de amor, aunque

parezcan sofisticadas o sagaces, no pueden ser «del Espíritu». Más aún, el amor tiene un rasgo particular; en vez de ser indulgente o voluble, tiene una tarea o un fin que cumplir: permanecer. El amor es duradero por su naturaleza. De nuevo, queridos amigos, podemos echar una mirada a lo que el Espíritu Santo ofrece al mundo: amor que despeja la incertidumbre; amor que supera el miedo de la traición; amor que lleva en sí mismo la eternidad; el amor verdadero que nos introduce en una unidad que permanece.

Agustín deduce la tercera intuición, el Espíritu Santo como don, de una reflexión sobre una escena evangélica que todos conocemos y que nos atrae: el diálogo de Cristo con la samaritana junto al pozo. Jesús se revela aquí como el dador del agua viva (cf. Jn 4, 10), que será después explicada como el Espíritu (cf. Jn 7, 39; 1 Co 12, 13). El Espíritu es «el don de Dios» (Jn 4, 10), la fuente interior (cf. Jn 4, 14), que sacia de verdad nuestra sed más profunda y nos lleva al Padre. De esta observación, Agustín concluye que el Dios que se entrega a nosotros como don es el Espíritu Santo (cf. De Trinitate, 15,18,32). Amigos, una vez más echamos un vistazo sobre la actividad de la Trinidad: el Espíritu Santo es Dios que se da eternamente; al igual que una fuente perenne, él se ofrece nada menos que a sí mismo. Observando este don incesante, llegamos a ver los límites de todo lo que acaba, la locura de una mentalidad consumista. En particular, empezamos a entender porqué la búsqueda de novedades nos deja insatisfechos y deseosos de algo más. ¿Acaso no estaremos buscando un don eterno? ¿La fuente que nunca se acaba? Con la Samaritana exclamamos: ¡Dame de esta agua, para que no tenga ya más sed (cf. Jn 4, 15)!

Queridos jóvenes, ya hemos visto que el Espíritu Santo es quien realiza la maravillosa comunión de los creyentes en Cristo Jesús. Fiel a su naturaleza de dador y de don a la vez, él actúa ahora a través de vosotros. Inspirados por las intuiciones de san Agustín, haced que el amor unificador sea vuestra medida, el amor duradero vuestro desafío y el amor que se entrega vuestra misión.

Este mismo don del Espíritu Santo será mañana comunicado solemnemente a los candidatos a la Confirmación. Yo rogaré: «Llénelos de espíritu de sabiduría y de inteligencia, de espíritu de consejo y de fortaleza, de espíritu de ciencia y de piedad; y cólmalos del espíritu de tu santo temor». Estos dones del Espíritu –cada uno de ellos, como nos recuerda san Francisco de Sales, es un modo de participar en el único amor de Dios- no son ni un premio ni un reconocimiento. Son simplemente dados (cf. 1 Co 12, 11). Y exigen por parte de quien los recibe sólo una

respuesta: «Acepto». Percibimos aquí algo del misterio profundo de lo que es ser cristiano. Lo que constituye nuestra fe no es principalmente lo que nosotros hacemos, sino lo que recibimos. Después de todo, muchas personas generosas que no son cristianas pueden hacer mucho más de lo que nosotros hacemos. Amigos, ¿aceptáis entrar en la vida trinitaria de Dios? ¿Aceptáis entrar en su comunión de amor?

Los dones del Espíritu que actúan en nosotros imprimen la dirección y definen nuestro testimonio. Los dones del Espíritu, orientados por su naturaleza a la unidad, nos vinculan todavía más estrechamente a la totalidad del Cuerpo de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 11), permitiéndonos edificar mejor la Iglesia, para servir así al mundo (cf. Ef 4, 13). Nos llaman a una participación activa y gozosa en la vida de la Iglesia, en las parroquias y en los movimientos eclesiales, en las clases de religión en la escuela, en las capellanías universitarias o en otras organizaciones católicas. Sí, la Iglesia debe crecer en unidad, debe robustecerse en la santidad, rejuvenecer y renovarse constantemente (cf. *Lumen gentium*, 4). Pero ¿con qué criterios? Con los del Espíritu Santo. Volveos a él, queridos jóvenes, y descubriréis el verdadero sentido de la renovación.

Esta tarde, reunidos bajo este hermoso cielo nocturno, nuestros corazones y nuestras mentes se llenan de gratitud a Dios por el don de nuestra fe en la Trinidad. Recordemos a nuestros padres y abuelos, que han caminado a nuestro lado cuando todavía éramos niños y han sostenido nuestros primeros pasos en la fe. Ahora, después de muchos años, os habéis reunido como jóvenes adultos alrededor del Sucesor de Pedro. Me siento muy feliz de estar con vosotros. Invoquemos al Espíritu Santo: él es el autor de las obras de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 741). Dejad que sus dones os moldeen. Al igual que la Iglesia comparte el mismo camino con toda la humanidad, vosotros estáis llamados a vivir los dones del Espíritu entre los altibajos de la vida cotidiana. Madurad vuestra fe a través de vuestros estudios, el trabajo, el deporte, la música, el arte. Sostenedla mediante la oración y alimentadla con los sacramentos, para ser así fuente de inspiración y de ayuda para cuantos os rodean. En definitiva, la vida, no es un simple acumular, y es mucho más que el simple éxito. Estar verdaderamente vivos es ser transformados desde el interior, estar abiertos a la fuerza del amor de Dios. Si acogéis la fuerza del Espíritu Santo, también vosotros podréis transformar vuestras familias, las comunidades y las naciones. Liberad estos dones. Que la sabiduría, la inteligencia, la fortaleza, la ciencia y la piedad sean los signos de vuestra grandeza.

Y ahora, mientras nos preparamos para adorar al Santísimo Sacramento en el silencio y en la espera, os repito las palabras que pronunció la beata Mary MacKillop cuando tenía precisamente veintiséis años: «Cree en todo lo que Dios te susurra en el corazón». Creed en él. Creed en la fuerza del Espíritu de amor.

ÁNGELUS

BENEDICTO XVI

Hipódromo de Randwick
Domingo, 20 de julio de 2008

Queridos jóvenes amigos

Nos disponemos ahora a recitar juntos la hermosa oración del Angelus. En ella reflexionaremos sobre María, mujer joven que conversa con el ángel, que la invita, en nombre de Dios, a una particular entrega de sí misma, de su vida, de su futuro como mujer y madre. Podemos imaginar cómo debió sentirse María en aquel momento: totalmente estremecida, completamente abrumada por la perspectiva que se le ponía delante.

El ángel comprendió su ansiedad e inmediatamente intentó calmarla: «No temas, María... El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1,30.35). El Espíritu fue quien le dio la fuerza y el valor para responder a la llamada del Señor. El Espíritu fue quien la ayudó a comprender el gran misterio que iba a cumplirse por medio de Ella. El Espíritu fue el que la rodeó con su amor y la hizo capaz de concebir en su seno al Hijo de Dios.

Esta escena es quizás el momento culminante de la historia de la relación de Dios con su pueblo. En el Antiguo Testamento, Dios se reveló de modo parcial y gradual, como hacemos todos en nuestras relaciones personales. Se necesitó tiempo para que el pueblo elegido profundizase en su relación con Dios. La Alianza con Israel fue como un tiempo de hacer la corte, un largo noviazgo. Luego llegó el momento definitivo, el momento del matrimonio, la realización de una nueva y eterna alianza. En ese momento María, ante el Señor, representaba a toda la humanidad. En el mensaje del ángel, era Dios el que brindaba una propuesta de matrimonio con la humanidad. Y en nombre nuestro, María dijo sí.

En los cuentos, los relatos terminan en este momento: «y desde entonces vivieron felices y contentos». En la vida real no es tan fácil. Fueron muchas las dificultades que María tuvo que superar al afrontar las consecuencias de aquel «sí» al Señor. Simeón profetizó que una espada le traspasaría el corazón. Cuando Jesús tenía doce años, Ella experimentó las peores pesadillas que los padres pueden tener, cuando tuvo a su hijo perdido durante tres días. Y después de su actividad pública, sufrió la agonía de presenciar su crucifixión y muerte. En las diversas pruebas Ella permaneció fiel a su promesa, sostenida por el Espíritu de fortaleza. Y por ello tuvo como recompensa la gloria.

Queridos jóvenes, también nosotros debemos permanecer fieles al «sí» con que acogimos el ofrecimiento de amistad por parte del Señor. Sabemos que Él nunca nos abandonará. Sabemos que Él nos sostendrá siempre con los dones del Espíritu. María acogió la propuesta del Señor en nombre nuestro. Dirijámonos, pues, a Ella y pidámosle que nos guíe en las dificultades para permanecer fieles a esa relación vital que Dios estableció con cada uno de nosotros. María es nuestro ejemplo y nuestra inspiración; Ella intercede por nosotros ante su Hijo, y con amor materno nos protege de los peligros.

Después del Ángelus

Queridos amigos

Llega ahora el momento de decirnos adiós o, más bien, hasta la vista. Os doy las gracias a todos por haber participado en la Jornada Mundial de la Juventud 2008, aquí en Sidney, y espero que nos volvamos a ver dentro de tres años. La Jornada Mundial de la Juventud 2011 tendrá lugar en Madrid, en España. Hasta ese momento, recemos los unos por los otros, y demos ante el mundo un alegre testimonio de Cristo. Que Dios os bendiga.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA PARA LA XXIII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Hipódromo de Randwick
Domingo, 20 de julio de 2008

Queridos amigos

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza» (Hch 1,8). Hemos visto cumplida esta promesa. En el día de Pentecostés, como hemos escuchado en la primera lectura, el Señor resucitado, sentado a la derecha del Padre, envió el Espíritu Santo a sus discípulos reunidos en el cenáculo. Por la fuerza de este Espíritu, Pedro y los Apóstoles fueron a predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra. En cada época y en cada lengua, la Iglesia continúa proclamando en todo el mundo las maravillas de Dios e invita a todas las naciones y pueblos a la fe, a la esperanza y a la vida nueva en Cristo.

En estos días, también yo he venido, como Sucesor de san Pedro, a esta estupenda tierra de Australia. He venido a confirmaros en vuestra fe, jóvenes hermanas y hermanos míos, y a abrir vuestros corazones al poder del Espíritu de Cristo y a la riqueza de sus dones. Oro para que esta gran asamblea, que congrega a

jóvenes de «todas las naciones de la tierra» (Hch 2,5), se transforme en un nuevo cenáculo. Que el fuego del amor de Dios descienda y llene vuestros corazones para uniros cada vez más al Señor y a su Iglesia y enviaros, como nueva generación de Apóstoles, a llevar a Cristo al mundo.

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza». Estas palabras del Señor resucitado tienen un significado especial para los jóvenes que serán confirmados, sellados con el don del Espíritu Santo, durante esta Santa Misa. Pero estas palabras están dirigidas también a cada uno de nosotros, es decir, a todos los que han recibido el don del Espíritu de reconciliación y de la vida nueva en el Bautismo, que lo han acogido en sus corazones como su ayuda y guía en la Confirmación, y que crecen cotidianamente en sus dones de gracia mediante la Santa Eucaristía. En efecto el Espíritu Santo desciende nuevamente en cada Misa, invocado en la plegaria solemne de la Iglesia, no sólo para transformar nuestros dones del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, sino también para transformar nuestras vidas, para hacer de nosotros, con su fuerza, «un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo».

Pero, ¿qué es este «poder» del Espíritu Santo? Es el poder de la vida de Dios. Es el poder del mismo Espíritu que se cernía sobre las aguas en el alba de la creación y que, en la plenitud de los tiempos, levantó a Jesús de la muerte. Es el poder que nos conduce, a nosotros y a nuestro mundo, hacia la llegada del Reino de Dios. En el Evangelio de hoy, Jesús anuncia que ha comenzado una nueva era, en la cual el Espíritu Santo será derramado sobre toda la humanidad (cf. Lc 4,21). Él mismo, concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de la Virgen María, vino entre nosotros para traernos este Espíritu. Como fuente de nuestra vida nueva en Cristo, el Espíritu Santo es también, de un modo muy verdadero, el alma de la Iglesia, el amor que nos une al Señor y entre nosotros y la luz que abre nuestros ojos para ver las maravillas de la gracia de Dios que nos rodean.

Aquí en Australia, esta «gran tierra meridional del Espíritu Santo», todos nosotros hemos tenido una experiencia inolvidable de la presencia y del poder del Espíritu en la belleza de la naturaleza. Nuestros ojos se han abierto para ver el mundo que nos rodea como es verdaderamente: «colmado», como dice el poeta, «de la grandeza de Dios», repleto de la gloria de su amor creativo. También aquí, en esta gran asamblea de jóvenes cristianos provenientes de todo el mundo, hemos tenido una experiencia elocuente de la presencia y de la fuerza del Espíritu en la vida de la Iglesia. Hemos visto la Iglesia como es verdaderamente:

Cuerpo de Cristo, comunidad viva de amor, en la que hay gente de toda raza, nación y lengua, de cualquier edad y lugar, en la unidad nacida de nuestra fe en el Señor resucitado.

La fuerza del Espíritu Santo jamás cesa de llenar de vida a la Iglesia. A través de la gracia de los Sacramentos de la Iglesia, esta fuerza fluye también en nuestro interior, como un río subterráneo que nutre el espíritu y nos atrae cada vez más cerca de la fuente de nuestra verdadera vida, que es Cristo. San Ignacio de Antioquía, que murió mártir en Roma al comienzo del siglo segundo, nos ha dejado una descripción espléndida de la fuerza del Espíritu que habita en nosotros. Él ha hablado del Espíritu como de una fuente de agua viva que surge en su corazón y susurra: «Ven, ven al Padre» (cf. A los Romanos, 6,1-9).

Sin embargo, esta fuerza, la gracia del Espíritu Santo, no es algo que podamos merecer o conquistar; podemos sólo recibirla como puro don. El amor de Dios puede derramar su fuerza sólo cuando le permitimos cambiarnos por dentro. Debemos permitirle penetrar en la dura costra de nuestra indiferencia, de nuestro cansancio espiritual, de nuestro ciego conformismo con el espíritu de nuestro tiempo. Sólo entonces podemos permitirle encender nuestra imaginación y modelar nuestros deseos más profundos. Por esto es tan importante la oración: la plegaria cotidiana, la privada en la quietud de nuestros corazones y ante el Santísimo Sacramento, y la oración litúrgica en el corazón de la Iglesia. Ésta es pura receptividad de la gracia de Dios, amor en acción, comunión con el Espíritu que habita en nosotros y nos lleva, por Jesús y en la Iglesia, a nuestro Padre celestial. En la potencia de su Espíritu, Jesús está siempre presente en nuestros corazones, esperando serenamente que nos dispongamos en el silencio junto a Él para sentir su voz, permanecer en su amor y recibir «la fuerza que proviene de lo alto», una fuerza que nos permite ser sal y luz para nuestro mundo.

En su Ascensión, el Señor resucitado dijo a sus discípulos: «Seréis mis testigos... hasta los confines del mundo» (Hch 1,8). Aquí, en Australia, damos gracias al Señor por el don de la fe, que ha llegado hasta nosotros como un tesoro transmitido de generación en generación en la comunión de la Iglesia. Aquí, en Oceanía, damos gracias de un modo especial a todos aquellos misioneros, sacerdotes y religiosos comprometidos, padres y abuelos cristianos, maestros y catequistas, que han edificado la Iglesia en estas tierras. Testigos como la Beata Mary Mackillop, San Peter Chanel, el Beato Peter To Rot y muchos otros. La fuerza del Espíritu, manifestada en sus vidas, está todavía activa en las iniciativas

beneficiosas que han dejado en la sociedad que han plasmado y que ahora se os confía a vosotros.

Queridos jóvenes, permitidme que os haga una pregunta. ¿Qué dejaréis vosotros a la próxima generación? ¿Estáis construyendo vuestras vidas sobre bases sólidas? ¿Estáis construyendo algo que durará? ¿Estáis viviendo vuestras vidas de modo que dejéis espacio al Espíritu en un mundo que quiere olvidar a Dios, rechazarlo incluso en nombre de un falso concepto de libertad? ¿Cómo estáis usando los dones que se os han dado, la «fuerza» que el Espíritu Santo está ahora dispuesto a derramar sobre vosotros? ¿Qué herencia dejaréis a los jóvenes que os sucederán? ¿Qué os distinguirá?

La fuerza del Espíritu Santo no sólo nos ilumina y nos consuela. Nos encamina hacia el futuro, hacia la venida del Reino de Dios. ¡Qué visión magnífica de una humanidad redimida y renovada descubrimos en la nueva era prometida por el Evangelio de hoy! San Lucas nos dice que Jesucristo es el cumplimiento de todas las promesas de Dios, el Mesías que posee en plenitud el Espíritu Santo para comunicarlo a la humanidad entera. La efusión del Espíritu de Cristo sobre la humanidad es prenda de esperanza y de liberación contra todo aquello que nos empobrece. Dicha efusión ofrece de nuevo la vista al ciego, libera a los oprimidos y genera unidad en y con la diversidad (cf. Lc 4,18-19; Is 61,1-2). Esta fuerza puede crear un mundo nuevo: puede «renovar la faz de la tierra» (cf. Sal 104,30).

Fortalecida por el Espíritu y provista de una rica visión de fe, una nueva generación de cristianos está invitada a contribuir a la edificación de un mundo en el que la vida sea acogida, respetada y cuidada amorosamente, no rechazada o temida como una amenaza y por ello destruida. Una nueva era en la que el amor no sea ambicioso ni egoísta, sino puro, fiel y sinceramente libre, abierto a los otros, respetuoso de su dignidad, un amor que promueva su bien e irradie gozo y belleza. Una nueva era en la cual la esperanza nos libere de la superficialidad, de la apatía y el egoísmo que degrada nuestras almas y envenena las relaciones humanas. Queridos jóvenes amigos, el Señor os está pidiendo ser profetas de esta nueva era, mensajeros de su amor, capaces de atraer a la gente hacia el Padre y de construir un futuro de esperanza para toda la humanidad.

El mundo tiene necesidad de esta renovación. En muchas de nuestras sociedades, junto a la prosperidad material, se está expandiendo el desierto espiritual: un vacío interior, un miedo indefinible, un larvado sentido de deses-

peración. ¿Cuántos de nuestros semejantes han cavado aljibes agrietados y vacíos (cf. Jr 2,13) en una búsqueda desesperada de significado, de ese significado último que sólo puede ofrecer el amor? Éste es el don grande y liberador que el Evangelio lleva consigo: él revela nuestra dignidad de hombres y mujeres creados a imagen y semejanza de Dios. Revela la llamada sublime de la humanidad, que es la de encontrar la propia plenitud en el amor. Él revela la verdad sobre el hombre, la verdad sobre la vida.

También la Iglesia tiene necesidad de renovación. Tiene necesidad de vuestra fe, vuestro idealismo y vuestra generosidad, para poder ser siempre joven en el Espíritu (cf. Lumen gentium, 4). En la segunda lectura de hoy, el apóstol Pablo nos recuerda que cada cristiano ha recibido un don que debe ser usado para edificar el Cuerpo de Cristo. La Iglesia tiene especialmente necesidad del don de los jóvenes, de todos los jóvenes. Tiene necesidad de crecer en la fuerza del Espíritu que también ahora os infunde gozo a vosotros, jóvenes, y os anima a servir al Señor con alegría. Abrid vuestro corazón a esta fuerza. Dirijo esta invitación de modo especial a los que el Señor llama a la vida sacerdotal y consagrada. No tengáis miedo de decir vuestro «sí» a Jesús, de encontrar vuestra alegría en hacer su voluntad, entregándoos completamente para llegar a la santidad y haciendo uso de vuestros talentos al servicio de los otros.

Dentro de poco celebraremos el sacramento de la Confirmación. El Espíritu Santo descenderá sobre los candidatos; ellos serán «sellados» con el don del Espíritu y enviados para ser testigos de Cristo. ¿Qué significa recibir la «sello» del Espíritu Santo? Significa ser marcados indeleblemente, inalterablemente cambiados, significa ser nuevas criaturas. Para los que han recibido este don, ya nada puede ser lo mismo. Estar «bautizados» en el Espíritu significa estar enardecidos por el amor de Dios. Haber «bebido» del Espíritu (cf. 1 Co 12,13) significa haber sido refrescados por la belleza del designio de Dios para nosotros y para el mundo, y llegar a ser nosotros mismos una fuente de frescor para los otros. Ser «sellados con el Espíritu» significa además no tener miedo de defender a Cristo, dejando que la verdad del Evangelio impregne nuestro modo de ver, pensar y actuar, mientras trabajamos por el triunfo de la civilización del amor.

Al elevar nuestra oración por los confirmandos, pedimos también que la fuerza del Espíritu Santo reavive la gracia de la Confirmación de cada uno de nosotros. Que el Espíritu derrame sus dones abundantemente sobre todos los presentes, sobre la ciudad de Sydney, sobre esta tierra de Australia y sobre todas sus gentes.

Que cada uno de nosotros sea renovado en el espíritu de sabiduría e inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, espíritu de admiración y santo temor de Dios.

Que por la amorosa intercesión de María, Madre de la Iglesia, esta XXIII Jornada Mundial de la Juventud sea vivida como un nuevo cenáculo, de forma que todos nosotros, enardecidos con el fuego del amor del Espíritu Santo, continuemos proclamando al Señor resucitado y atrayendo a cada corazón hacia Él. Amén.

ENCUENTRO CON LOS BIENHECHORES
Y LOS ORGANIZADORES DE LA JMJ

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Domingo, 20 de julio de 2008

Señor Cardenal,
Queridos amigos

En el momento en que mi visita a Australia está por concluir, deseo expresar mi agradecimiento a todos los que han contribuido al éxito de esta Jornada Mundial de la Juventud. Esta tarde, en particular, mi gratitud se dirige a vosotros, que con tanta generosidad habéis ayudado material y espiritualmente a la realización de este evento. El Cardenal Pell se ha referido a los grandes sacrificios que habéis afrontado en la organización de esta Jornada maravillosa para la vida de la Iglesia. Deseo daros las gracias a todos y cada uno, no sólo por los sacrificios, sino sobre todo por la confianza que habéis demostrado hacia nuestros jóvenes y por vuestra fe en la gracia de Dios que actúa en sus corazones. Oremos para que todo lo que habéis invertido en ellos dé fruto en su vida, para la vida de la Iglesia de Cristo y para el futuro de nuestro mundo.

En estos días, gracias al trabajo del comité organizador y a la cooperación de tantas personas, empresas, asociaciones y autoridades locales, los jóvenes procedentes de todas las partes del mundo han tenido la oportunidad de experimentar la belleza de este País y la calurosa hospitalidad del pueblo australiano. Por su parte, ellos han enriquecido esta tierra con el testimonio que han dado de su amor a Cristo y de la fuerza de su Espíritu que actúa en la Iglesia.

Estoy seguro, queridos amigos, que vuestra participación en los preparativos de esta Jornada Mundial de la Juventud os ha permitido experimentar especialmente la fuerza del Espíritu Santo. Sin duda, en la preparación de este gran encuentro internacional, y en el compromiso de afrontar cualquier eventualidad, habéis tenido momentos de inquietud y preocupación, e incluso momentos de temor y agitación por el éxito final de este evento. Ahora, mirando hacia atrás, podéis constatar la cosecha abundante que el Espíritu ha suscitado a través de vuestras oraciones, vuestra perseverancia y vuestro duro trabajo. ¡Cuántas buenas semillas se han sembrado en estos pocos días!

Queridos amigos, San Pablo, que gastó toda su vida al servicio del Evangelio, nos recuerda que «más dichoso es el que da que el que recibe» (cf. Hch 20,35). Vuestra generosidad y vuestro sacrificio han sido una contribución esencial, también a menudo escondida, para el éxito de esta Jornada Mundial de la Juventud. Que el gozo espiritual, la satisfacción y la dicha, que todos hemos experimentado en estos días, sean una fuente inagotable de bendiciones para vuestras vidas. No dudéis jamás de la verdad de la promesa de nuestro Señor, cada vez que le ofrezcamos nuestra creatividad, energía, recursos y nuestra propia personas, recibiremos una recompensa abundante (cf. Mt 16,26).

Con estos sentimientos renuevo la expresión de mi profundo agradecimiento a cada uno de vosotros. Os encomiendo, a vosotros y a vuestras familias, a la amorosa intercesión de Nuestra Señora de la Cruz del Sur, Auxilio de los cristianos, y de corazón os imparto la Bendición Apostólica como prenda de fuerza y paz en Jesús, su divino Hijo.

ALOS VOLUNTARIOS DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

SALUDO DEL PADRE BENEDICTO XVI

Domain, Sidney
Lunes, 21 de julio de 2008

Queridos amigos en Cristo:

Agradezco al Obispo Fisher y al Cardenal Pell sus amables palabras y me alegra tener esta oportunidad para dirigir un saludo final a todos vosotros y deciros lo espléndida que ha sido la experiencia de esta semana. En estos días hemos sido testigos directos de la alegría que encuentran en la propia fe tantos miles de jóvenes, y hemos podido expresar nuestra alabanza y nuestra gratitud a Dios por su bondad para con nosotros. Hemos podido comprobar el calor y la generosidad de la hospitalidad australiana y contemplar juntos el magnífico paisaje de este hermoso continente. Ha sido una semana realmente memorable.

Sin embargo, nada de esto hubiera sido posible sin un gran esfuerzo de preparación y de trabajo diligente durante el período que ha precedido a la Jornada Mundial de la Juventud. Deseo agradecer a todos la generosidad del tiempo y las energías empleadas para permitir el desarrollo sin percances de cada uno de los

actos que hemos celebrado juntos. Tales eventos han tenido necesidad de una esmerada coordinación, en la que han participado Autoridades civiles, policía y asociaciones de primeros auxilios, así como personal eclesiástico y un grupo enorme de voluntarios, responsables y ayudantes. Vuestros esfuerzos han preparado el terreno para que el Espíritu descendiera con fuerza, estableciendo vínculos de unidad y amistad entre los jóvenes provenientes de ambientes culturales muy diversos, y reforzando su amor por Cristo y por su Iglesia. En las multitudes que se han congregado aquí en Sidney hemos visto una manifestación elocuente de la unidad en la diversidad de la Iglesia universal, hemos tenido una visión en pequeño de la unidad de la familia humana que anhelamos. Que estos jóvenes, con la fuerza del Espíritu, hagan de esta visión una realidad en el mundo del mañana.

En el aeropuerto tendré ocasión de dar las gracias a los representantes de las Autoridades civiles. Aquí quiero expresar mi profunda gratitud a todos los Obispos, los sacerdotes, los consagrados y consagradas, los capellanes, los profesores, las asociaciones laicales, los movimientos eclesiales, las familias de acogida, las escuelas y las comunidades parroquiales que tanto han contribuido para que la Jornada Mundial de la Juventud fuera un éxito. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que «más vale dar que recibir» (20,35). Sin embargo, espero que vosotros hayáis recibido más de lo que habéis servido generosamente en el curso de nuestras celebraciones. A todos os digo sincera y cordialmente «gracias».

Al disponerme a regresar a Roma, llevo conmigo como un tesoro la memoria de muchos acontecimientos llenos de gracia que hemos vivido juntos: mi primer encuentro con los jóvenes en Barangaroo, los encuentros posteriores en Darlinghurst y en la Catedral de Santa María, la vigilia de la Juventud en la explanada de la Cruz del Sur y la Misa final de ayer. Rezo para que también vosotros llevéis en vuestra alma muchos recuerdos preciosos e intuiciones espirituales, de modo que regreséis a vuestras casas y a vuestras familias con ardor renovado para difundir el Evangelio de Jesucristo. Con la fuerza del Espíritu, id ahora a renovar la faz de la tierra.

A la vez que os saludo de corazón, os encomiendo a todos a la amorosa intercesión de la Virgen de la Cruz del Sur, Auxilio de los cristianos. Invoco sobre vosotros los siete dones del Espíritu Santo y os aseguro mi plegaria constante. Dios bendiga a los jóvenes del mundo y bendiga al pueblo de Australia.

CEREMONIA DE DESPEDIDA
DE LAS AUTORIDADES

DISCURSO DEL SANTO PADRE PADRE
BENEDICTO XVI

Aeropuerto internacional de Sidney
Lunes, 21 de julio de 2008

Queridos amigos:

Antes de despedirme de vosotros, deseo decir a los que me han hospedado lo grata que ha sido mi visita aquí y lo agradecido que estoy por la hospitalidad recibida. Quedo muy agradecido al Señor Primer Ministro, Kevin Rudd, por la amabilidad que ha tenido conmigo y con todos los participantes en la Jornada Mundial de la Juventud. Agradezco también al Gobernador General, el General Mayor Michael Jeffery, su presencia aquí y la gentileza de haberme acogido en el Almirantazgo General al comienzo de mis compromisos públicos. El Gobierno Federal y el Gobierno del Estado de Nuevo Gales del Sur, y también los habitantes y la comunidad empresarial de Sydney, han colaborado generosamente en apoyo de la Jornada Mundial de la Juventud. Un acontecimiento de este género requiere un inmenso trabajo de preparación y organización, y estoy seguro de hablar en nombre de

muchos miles de jóvenes al expresar mi aprecio y gratitud a todo vosotros. Habéis ofrecido con el característico estilo australiano una calurosa bienvenida, a mí y a innumerables jóvenes peregrinos que han confluído aquí desde todos los rincones del mundo. Estoy muy agradecido, en particular, a las familias que en Australia y Nueva Zelanda han hecho hueco en sus casas para acoger a los jóvenes. Habéis abierto vuestras puertas y vuestros corazones a la juventud del mundo y, en nombre de estos jóvenes, os lo agradezco.

En los días pasados, los actores principales en el escenario han sido, obviamente, los jóvenes mismos. La Jornada Mundial de la Juventud les pertenece a ellos. Ellos han sido los que han hecho de esta Jornada un acontecimiento eclesial de carácter global, una gran celebración de la juventud, una gran celebración de lo que significa ser Iglesia, el Pueblo de Dios en medio del mundo, unido en la fe y en el amor, y que el Espíritu ha hecho capaz de llevar el testimonio de Cristo resucitado hasta los confines de la tierra. Les doy las gracias por haber venido, les doy las gracias por su participación, y ruego para que tengan un viaje seguro de regreso. Sé que los jóvenes, sus familias y personas amigas, han hecho en muchos casos grandes sacrificios para que pudieran llegar a Australia. Por todo eso, toda la Iglesia les está reconocida.

Al volver la vista atrás hacia estos días emocionantes, pienso en escenas significativas. Me ha impactado mucho la visita a la tumba de Mary MacKillop, y agradezco a las Hermanas de San José la oportunidad que he tenido de orar en el Santuario de su co-fundadora. Las estaciones del Viacrucis por las calles de Sydney nos han recordado con vigor que Cristo nos ha amado «hasta el extremo» y que ha compartido nuestros sufrimientos para que nosotros pudiéramos compartir su gloria. El encuentro con los jóvenes en Darlinghurst ha sido un momento de alegría y gran esperanza, un signo de que Cristo puede levantarnos de las situaciones más difíciles, reponiendo nuestra dignidad y permitiéndonos mirar adelante hacia un futuro mejor. El encuentro con los responsables ecuménicos e interreligiosos ha estado marcado por un espíritu de auténtica hermandad y de un deseo profundo de mayor colaboración en el compromiso de edificar un mundo más justo y pacífico. Y, sin duda, los puntos culminantes de mi visita han sido los encuentros de Barangaroo y la Cruz del Sur. Aquellas experiencias de oración, nuestra jubilosa celebración de la Eucaristía, han sido un testimonio elocuente de la obra vivificante del Espíritu Santo, presente y activo en el corazón de nuestros jóvenes. La Jornada Mundial de la Juventud nos ha enseñado que la Iglesia puede alegrarse con los jóvenes de hoy y estar llena de esperanza por el mundo del mañana.

Queridos amigos, mientras me despido de Sydney, pido a Dios que dirija su mirada amorosa sobre esta ciudad, sobre este País y sobre sus habitantes. Le ruego que muchos de ellos se inspiren en el ejemplo de compasión y servicio de la Beata a Mary MacKillop. Y, a la vez que os saludo, llevando en el corazón sentimientos de profunda gratitud, digo una vez más: que Dios bendiga al pueblo de Australia.

TELEGRAMA DEL SANTO PADRE

SEÑOR CARDENAL ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA
ARZOBISPO DE MADRID
PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

EL SANTO PADRE, PROFUNDAMENTE APENADO AL CONOCER LA DOLOROSA NOTICIA DEL GRAVE ACCIDENTE AÉREO OCURRIDO AYER EN EL AEROPUERTO DE BARAJAS, QUE OCASIONÓ NUMEROSAS VÍCTIMAS Y HERIDOS, OFRECE FERVIENTES SUFRAGIOS POR EL ETERNO DESCANSO DE LOS DIFUNTOS. ASIMISMO, RUEGO A VUESTRA EMINENCIA QUE TENGA LA BONDAD DE HACER LLEGAR EL SENTIDO PÉSAME DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI A LOS FAMILIARES DE LOS FALLECIDOS, JUNTO CON EXPRESIONES DE CERCANÍA ESPIRITUAL, VIVA SOLICITUD Y DESEO DE UN PRONTO Y TOTAL RESTABLECIMIENTO DE LOS HERIDOS EN EL LAMENTABLE PERCANCE. CON ESTOS SENTIMIENTOS, EL SUMO PONTÍFICE, EN ESTOS MOMENTOS DE TRISTEZA, IMPARTE DE CORAZÓN LA CONFORTADORA BENDICIÓN APOSTÓLICA, COMO SIGNO DE CONSUELO Y ESPERANZA EN EL SEÑOR RESUCITADO.

CARDENAL TARCISIO BERTONE
SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD